

CLEMENTINA DÍAZ Y DE OVANDO

# INVITACIÓN AL BAILE



ARTE, ESPECTÁCULO Y RITO  
EN LA SOCIEDAD MEXICANA

(1825-1910)

I



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
México, 2006

## ÍNDICE



PRESENTACIÓN	7
AGRADECIMIENTOS	9
PRELUDIO	11
EN EL VESTÍBULO	15
I. ENTREMOS A LA SALA DE BAILE 1825-1861	23
II. LA INTERVENCIÓN FRANCESA Y EL SEGUNDO IMPERIO. EL BAILE BAJO LA FLOR DE LIS 1863-1867	95
III. BAILA LA CHINACA TRIUNFANTE 1867-1876	135
IV. LA ARMONÍA DEL ORDEN Y EL PROGRESO. PRIMER PERIODO PRESIDENCIAL DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ 23 DE NOVIEMBRE DE 1876-30 DE NOVIEMBRE DE 1880	255
V. LA EXUBERANCIA DE LA PROSPERIDAD Y SUS RIESGOS. PRESIDENCIA DEL GENERAL MANUEL GONZÁLEZ 30 DE NOVIEMBRE DE 1880-30 DE NOVIEMBRE DE 1884	289
LISTA DE ILUSTRACIONES	387

## PRELUDIO



En 1978 el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México llevó a cabo en la ciudad de Morelia, Michoacán, su V Coloquio Internacional con el tema: *El arte efímero en el mundo hispánico*. Los trabajos fueron publicados en 1983 por el propio instituto.

En ese coloquio presenté la ponencia “Los bailes. Su pasajero y vario artificio (siglo XIX)”, la cual se concentraba en el interés del decorado y su valoración.

Debido a los estrechos límites de una ponencia relacionada con el arte decorativo, muchísimas facetas propiciadas por el baile y que atañían a la vida mexicana de la sociedad capitalina se quedaron en el tintero. Sin embargo, tema tan fascinante me estimuló a proseguir la indagación sobre el baile, rico filón en posibilidades —entre otras— para el conocimiento de la alta sociedad y de la burguesía, protagonistas de los bailes de postín.

La investigación titulada “Los bailes. Su pasajero y vario artificio (siglo XIX)” la realicé en la prensa periódica que se publicaba en la ciudad de México, en la cual fluye constante y a raudales el diario acontecer. Y, una vez más, pian pianito me di a la tarea de revisar año tras año, día por día, a partir de las primeras décadas del siglo XIX y la primera del XX, la vida mexicana en su expresión de solaz más importante y socorrida: el baile, que según la opinión de uno de los más señalados cronistas sociales, Enrique Chávarri, *Juvenal*, intérprete del sentir de su tiempo, era “la apoteosis del siglo XIX”, o en cita francesa: “una velda de baile, [era] rito obligado del universo burgués”.

Aunque los cronistas sociales se quejaban a cada momento en la prensa periódica del retraimiento de la alta jerarquía, lo cierto es, como puede comprobarse, que no pasaba un día sin que las legaciones y colonias extranjeras, y con menos entusiasmo la aristocracia y la burguesía, organizaran con cualquier pretexto, hasta el más insignificante, un baile ya rumbo, ya familiar.

En esta indagación omití intencionadamente la enorme cantidad de poemas escritos a propósito de los bailes que recoge la prensa y, también, los bailes caseritos, los de casa de vecindad, los de escote, los de “baile y cochino”, los de compadres a que tan afecto fuera Guillermo Prieto, *Fidel*, los de piñata y máscaras en el carnaval y otros, para centrarme en los bailes registrados puntualmente en la crónica social de los diarios: oficiales, los que celebra-

ban los fastos patrios, los de los casinos y legaciones de los países con los que México tenía relaciones diplomáticas: Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, España y otras naciones; los de la *crème de la crème* de la sociedad, los de la opulenta y ostentosa burguesía, marcada con el signo del positivismo y otros de gran resonancia, como los bailes de los salones y clubes que proliferaron en gran cuantía.

Reitero que debido a que mi intención es ofrecer el amplio repertorio del baile decimonónico registrado en la prensa periódica, creí pertinente modificar el título del primer intento de 1978 y optar por uno que incluyera todos los aspectos que aquí se tratan: *Invitación al baile*. Charles Baudelaire, autor leído y admirado por casi todos los autores de los textos de este libro, afirmó que el verdadero viajero es aquel que parte sólo por partir, y escribió su poema *Invitación al viaje* como símbolo del anhelo humano por encontrar nuevos horizontes. El baile es asimismo otra forma de viaje: en el espacio acotado de un salón se sintetizan sonidos, colores, aromas, deseos, en fin, el conjunto de correspondencias anheladas por el poeta. De ahí el título de la presente obra.

Durante las primeras décadas del México independiente, en los periódicos no se pormenoriza la noticia de los bailes; por lo tanto, la crónica social es exigua. Con el tiempo, conforme aumenta el número de bailes y aparecen más periódicos, esta información social deviene en más copiosa hasta llegar a su esplendoroso florecimiento en el régimen de Porfirio Díaz, en coincidencia con el arribo de la burguesía mexicana al poder y la gran abundancia de diarios y revistas ilustradas.

En el caso de que la crónica no sea muy explícita, recorro a autores como la marquesa Calderón de la Barca, Manuel Payno, José Luis Blasio, con objeto de redondear la reseña. Si el baile es un gran acontecimiento social, traigo a cuento varias crónicas de distintos diarios, pues cada cronista otorga su propia visión y, con ella, un atisbo de diferentes datos.

En los años iniciales del siglo XIX, las crónicas sociales se enriquecen con preciosas y delicadas litografías del salón de baile, así como de las llamativas damas, algunas de las cuales reproduzco.

A mediados del siglo, cuando el cronista procura dar una idea cabal del baile, en su propia descripción hace las veces del fotógrafo de hoy. Muy a finales del siglo XIX y a principios del XX, con el recurso de la fotografía en la prensa periódica, en las revistas se publican imágenes con dicha técnica que reproducen la sala de baile, las elegantes damas, la concurrencia en su conjunto.

Aquí se reproducen algunas de estas fotografías. Otras, por el deterioro del periódico o por ser muy defectuosas, tan sólo se mencionan.

La crónica finisecular y la de los primeros años del XX también se ilustran con grabados, con los apuntes del natural hechos por prestigiados dibujantes. Mucho de este material se reproduce en esta investigación.

Hubo bailes tan sonados y espectaculares que motivaron hermosas y pulidas crónicas de la pluma de reconocidos literatos. Otras fueron obra de cronistas que desbarrancaron en



deliciosa cursilería; hubo también otros bailes cuyos organizadores llegaron a un lamentable desvarío adulatorio para el gobernante, algunos que dieron lugar a crónicas en las cuales, más que en otras, se resume la elegancia y la distinción del baile o se clarifican los hábitos de la sociedad. Todas estas piezas, por su interés y valor testimonial, merecen salir del olvido y ser conocidas en su integridad. Por lo tanto, quedan incluidas en el apéndice o volumen documental.

En general he respetado la ortografía de los textos citados. Igualmente mantengo la de los nombres y apellidos según los consignan los cronistas. Los textos aparecidos en los periódicos extranjeros han sido traducidos. En la investigación presento las crónicas en orden cronológico (1825-1910). En el volumen documental incluyo año con año los documentos respectivos así como las ilustraciones gráficas y fotografías alusivas. Las referencias a dicho volumen las indico con números entre paréntesis en color café.

Lo más importante de un baile es quienes concurren a él. La mención de la calidad y significación social de cada uno de los personajes nos indica quiénes eran los más distinguidos socialmente, tanto mexicanos como extranjeros residentes en la capital de la República, amén de los diplomáticos.

La lectura de los nombres de los concurrentes resulta de lo más instructivo, pues revela la evolución de la sociedad. En la glosa de los documentos, si la lista de los concurrentes no es muy extensa, figura en el texto; si es muy nutrida, en el apéndice.

A los cronistas se les exigió siempre que comentaran cómo había estado el baile, la pintura del escenario y su decorado, la nómina de los concurrentes. Las lectoras exigían la minuciosa descripción de los trajes de damas y damiselas, su tocado, accesorios y alhajas y hasta el elegante atuendo de los caballeros, exigencia que los cronistas cumplieron gustosos y de maravilla, regalándonos, por lo que a las damas se refiere, un catálogo de primorosos figurines animados de la moda.

Aunque no descarto omisiones, soy consciente del extraordinario volumen del material recuperado sobre el baile social decimonónico en la ciudad de México. Creo tener como disculpa que el testimonio de revisteros, cronistas y reporteros brinda en su abundancia un inestimable bagaje de datos y sorpresas de toda índole: social, política, económica, cultural, de las costumbres y mentalidades, de la omnipotente y caprichosa moda y sus deidades la frivolidad y la vanidad; de sus acólitos, los modistos; de los progresivos cambios del baile, sus influencias que van desde la cadencia europea al ímpetu estadounidense. Estos enunciados son una pequeña parte de la riquísima información proporcionada por la prensa periódica.

## EN EL VESTÍBULO



El baile, ensueño mágico, ilusión fugaz en su ligero recreo de ocio y placer, fue la diversión más favorecida del siglo XIX y la primera década del XX.

El cronista social que publicaba sus reseñas en la prensa periódica en referencia a los bailes de alto rango se mostraba muy orgulloso de su tarea, lo mismo el literato que el aspirante a serlo, o el periodista a secas. Los cronistas eran muy conscientes de su decisivo papel como dispensadores de premios y alabanzas tanto a los anfitriones como a los organizadores, por sus esfuerzos para el buen éxito del baile. Igualmente, cuando la ocasión lo ameritaba divulgaban el fracaso.

De la misma manera tenían muy en cuenta que una crónica bien escrita, fresca, espontánea, con sus pinceladas eruditas y las obligadas citas a los autores franceses, redundaba en beneficio de la mayor aceptación y circulación del diario. También lo tenían por cierto los periódicos y, por lo mismo, ninguno se privó de asegurarse su cronista social. Algunos tuvieron la fortuna de contar con astros de primera magnitud.

Los cronistas cumplieron puntualmente el encargo del periódico y, asimismo, los deseos de los lectores sin omitir detalle alguno sobre los bailes y sus participantes, destacando cuanta minucia ocurría en la sala de baile, en ese escenario donde se desenvolvía lo inseparable de lo prescrito por los cánones, por los rituales de la sociedad y que para muchos pasarían inadvertidos.

Aceptaron la misión conferida por anfitriones y asistentes y, en particular por la exigencia de los lectores, ponderaron lo acontecido para que éstos se consideraran partícipes de la fiesta. Los cronistas fueron, con esas prolijas descripciones, la fotografía en palabras.

En las primeras décadas —insisto— muy rara vez los apoyó el arte litográfico. Dedicado principalmente a “las lindas señoritas mexicanas” se volcó en la moda; tampoco se conocen muchos grabados de los bailes; sólo más adelantado el siglo contaron con el dibujo al natural y a fines con la fotografía.

Los datos que sobre los bailes aportaron los cronistas abarcan múltiples facetas de la vida social de la alta jerarquía y de la diplomacia; de la extranjera son tantos los pormenores que no es posible su total mención.

Los lectores de las crónicas aquí reunidas las irán descubriendo y solazándose con la grata sabrosura de sus revelaciones. Pongamos por caso el baile como puerta de escape de la



juventud de las rígidas normas sociales, la liberación de la mujer o la queja por la limitada vida social en México. Ante la abundancia del material, en este libro se han citado exclusivamente las notas en las cuales morosamente se detuvieron los cronistas.

Al anuncio del baile, ya fuera oficial, diplomático, en casas particulares, casinos, clubes, asociaciones, etcétera, el cronista precisaba lugar y fecha, se detenía prolijamente en los preparativos y en todo el mundo que se movía alrededor del baile.

En la reseña de la fiesta muchas veces se halla la historia del local, quiénes habían sido sus dueños o lo eran en esos años, el valor económico, artístico e histórico, los cambios de domicilio y las modificaciones para las nuevas sedes. Tratándose de nobles edificios: Teatro Nacional, ex Aduana, Palacio de Minería y otros inmuebles señeros, el cronista se explayaba en la descripción de su arquitectura y tradición.

El cronista también dejó constancia del lujo de los mimados de la fortuna, cuyas casas rivalizaban con las residencias europeas en muebles, tapices, pinturas, estatuas de mármol y bronce, candelabros, plata labrada en Inglaterra, cristal de Bohemia, porcelanas, cortinas de Damasco, alfombras persas, gobelinos auténticos, en suma, cuanto revelaba el buen gusto y la cultura adquirida por sus dueños en los viajes al extranjero.

Los cronistas no olvidaron mencionar las calles, las nuevas colonias con las que se ensanchaba la ciudad, propiciando, con la construcción de nuevas y afrancesadas casas, el abandono por los ricos de clubes y casinos de antiguos edificios. Estos datos, amén de otros muchos que se encuentran en las crónicas, no son nada despreciables para la historia de nuestra metrópoli.

En las primeras líneas de su artículo, el cronista daba exacta razón de cómo era el adorno del salón de baile, en el cual el decorador, llamado "el adornista", había puesto todo su empeño para que su inventiva, elegancia y belleza impresionara, causara la sorpresa de la concurrencia. Daba santo y seña de la ornamentación floral, enumerando las flores que estaban en boga, los lejanos lugares y los pensiles de la ciudad de donde provenían, el nombre de los jardineros que las cultivaban; de igual manera todos los recursos del ornato: alfombras salpicadas de lentejuelas, tapices, cortinajes, espejos y lunas venecianas que copiaban, toda proporción guardada, a Versalles; festones, bronce, lámparas fantásticas, cuadros murales alusivos al designio del baile; arcos militares, piezas de artillería, balas, bombas, trofeos de guerra que sugerían la fuerza militar, tal en el adorno de los bailes durante la Intervención francesa y el Segundo Imperio y después el porfiriato.

Según las circunstancias, el decorador echaba mano del ornato de las óperas en boga. A veces la decoración daba al edificio el aspecto de un palacio oriental, el jardín era un valle de Cachemira en miniatura, o grandes pabellones semejaban una tienda árabe, como correspondía al gusto romántico.

En el mayor número de las decoraciones de estos bailes decimonónicos resplandece el espíritu romántico en muchos de sus elementos más significativos: la imitación de la naturaleza, el color llevado al máximo en las guías de rosas, dalias, lirios, bugambilias, la mexicanísima nochebuena y los vegetales. En los macetones palmas, camedores, granados, naranjos,



adelfas, alcatraces, gladiolas, claveles, geranios, azaleas, gardenias, camelias y el exótico crisantemo.

El bosque lo forma una abundancia de arbustos de los que cuelga el heno y plantas raras traídas de diversos lugares de la República. Esta decoración vegetal se pretende que sea el jardín en que han sido transformados el patio y los corredores de los edificios públicos, de casinos, clubes, casas señoriales.

El jardín es obligada decoración. En ocasiones imitan lo teatral y se finge un lago de agua adormecida donde se desdobra la imagen por medio de un gran espejo, haciendo hincapié en lo ilusorio. En ese lago, al mirarse las damas y las damiselas lujosamente vestidas y alhajadas, debieron haber creído que eran alguna de esas fantásticas mujeres de los relatos románticos.

En este jardín escenográfico se encuentra siempre la gruta que se utiliza no sólo para ocultar las estructuras antiestéticas en la decoración —como en el baile de 1886 en Mine-  
ría— sino también para dar la sensación de misterio. El gusto romántico por el juego de contrastes de luces y sombras esta aquí en la imitación de la gruta apenas iluminada, húmeda y reverdecida.

La gruta es una constante en la decoración de los bailes; igualmente la fuente rumorosa, el agua infatigable que salta y canta en las cascadas o sobre las rocas, y los musgos figurados son otros elementos decorativos del jardín.

El lago y sus murmullos dan no sólo la idea de tranquilidad y belleza sino igualmente cumplen la función utilitaria de refrescar el ambiente.

Este florido y perfumado jardín, mágica ilusión, iluminado a veces con la luz de una fingida luna, o neblinoso con gasas que dan una sensación de irrealidad, es el *locus amoenus*, transformación del paraíso en un espacio natural, lugar de armonía y bienandanza, sitio privilegiado para el amor.

En la decoración de la sala de baile, lunas y espejos ocupaban un lugar muy destacado ya que multiplicaban las luces, ampliaban la perspectiva del espacio, creaban una ilusión al producir una duplicación de la realidad. Para *Juvenal* eran “el oráculo de las bellas”, y otros cronistas descubrían las sonrisas que las damas creían ocultas tras el pañuelo, el ramillete o el abanico, “encubridores de tiernas confidencias”.

La iluminación —con los reflejos de las velas de esperma alojadas en las enormes arañas de cristal, en los candiles grandes y chicos, en los candelabros, en los encendidos vasos de colores, en los globos venecianos— contribuía a que el decorado se tornara irreal. Después las estrellas de gas hidrógeno y de gas de trementina y, más tarde, el triunfo del progreso, de la técnica, la electricidad con sus focos incandescentes y los de arco, prestaron al baile un golpe de vista encantador y fúlgido, “feérico”, como gustaban de repetir los cronistas.

En la decoración puede seguirse paso a paso el gusto que prevalecía en diferentes años: el siempre aceptado francés, el pompeyano, el egipcio, el chino, el japonés, el *art nouveau* y, al fin del siglo, el estadounidense.

En más de medio siglo de bailes, la decoración va de acuerdo con la corriente estética: el romanticismo en sus variados matices, el orientalismo, las añoranzas medievales, el





intimista de las grutas sombrías y prometedoras de secretos; la naturaleza languidecente y taciturna; la poesía de los jardines que en su imitación alcanza el naturalismo; la reminiscencia de épocas pasadas, el *art nouveau* con la vaporosidad y el iris de las gasas, pliegues, suaves tonos, sus guías de plantas en movimiento sensual. Tampoco se desdeña el recurso clasicista y, en algún caso, la fantasía del surrealismo en los preparativos, como en el baile de 1886.

Asimismo se encuentra la exaltación del bienestar material positivista en esa opulencia y riqueza de los salones iluminados *a giorno* y lujosamente decorados con espejería versallesca, acopio de cortinajes, porcelanas, bronce, cuadros, mármoles, sin el olvido de los tonos nacionales atenuados así: verde, blanco y oro.

Clasicismo, romanticismo, naturalismo, simbolismo, modernismo, *art nouveau*, todo conducido por el hilo ecléctico que indica en la evolución del decorado del baile decimonónico una secuencia estilística; espíritu ecléctico congénito y crónico en el arte mexicano y que hace acto de presencia en las artes decorativas.

El ornato de los bailes de 1825 a 1910 constituye un valioso material para el estudio y desenvolvimiento de las artes decorativas y vale tanto para los grandes y principales salones como para el de una sala de baile en casas señoriales, en la de los ricos burgueses o en las de reciente arribo social.

Revisteros, cronistas, reporteros se engolosinaron en colorear el importante papel que para el esplendor del baile tenían que desempeñar además de los decoradores, pintores, jardineros, muebleros, tapiceros, fondistas, restauranteros, cocineros, meseros, cantineros, proveedores de vinos; los adornos de la mesa, mantelería, cristal, porcelana, cubertería, menús, carnets; maestros de baile, directores de orquesta, músicos, las piezas que se tocaban, lo que se bailaba; la etiqueta y sus rigores, dibujantes y, al final del siglo, compañías eléctricas y fotográficas. Cima de privilegio de modistos y modistas.

El éxito del baile oficial, familiar, de las legaciones, clubes, asociaciones, sociedades, casinos, salones, academias era la concurrencia, la cual daba sentido a la ornamentación y a la pintura del ambiente. Hacer la relación de esa asistencia al baile fue, para revisteros, cronistas y reporteros, tarea primordial, pues les permitía demorarse en la brillantez de la fiesta, pasar por alto su fracaso y, también, tener la oportunidad de resaltar la importancia de los mexicanos, extranjeros, diplomáticos que constituían la jerarquía social de la ciudad de México, así como dejar constancia de los viajeros y visitantes del exterior y de los congresistas agasajados con un baile.

La concurrencia que se sentía aristócrata y la opulenta burguesía quedaban, desde luego, muy satisfechas en su vanidad al ser citadas o, por mejor decir, exhibidas en los periódicos y, por lo tanto, el que fuera reconocido públicamente su señalado papel social.

Para algunos cronistas el detenerse en la concurrencia fue la manera de dejar un testimonio para la posteridad. Tal lo justificaba Enrique de Olavarría y Ferrari al incluir en su crónica del baile en casa de Ignacio de la Torre y de su esposa (1 de enero de 1898) la muy extensa lista de invitados: "nuestra cita ha tenido por objeto hacer constar, cuando los tiem-

pos envejecan, los apellidos de las familias que en ese tiempo figuraban en los primeros lugares de la capital”.<sup>1</sup>

Siguiendo con el propósito de Olavarría, las copiosas listas de los concurrentes a los bailes aquí insertas, a mi parecer, otorgan un material por demás valioso al historiador interesado en el conocimiento del *status* social de las diferentes generaciones, la evolución de esa privilegiada sociedad decimonónica, sus códigos de urbanidad, amén de otros muchos detalles; igualmente, esas listas pueden provocar la curiosidad genealógica de descendientes y de otros lectores. En esas listas desfilan los más conspicuos políticos, poetas, artistas, músicos, intelectuales y profesionales.

El gran atractivo del baile y por lo mismo de la crónica social —su razón de ser— fue la asistencia de damas y damiselas, el mejor adorno de una crónica. Hasta la más descolorida daba sentido a la ornamentación, porque ellas mismas eran decorativas en su lujoso atuendo.

Los cronistas llamaban a esa concurrencia femenina “el paraíso de Mahoma esperado por los creyentes”, “delicioso mariposeo de flores aladas”, “flores animadas”, “mariposas disfrazadas de mujeres”, “erguidas palmeras” y por este estilo un sinnúmero de halagos, y aseguraban a voces que “la belleza de una *soirée dansante* estriba principalmente en las mujeres que la adornan”.

Al solazarse los cronistas sociales en la asistencia femenina revelan, en ese constante incienso a las damas, numerosos datos que complementan el panorama del baile y la vida social.

Los revisteros y cronistas que ejercían el oficio literario, al involucrarse con el baile, dieron rienda suelta, ya en verso, ya en prosa, a una exaltada pleitesía a damas y damiselas, destacando aquellas que por su hermosura, elegancia y distinción, gracia, cultura y rango eran las luminarias de su tiempo. En suma, las crónicas constituyeron siempre un rendido homenaje a la mujer.

Estos revisteros y cronistas literatos —como se ha visto— hacían alarde ante las damas de un admirativo y poético galanteo, así como de su erudición literaria, histórica y artística. Vaya a guisa de ejemplo señero el de Manuel Gutiérrez Nájera, “príncipe de los cronistas”, quien, dentro de la tradición clásica “instruir y deleitar”, incitaba a las lectoras de sus artículos con el despliegue de su vasta lectura disfrazada de frivolidad a interesarse por la mitología, por los autores de la literatura universal, por el arte, por el juego de los símbolos y las comparaciones.

Este afán de cultura no es privativo de los cronistas literatos sino también de los cronistas desligados de dicho ámbito, pues todos anhelaban demostrar su tinte cultural, aunque fuera en un estilo muy discutible por los excesos verbales y, en ocasiones, con una adulación acreedora a la censura.

<sup>1</sup> Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)*, pról. Salvador Novo, Porrúa, México, 1961, t. III, p. 1846.

La crónica social se convierte en un texto de escala artística que recurre a los artificios retóricos de gran jerarquía, insistiendo en el refinamiento sibarítico de los bailes y la vivencia señorial.

Todos los autores aquí glosados fueron fieles al compromiso ineludible exigido por la crónica social dirigida a la concurrencia, a las lectoras y lectores de los diarios: dar santo y seña de la moda; exhibir en el escaparate de sus reseñas a las damas, su coquetería, hermosura y seducción, a esos lindos figurines producto del ocio, plenos de vida con sus preciosos trajes y ostentosas joyas; poner de manifiesto su imagen de gran linaje ante los asistentes del baile y del amplio público de lectores.

Desde los primeros años del México independiente y a todo lo largo del siglo XIX y principios del XX —lapso que abarca esta investigación—, revistas y periódicos, como se hacía en Europa, publicaron muchísimos apartados sobre la moda en los cuales se porfiaba en la importancia de ésta como reflejo de las costumbres, de la precisión de las épocas, de la estética; se incluye la crítica por los desmanes del lujo suntuuario, las agresiones a la moral, los daños al cuerpo femenino, pero que gracias a la moda, esa idolatrada victimaria, permitía que poco a poco la mujer se fuera liberando de añejos prejuicios y se exhibiera en los ludibrios de la sensualidad. La moda era el resumen de la cultura, del acontecer histórico y, a la manera de hoy, se diría de las mentalidades, pues todo cuanto a la vida se refiere “es historiable”.

Allá por 1851, el periodista más aguerrido como defensor de la libertad de prensa, Francisco Zarco, *Fortín*, no desdeñó escribir para *La Ilustración Mexicana* artículos sobre la moda por no considerarlo tema superfluo, sino de vital trascendencia, ya que sólo la más crasa incultura podía negarse a reconocer el ascendiente de la moda y, por lo tanto, aseveraba que consagrar al bello sexo “la crónica del tocador” no era una pérdida de tiempo. Resaltaba el alcance social de un listón, una flor, un rizo.

Para dar gusto a la petición de las lectoras que deseaban estar al día siguiendo al pie de la letra las novedades de la moda, su seducción y modernidad, revistas y periódicos ilustraron sus artículos con los figurines reproducidos principalmente de las revistas parisinas y así tuvieron a sus lectoras al tanto de las veleidades de esa deidad inconstante y adorada, proporcionándoles los trajes de baile de actualidad y los detalles de la confección.

Con singular afán y grandilocuencia, los cronistas se constituyeron en notarios de la moda para dar fe pormenorizada de su encanto y tiranía, inconstancia y locura, de sus artífices los modistos y modistas encargados de dar lustre a la belleza, al buen gusto y al chic de las damas; de los talleres y casas de modas donde laboraban las “modistillas”, virtuosas del “hilo, la aguja y el dedal”; se deleitaron en las confecciones, en la diversidad de telas, su textura, los colores del momento; baste recordar que con la egiptomanía el color fue el verde Nilo y con la admiración al enigmático Japón llegó el amarillo crisantemo. Igualmente registraron toda la gama de accesorios, adornos, afeites, alhajas y famosas joyerías. Nada de lo relacionado con la moda y sus matices se quedó en el tintero de las extensas notas del cronista social. Desde luego no olvidaron la moda masculina.



Todas estas puntuales descripciones de los trajes exhibidos en el baile nos convidan a abrir el ropero de las más encopetadas damas y damiselas para añorar la elegancia y el lujo del vestuario y los joyeles del México que se fue.

El interesado por la moda del siglo decimonónico encontrará aquí el copioso material requerido para llevar a cabo un cabal estudio de la moda y de su imperio, su trascendente proyección en la vida cotidiana de México, en la historia de esa moda que en nuestros días se manifiesta en una industria mundialmente poderosa, en innumerables publicaciones, en las pasarelas internacionales donde solicitadas modelos presentan las creaciones de los muy renombrados diseñadores y modistas, sin olvidar a los peluqueros.

En todo lo anteriormente dicho insisten los escritores del baile y pregonan esa nostalgia que invade a la alta sociedad mexicana: la de una forma anacrónica de vida, la monárquica, que se corresponde en muchas ocasiones con el decorado del baile y con los vestidos, nostalgia que permea todo el siglo XIX y que es bien patente en el régimen de Porfirio Díaz, la cual ha venido arrastrándose desde la Independencia: *ser o sentirse* como europea y alcanzar ese mundo civilizado y moderno.

En su obra *México. El trauma de su historia* (1977), el historiador Edmundo O'Gorman asevera que el programa liberal termina siendo el programa conservador y viceversa. Estos dos programas coinciden en el mismo afán de ser Euro-América, en la conducta de la vida económica y política y, desde luego, esta ilusión es muy notoria en el aspecto lúdico de lo social.

La cuestión de traducir o acomodar la obsesión monárquica dentro del sistema liberal-conservador que ha quedado latente en las clases más representativas de la sociedad se resuelve atribuyendo valores carismáticos al presidente; la imagen del monarca o del emperador se añade a la personalidad del presidente de la República, lo mismo que el poder político que se intenta con Benito Juárez y se consume con Porfirio Díaz. Al proyectarse esta idea monárquica en la figura del presidente y de sus allegados, es lógico que se configure una imagen de corte a altos empleados, antiguos aristócratas, nuevos ricos y, al entrar todos en el juego, se tiende a reflejar cierta añoranza monárquica que remeda un complicado y refinado ceremonial que deviene en una clara prueba de dos aspiraciones: ser como Europa y actuar socialmente con ese aire monárquico que se aprecia sin lugar a dudas en los bailes decimonónicos. aquí registrados, bailes en los cuales culminan las apetencias que rematan en los fastuosos bailes con los que se celebró en 1910 el primer centenario de nuestra Independencia.

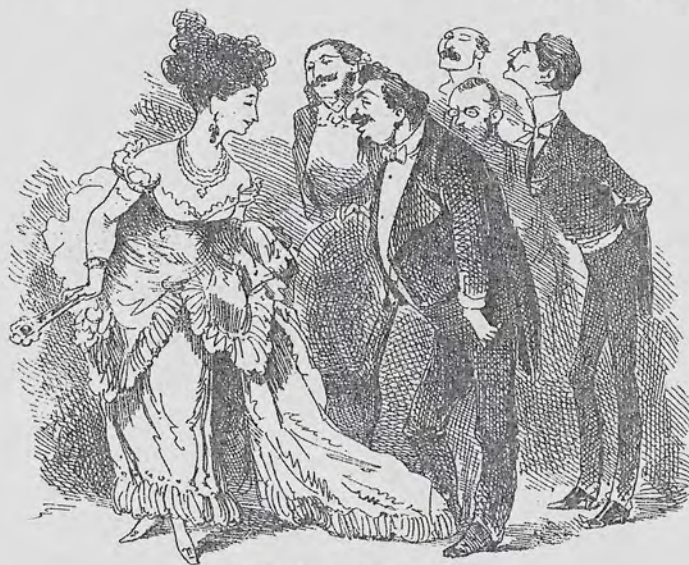
Y cuando aún se disfrutaban las fiestas del primer centenario de la Independencia de México, la euforia del baile palaciego, y el del Casino Español, un viento huracanado subversivo irrumpió en los salones del baile decimonónico. En su furia no respetó el decorado: destrozó el jardín, mancilló la gruta, el lago, acalló la rumorosa fuente, desprendió guirnaldas y festones, escudos y banderas, marchitó las flores; rasgó la seda de los cortinajes, tapicerías y gobelinos, arrancó las pinturas, hizo añicos las grandes lunas venecianas, los espejos con sus dorados marcos, apagó las luces de candelabros y candiles, de las enormes arañas y dejó a oscuras los feéricos salones, presagiando a la alta sociedad el fin de su mundo.





Esa sociedad frívola que desde los primeros tiempos del México independiente asistió a los rumbosos bailes, cuya vanidad y frenesí culminó con el gobierno de Porfirio Díaz, regida por la omnipotencia, por la explotación de los exiliados a esos bailes, deseosa de abolengo, de oro y de placer, de parecerse a Europa, indiferente a los problemas nacionales, bien hubiera podido apropiarse del verso de una canción popular: "vino el remolino y nos levantó". Ese viento que todo lo "levantó", en su iracundo ulular barrió con el México de la paz porfiriana, con el "Paraíso en la tierra", para dar paso a una sociedad que, guiada por sus antiguos ideales, tuvo el propósito, la esperanza de un México más equitativo, más digno y más humano.

## LOS BAILES Y TERTULIAS



—Doy á usted las gracias por haberme honrado, baila usted maravillosamente.  
—No es para tanto, señor.

Ilustración de José María Villasana.

## I. ENTREMOS A LA SALA DE BAILE



1825-1861

En su excelente obra *Circo, maroma y teatro*, Luis Reyes de la Maza da noticia de un primer baile en el México independiente, el cual tuvo lugar el 23 de mayo de 1823, en el sitio más odiado durante la Colonia: el Palacio de la Inquisición. “Fue —dice— una hábil maniobra política de los organizadores el que el pueblo danzase y riese en aquel lóbrego y abominable sitio, pero tan hermoso en su arquitectura.”<sup>1</sup>

En 1825 llegaron a México como ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña Henry George Ward y Joel R. Poinsett ministro plenipotenciario de los Estados Unidos ante nuestra República.

El periódico *El Sol. Post nubila Phoebus* consignó esta breve nota el 30 de mayo de 1825:

El señor cónsul de los Estados Unidos y otros individuos de la misma nación dieron anteanoche [28] un magnífico baile al Sr. Poinsett, ministro plenipotenciario de dichos Estados: la concurrencia fue numerosa y muy brillante. El señor Poinsett presentará el miércoles próximo a la una sus credenciales en audiencia pública del Sr. Presidente [general Guadalupe Victoria] y mañana a la misma hora hará lo mismo el Sr. Ward.

El muy reconocido historiador y literato Enrique de Olavarría y Ferrari informa en su imprescindible *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)* que los ministros fueron obsequiados el 28 de mayo con “un baile magnífico que les sirvió de presentación ante la más escogida sociedad de la capital, muy entretenida con las fiestas de Pascua que aquel año cayó a 25 de mayo”.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Luis Reyes de la Maza, *Circo, maroma y teatro (1810-1910)*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Cincuenta años 1935-1985, México, p. 6.

<sup>2</sup> Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)*, pról. de Salvador Novo, Editorial Porrúa, México, 1961, t. 1 (Biblioteca Porrúa, núm. 21), p. 204.

El periódico *El Observador de la República Mexicana* publicó el 11 de julio de 1827 "Sociabilidad. Carta 4ª" de una joven, en la cual ésta contaba a una amiga su impresión sobre el baile dado en la Lonja de la ciudad de México, el 25 de junio por un grupo de comerciantes:

Desde el momento de recibir la esquila del convite, favor dispensado sólo a personas distinguidas —dice a su amiga—, no había tenido ya un momento de reposo, abandonando el piano, a Corina, al balcón para dedicarse al vestido y los adornos, impaciencia que únicamente se calmó con la llegada del peluquero y viéndose peinada y vestida con todo esmero.

A las nueve la familia se apercibió para el baile y, a la llegada a la Lonja, se dio la primera mortificación: la interminable espera en el guardarropa. Ya en el salón de baile era evidente la disparidad entre las elegantes damas y la dejadez de los hombres.

Cuando llegamos ya había en él bastantes personas de uno y otro sexo, que desde luego llamaban la atención y sorprendían, particularmente las mujeres, que en lo general estaban muy bien vestidas y puestas con propiedad y elegancia: ¿mas creerás que aun allí los hombres, muchos de ellos, ofrecían el contraste de un desaliño de que otra vez te he hablado? ¿Crearás que algunos se presentaron de botas sin cuidarse de que un pisón o golpe con ellas, no ha de ser un obsequio muy grato para las mujeres? Pues así era sin embargo querida mía.

Otra mortificación apunta la autora de la misiva: la censurable educación de algunos bailadores.

Cuando nos presentamos ya se bailaba una contradanza, de lo que me alegré mucho, pues así pude observar anticipadamente las que se acostumbran en México y el modo con que se siguen: y a fe que no me pareció muy bien ni me lisonjeó mucho, porque inmediatamente advertí, que no era común en los hombres tratar a las señoritas con la finura debida, y que mucho antes de llevarlas con delicadeza, las daban jalones bruscos y repetidos, que no parecía sino que tiraban los cables de algún navío.

Entre aquellos ineducados había no pocos extranjeros, que nacidos en cuna humilde no habían tenido la oportunidad de adquirir buenos y finos modales para presentarse y departir en esas reuniones. Explicaba la joven en su carta que la presencia de aquellas personas se debía al desacierto de los propietarios de la Lonja, al poner en venta los boletos para el baile en los hoteles al precio "ratero" de tres pesos.

Debido a la desagradable concurrencia, muchas personas se retiraron del baile, entre otras, su familia y, ella por su parte, con el consiguiente desencanto: después de tantas ilusiones sólo había bailado dos valsos.

Otras señoritas —comentaba— menos melindrosas, pues ellas habían ido a bailar, alegres y muy complacidas danzaron con el primero que se les había presentado como si lo hicieran con viejos y finos amigos de su familia, bailotearon hasta las dos de la mañana, olvidándose incluso de cenar. ¿A qué se debía ese desecho de bailar? La joven encontraba la explicación



en el aislamiento y en la escasez de relaciones en las cuales vivían las familias de la capital. Esta carencia de vida social será señalada frecuentemente por escritores y cronistas.

Por lo que respecta al baile de la Lonja, más adelante traeré a colación algunos de los muchos bailes que hubo en ésta, en los cuales, poco a poco, fue desapareciendo la falta de maneras de los asistentes, bailes que, por lo rumboso, se elogiaron con demasía.

El 9 de enero de 1831 la oficialidad de la plaza festejó con un espléndido baile la instalación del IV Congreso Constitucional que se había realizado el 1 de enero. El *Registro Oficial del Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos* publicó el 10 de enero la nota social, la cual ya anuncia el tono de las reseñas en años posteriores.

Anoche se ha dado en la Lonja un suntuoso baile por la benemérita oficialidad militar de la plaza, con el objeto de celebrar la reunión del nuevo Congreso general. Ha mucho tiempo que no se veía en México una reunión tan numerosa y brillante, al mismo tiempo que tan ordenada y decente. El salón se adornó con magnificencia y con gusto, sorprendiendo apaciblemente la vista de los concurrentes la colocación de las banderas de los cuerpos de la guarnición que asistieron a la gloriosa jornada de Tampico, puestas sobre las que allí se quitaron a los españoles, las que se veían con las astas vueltas sirviendo de peana a las mexicanas. En las dos extremidades del salón se situaron dos músicas militares que tocaban alternativamente. Se dispuso y sirvió la mesa, que se iluminó perfectamente, ciento cuarenta señoras adornadas magníficamente con cuanto la riqueza, el lujo y la moda ofrecen, más delicado y vistoso, completando el hermoso cuadro que ofrecía la oficialidad vestida de gala, mezclada con una concurrencia variada y vistosa. Todo fue alegría, unión y placer, que se aumentó por haber llegado la noticia de la nueva derrota sufrida por los facciosos en Chichihualco.

El 18 de diciembre de 1839 llegaron a México Francis Erskine Inglis de nacionalidad escocesa —mejor conocida como marquesa Calderón de la Barca— y su esposo Pedro Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México.

Durante su estancia de dos años en nuestro país, la señora Calderón sostuvo una copiosa correspondencia epistolar con su familia radicada en Boston: 44 cartas conforman su libro *The Life in Mexico during a Residence of Two Years in that Country*, Boston, 1843. En estas misivas detalló muchos de los acontecimientos que le tocó presenciar ya fueran políticos, ya sociales, entre estos últimos da cuenta de los bailes a los que asistió.

Su visión sobre México no agradó a muchos mexicanos decimonónicos; entre otros, el maestro Ignacio Manuel Altamirano se dolió de que, en su incompreensión, madama Calderón en no pocas ocasiones nos había calumniado.

En la "Carta número IX" madama Calderón pasó revista al baile de fantasía del 8 de enero de 1840 en el Teatro Principal, organizado en auxilio de los huérfanos y mendigos del hospicio de pobres por la junta de beneficencia de la capital. La invitación —impresa por Ignacio Cumplido— la firmaban las señoras Juana Castilla de Gorostiza, Ana Bringas de Fuentes Pérez, Antonia González Agüero, Juana Martínez de Guerrero, y los señores Mariano





Domínguez, Diego Ramón Somera, Miguel Buch, Manuel Escandón, Felipe Baker, Juan Rol y el cónsul inglés Evén C. Makintosch.

El programa de este baile indicaba que las señoras invitadas podrían concurrir en traje común de fantasía o de carácter, pero sin careta. Estas reglas se aplicaban también al vestuario de los hombres a excepción del traje eclesiástico.

Las señoras serían admitidas gratis y por convite, los hombres por medio de boletos de a 10 pesos cada uno.

El alquiler de los palcos primeros costaría 30 pesos cada uno y había ocho boletos por palco. La cazuela (galería alta o paraíso) y las ventilas no serían alquiladas pues quedarían con las colgaduras como adorno de la sala.<sup>3</sup>

El local, pese a los deseos de la comisión, ofrecía pocos recursos para la comodidad de los asistentes; sin embargo, no se había perdonado gasto ni creatividad para convertir el foro y el patio del teatro en salón, dejando la entrada por la puerta principal. Las señoras encontrarían cerca del salón dos piezas para el desahogo. Los concurrentes tendrían a su disposición en el establecimiento de la sociedad, contiguo al teatro, un surtido de helados, refrescos, manjares y licores.

El programa advertía que el diputado Diego Somera era quien proporcionaba ese servicio, cuyos productos se destinarían al socorro de los pobres del hospicio.

Se suplicaba a las personas que ordenaran a sus cocheros que retiraran sus carruajes y los situaran fuera del frente del edificio.<sup>4</sup>

Madama Calderón refiere en su crónica que para ir al baile de fantasía descartó el vestido de poblana, y se decidió por el de una virtuosa cantarina romana: "falda blanca, corpiño rojo, con cintas azules, y un velo de encaje cuadrado suelto por detrás".

El baile empezó a las nueve de la noche, los Calderón llegaron a eso de las once. El *coup d'oeil* era alegre sobremanera y muy divertido. Comenta que la comisión —da los nombres— en su afán de mejorar las pésimas condiciones del teatro y eliminar la suciedad, así como el desagradable olor, se había gastado casi todos los ingresos, producto de las entradas. Pero tomando en consideración las dificultades, el arreglo había quedado muy bien; hace referencia al adorno, a la música, la concurrencia y sus disfraces, eso sí, con su siesnoes de crítica.

Hermosas arañas de cristal habían sustituido a los faroles con velas de sebo, y de los palcos pendían brillantes colgaduras de seda, y un pabellón también de seda, en forma de tienda, cubría todo el salón de baile. La orquesta, asimismo, era bastante aceptable. Los palcos estaban llenos de señoras que exhibían una interminable sucesión de mantones de Manila, de todos colores y variado estilo, y una monotonía de aretes y brillantes; en fin que si alguna vez hubo un baile de fantasía, fue este baile.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Madame Calderón de la Barca, *La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país*. Trad. pról. y notas de Felipe Teixidor, Editorial Porrúa, México, 1959, t. 1, carta IX. Advertencia a las notas, p. 48.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>5</sup> *Ibid.*, carta IX, p. 85.

Hubo —añade— abundancia de campesinas de todas clases, turcos, *highlanders*, y como era baile público, junto a la gente bien vestida, había gran cantidad de personas que, desconociendo lo que era un traje de fantasía, por sus estrafalarias vestimentas parecían los signos del zodiaco. Eso sí, jóvenes, viejos, de edad intermedia, todos y aun, los muchos niños llevaban brillantes y perlas.

Las damas organizadoras se ostentaron elegantemente vestidas y con joyas de enorme precio.

La señora de Guerrero llevaba un tocado figurando un nido, formado en su totalidad de gruesas perlas y brillantes, y que representaba una fortuna. La señora de Castilla, vestida de Madame La Vallière en terciopelo negro y brillante, bonita como siempre, pero el frío de la sala le obligaba a ir envuelta en pieles y boas de tal manera que escondía su vestido. La señora de Guerra, de Reina de Escocia, también de terciopelo negro y perlas, llevaba una toca, puesta de moda por la Albini<sup>6</sup> en su papel de reina de Escocia, la cual, aunque hermosa, es una completa falsificación de la bella simplicidad de la auténtica toca usada por la Reina María.<sup>7</sup>

Entre las jóvenes —según madama Calderón— las señoritas Fagoaga eran las mejor ataviadas. La mayor parte de las familias de buen tono se encontraban en los palcos; era allí donde se le había dicho que estaba su oportunidad de juzgar la belleza, o el estilo de vestirse de las mujeres mexicanas, pero ese estilo no lo otorgaban los atuendos de fantasía, sino los trajes cotidianos. Madama añade con cierto menosprecio que, en conjunto, había visto pocas bellezas dignas de llamar la atención, poca gracia y poco talento para bailar. En los trajes había demasiado terciopelo y raso y excesivo adorno, los cuales, comparados con la moda actual, se señalaban por ser de un corte absurdo; los zapatos apretaban los de suyo pequeños pies haciendo que se perdiera gracia al andar y al bailar. Las alhajas, aunque magníficas, tenían los brillantes mal montados.

En la concurrencia había visto ojos soberbios, brazos y manos bellísimos, modelos perfectos para un escultor, en especial las manos, y muy pocos cutis hermosos.

Había —agrega— un joven disfrazado de *highlander* cuyo desconocimiento del traje era evidente, lo que demostraba su ignorancia de las costumbres de otros países. “¡Como habría yo deseado que Sir William Cumming, Macleod de Macleod, o cualquiera otro jefe de los *highlander* hubiera aparecido para confundirlo o enseñarles a las gentes de aquí lo que es realmente este traje!”<sup>8</sup>

Para colmo, en el baile había demasiados niños arropados en amplios trajes de terciopelo o raso, cubiertos de encajes y joyas y con flores artificiales en la cabeza.

<sup>6</sup> María Napoleona Albini de Vellani. Soprano. En 1836 estuvo en México dejando perdurable memoria en óperas como *Norma*, *El Pirata*, *Ana Bolena* y otras más.

<sup>7</sup> Madame Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 86.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 87.



Comentaba que la sala estaba demasiado fría, el mal olor del teatro era desagradable, pues ni todos los perfumes de Arabia hubieran sido bastantes para desaparecerlo.

Y muerta de frío, envuelta en su capa, se había ido a refugiar al palco de su amiga la condesa de la Cortina y, desde allí, se había dedicado a observar a las personas más distinguidas de los otros palcos, entre las que sobresalía la familia de las Escandón que se veían muy hermosas, “de vivos colores y hermosos dientes”.

Al filo de las tres de la madrugada los Calderón abandonaron la sala y madama vio cumplido el deseo “de ver, al salir, a numerosas señoras del brazo de su pareja, detenerse bajo alguna lámpara, y no obstante que iban puestas de veinticinco alfileres, encender sus cigarrillos, tan frescas y a la vez tan bonitas”.<sup>9</sup>

Si la señora Calderón menciona el provincianismo del baile, por su parte, el siempre pronto a la censura, el historiador Carlos Bustamante, también le puso peros al baile, dizque de caridad.

¿No va usted —preguntaban todos—, esta noche a hacer la Caridad? Esto alude a que sus productos líquidos se aplicarán a esta obra piadosa; y a la verdad que si todas las obras se hacen como ésta, lo mejor sería no hacerlas, pues para ejecutarlas han sido sacrificados muchos maridos pobres y no pocos amantes gastando lo que no tienen, adeudándose sin poder pagar, y exponiéndose a que les pongan los cuernos las damiselas.<sup>10</sup>

Al citar este baile de fantasía, Enrique Olavarría y Ferrari afirma que la fiesta alcanzó gran éxito y que salía sobrando hablar sobre el despliegue del lujo hecho por la elegante sociedad mexicana, espléndida como la que más “y en ese tiempo muy unida dispuesta a reunirse siempre que la ocasión se le ofreciera, a todo concurría y lo embellecía todo”.<sup>11</sup>

El 23 de mayo de ese mismo año de 1840, hubo un rumbosísimo baile en ocasión del casamiento de la reina Victoria con el príncipe Alberto, celebrado en Londres el 10 de febrero de 1840.

El *Diario de Gobierno de la República Mejicana* comentó el domingo 24 esta suntuosa fiesta para solemnizar el matrimonio de la reina de Inglaterra, dada por el ministro plenipotenciario y por algunos súbditos de S.M.B. en el ponderoso seminario de Minería de esta capital.

La iluminación producida por multitud de luces, colocadas con gusto y simetría en vasos de diversos colores, proporcionaban la vista de su espacioso patio y magnífica escalera; ya serpenteando por sus gruesas columnas; ya ondeando sus elevados arcos, y ya coronando sus remates, sin

<sup>9</sup> *Idem.*

<sup>10</sup> *Ibid.*, carta IX, advertencia a las notas, p. 49.

<sup>11</sup> Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, pp. 340-341.



que su apacible brillo dejase de dar toda la claridad necesaria para realzar un edificio, que por su elevación y dimensiones colosales, así como por las bellas líneas y proporciones de su valiente arquitectura moderna, acaso en su línea no tiene rival en todo el continente.

El salón de actos destinado al baile había sido amueblado a un alto costo, con asientos de gran lujo y gusto, iluminado con llamativas arañas y lindos candelabros. En el centro estaba el retrato de la reina, y a sus lados flameaban pabellones ingleses y mexicanos. En el lugar donde se encontraba la orquesta, los intercolumnios y las bases estaban adornados con espejos de grandes dimensiones, estatuas y floreros de alabastro. El adorno del tocador, piezas de desahogo de las señoras, salas de ambigú, la del ecarté, corredores y tránsito eran igualmente de buen gusto y de gran costo.

La concurrencia fue tan numerosa como lucida. El brillo de las alhajas, el lujo de los trajes, lo exquisito de los adornos y peinados, competían en llamar la atención al par que la hermosura y encantadoras gracias del bello sexo, que decoraba la sala en número de más de trescientas señoras; casi el doble sería el de los hombres que ocupaban el salón principal, el del ecarté y los tránsito se distinguían entre otros, el Exmo. Sr. presidente y sus ministros, el cuerpo diplomático, los cónsules, las autoridades de la capital y multitud de personas pertenecientes a los poderes supremos y a las corporaciones civiles y militares de la república.

Además de la orquesta dirigida por el profesor Chávez, la música del comercio tocaba al pie de la escalera las más selectas piezas en los cortos espacios entre las piezas brillantes. También alegró el ambigú. “En este competían la profusión y el lujo con la finura y el más delicado gusto, tanto en los manjares y licores, como en la vajilla y servicio de mesa; ya antes se habían distribuido helados y entretenimientos en azafates y diversas ocasiones.”

Las mesas fueron servidas varias veces y hubo algunos brindis, entre otros: “Sea tan próspera y duradera la unión de la reina Victoria con el príncipe Alberto, como la de México con Inglaterra”. El mayor orden y la más grata complacencia prevalecieron durante toda la noche. El baile terminó bien entrada la mañana, dejando la sensación de que podía rivalizar con el más pomadoso europeo.

Los mexicanos y los diversos súbditos de otros gobiernos, han manifestado la simpatía que los une con los ingleses, al solemnizar el fausto acontecimiento que ha motivado esta reunión, la que sin crear orgullo mexicano, no habría sido extrañado si se hubiese trasladado a cualquiera de las capitales de Europa.

Otra crónica de este baile la publicó el *Diario de Gobierno de la República Mexicana*, el sábado 30 de diciembre de 1840 en el apartado “Inglaterra. México. Extracto de una carta de la ciudad de México”, escrita con fecha de 25 de julio, traducida del periódico inglés *The Morning Chronicle*.



El sitio elegido —anota el autor— había sido el hermoso edificio del Colegio Nacional de Minería, hoy Palacio de Minería.

Una digresión. Allá por 1814 con motivo de la restitución al trono de Fernando VII, el virrey Félix María Calleja solicitó al Real Tribunal de Minería que se pintara el Colegio de Minería para dar en él un gran baile, con el cual la guarnición deseaba celebrar el regreso del monarca a España. La contestación fue que se consentía en franquear el patio y las salas que no fueran necesarias a las labores del colegio. Si en pleno virreinato causó extrañeza esa petición para un empleo tan impropio, no así en el México independiente y republicano; el edificio del Colegio Nacional de Minería, y después Escuela Nacional de Ingenieros, sería el sitio preferido para bailes, banquetes y otras fiestas de gran postín. Y el primero de estos bailes que tuvo lugar en el hoy Palacio de Minería fue el baile en honor de la reina Victoria y del príncipe Alberto.

La crónica informa que el 23 de mayo los miembros de la legación británica y los principales ingleses radicados en nuestra ciudad habían dado un baile y una cena de esplendor nunca visto en honor de Su Majestad Victoria.

Los ingleses avecindados en México, en cuanto supieron que se iba a abrir una suscripción para el baile, acudieron de inmediato con su donativo, y también con un sentimiento noble y caballeresco de patriotismo y lealtad, sin ningún espíritu de partido.

El edificio, cuyo uso para el baile se había permitido, era el más adecuado, tanto por su arquitectura moderna, estilo más puro (el neoclásico) y sin rival en la “Ciudad de los Palacios”, como por su hermoso diseño, que en su estilo quizá no tuviera superior en el mundo.

La entrada principal por un pórtico majestuoso, conduce a una columnata que rodea un gran patio enlosado: precisamente enfrente de la puerta, se halla la suntuosa escalera, que se divide en dos partes, de treinta pies de ancho cada una, que se unen después en mitad y terminan en el vestíbulo que está coronado de una cúpula magnífica, por la que entra y se derrama una luz apacible. Sobre la columnata alrededor de la grande área, está el corredor principal que tiene el techo sostenido por grupos de a dos columnas cada uno, cuyo entablamento que es de muy correctas proporciones, lo coronan varios pares de urnas que corresponden a las columnas de abajo.

El edificio, obra de Manuel Tolsá, descrito con tanta admiración por el autor de la carta, se hallaba muy deteriorado por esos años, lo que no amilanó a los ingleses para su cena-baile y con el precioso adorno disimularon los desperfectos.

Alrededor de las columnas se pusieron guirnalda dobles, de vasos de colores iluminados, y festones de los mismos, entre los espacios; los colores escogidos en honor de la nación mexicana, eran los de la bandera Nacional, verde, blanco y colorado. También las cortinas estaban llenas de los mismos vasos, y entre cada par de urnas había una gran llama roja. La columnata, escalera y corredor (todos entapizados) estaban alumbrados con candiles y lámparas colocados simétri-



camente. La escalera la adornaba por ambos lados una fila doble de plantas escogidas, y junto a los balaustrados del corredor, se veían muy hermosos naranjos, granados, adelfas, etc.

La orquesta de música militar se colocó en el patio, la cual hacía resonar las bóvedas con la ejecución de marchas militares y otras piezas. Una numerosa guardia de honor, soldados y oficiales en uniforme de gala, recorría en grupos los corredores, haciendo más espectacular el escenario. “Así es que al entrar, se deslumbraba el espectador con el aspecto imponente del edificio brillantemente iluminado y adornado con magnificencia de arriba abajo, y que presentaba un punto de vista, que realizaba las visiones encantadoras de los cuentos orientales.”

Luego de atravesar el patio, ascender la escalera y caminar por una parte del corredor, se entraba a un majestuoso salón, de grandes dimensiones con una galería en uno de sus extremos y una plataforma de todo el ancho del salón de actos y de los exámenes públicos. El adorno de esta sala estaba de acuerdo con la elegante sencillez del edificio, pero para esta ocasión se había adornado espléndidamente con tres preciosos candiles en el centro, otros más pequeños y candelabros a los costados y extremos, también con grandes espejos, estatuas y vasos de alabastro.

En la cabeza de la sala se hallaban colgadas dos banderas de un navío británico —que en esos días se encontraba en Veracruz— que se habían traído para realzar el festejo. Entre los pabellones se colocó el retrato de la joven reina causando la admiración general. “Tales fueron nuestros preparativos para celebrar un acontecimiento que llenaba de alegría los corazones de todos sus súbditos, y que inspiraba sentimientos de congratulación a nuestros amigos los mexicanos.”

El ministro plenipotenciario de Su Majestad, Ricardo Pakenham, llegó al baile un poco antes de las nueve de la noche, con los miembros de la legación y del consulado, todos con uniforme de gala y en compañía de varias señoras y caballeros ingleses que se dispusieron a recibir a los invitados; para las diez ya había muchas personas y dio principio el baile con varios grupos de cuadrillas.

En el salón de baile se reunieron cerca de dos mil personas, cuyo aspecto y modales elegantes “hubieran hecho honor a la ciudad más orgullosa de Europa”. A las señoras vestidas con trajes costosos, de muy buen gusto y con profusión de brillantes, hacían *pendant* con sus ricos uniformes el cuerpo diplomático, autoridades públicas y militares.

Entre las once y las doce, el general Anastasio Bustamante, presidente de la República, fue conducido al salón por el ministro Pakenham y a la una:

pasó el presidente a los salones de la cena, llevando del brazo a la señora Calderón, dama inglesa y mujer del ministro español. Las mesas estuvieron dispuestas con mucho gusto, y surtidas abundantemente de todos los platos delicados que se pudieron conseguir: los vinos eran exquisitos, y había tanta y tan buena champaña, como se ve en el otro lado del Atlántico en funciones semejantes. El general Bustamante propuso desde la cabecera de la mesa, un brindis a la salud



de S. M. en un discurso de plácemes (en español por supuesto) que fue recibido con grande entusiasmo por todos, incluyendo por decontado a las hermosas súbditas de S. M.

Terminada la cena, siguió el animadísimo baile que duró hasta las siete de la mañana siguiente y concluyó con la marcha nacional *God save the Queen*.

toda la noche hubo un torrente de melodía porque cuando cesaba la música del baile, seguía la del patio que se oía hasta la sala del baile. Así terminó una función que por mucho tiempo recordarán con entusiasmo todos los que participaron en ella, por el acontecimiento interesante que se celebraba, y por la magnificencia y alegría que reinó durante toda ella.

Este baile que constituyó un brillantísimo acontecimiento social y político, fue comentado por madama Calderón en su "Carta XVIII" del 25 de mayo de 1840 y por el implacable don Carlos María de Bustamante. En esa carta, madama Calderón da razón del "baile de los ingleses en Minería que tuvo lugar con gran *éclat*" y donde debió de sentirse muy a sus anchas.

El noble edificio —escribe—, iluminado profusamente y con una concurrencia que derrochaba gentileza, estaba convertido en un sitio por demás espléndido. El presidente y el cuerpo diplomático habían asistido con uniforme de gala y la ostentación de diamantes era extraordinaria. Las damas del cuerpo diplomático, al no poder competir con las alhajas de las mexicanas —dice— se contentaban pensando que el alarde de su elegancia compensaba lo que les faltaba en el lucimiento de joyas. Enseguida madama pasa revista a los trajes y joyas de las señoras y señoritas de la sociedad mexicana.

La hija de la Condesa..., recién llegada de París, y que acabo de conocer vestía de azul pálido, con guirnaldas de rosas en rosa claro y un aderezo de brillantes magníficos. El tocado de la señora de Adalid me recordó el de la Marquesa de Londonderry en su palco de ópera. La Marquesa de Vivanco llevaba un collar de brillantes de tamaño y hermosura extraordinarios, montados a la perfección. Madama S... iba con un riquísimo vestido de blonda *garni* con plumas de avestruz, y en cada pluma prendido un gran diamante. Una señora se adornaba con una diadema que, según opinión del Sr. S... no podría valer menos de cien mil pesos. Los diamantes se llevan solos o acompañados de perlas, pues las piedras de colores se consideran como cosa despreciable, lo que es una lástima, pues yo creo que los rubíes y las esmeraldas montados con diamantes dan a las joyas un mayor lustre y esplendor. Se veía una profusión de perlas, todas muy grandes, y casi todas en forma de pera. Las más bellas, por lo redondas, eran las que lucía la señora Barrera.<sup>12</sup>

En opinión de madama Calderón abundaban los vestidos de blonda que hacían furor en México, y para su gusto, muchos vestidos denotaban un defecto muy frecuente en México:

<sup>12</sup> Madame Calderón de la Barca, *op. cit.*, carta XVIII, p. 189.



el exceso de adornos, o el estar pasados de moda, “mas no por esos el *coup d'oeil* menos brillante, y era un tanto cuanto sorprendente que entre tanta gente no se viera una persona de mala nota. No dudo que se procedió por rigurosa invitación”.<sup>13</sup>

Madama Calderón fue recibida por el ministro Packenham en uniforme de gala, acompañado de otros caballeros ingleses, directores del sarao.

Su Excelencia me condujo hasta el salón de baile que estaba en el piso principal, donde había sillas reservadas para el Presidente, las señoras de los diplomáticos y miembros del Gabinete. La música era excelente [...] a pesar de que allí se encontraba reunido lo que se llama “todo México”, los salones son tan espaciosos, que la concurrencia no se hacía desagradable y el calor no agobiaba. En todas las salas se veían retratos de la reina Victoria.

Las mesas para cenar estaban arregladas con muy buen gusto.<sup>14</sup>

El presidente —anota madama Calderón— le había ofrecido el brazo para ir a la cena. Todo el acompañamiento entró a los acordes de *God save the Queen*. “Éste es el mejor baile que hemos visto aquí, sin excepción alguna, y dicen que costó once mil pesos.” Y con no disimulado orgullo anglosajón se congratulaba del éxito del baile “que era digno de los fines que lo motivaron, y es que a *Messieurs les Anglais* siempre les sale bien lo que se proponen llevar a cabo”.

Don Carlos María de Bustamante con pluma acibarada dio su versión sobre el baile de los ingleses; el combativo historiador se quejó de que se hubiera desalojado a los escolares por “incivilidad” y que a todo el mundo le había sentado mal que se les hubiera echado, ya que eso demostraba una servil condescendencia con los extranjeros “que mandan hoy en nuestra casa como podrían mandar en la suya”.

Después de esta protesta don Carlos informa que había visitado el Colegio de Minería el día 23, y detalla el espléndido ornato del patio, la escalera y el salón, el servicio para la cena y la iluminación. Y, como buen satírico, trae a cuento la opinión irreverente y maliciosa que del príncipe Alberto tenían los ingleses.

La escalera está alfombrada y por ambos lados adornada de naranjos y macetas de bellas flores. Los arcos superiores e inferiores están dispuestos con candilejas de vidrios colgadas de alambre muy airosamente colocados que darán una bella iluminación, y hasta las columnas del edificio tienen candilejas, aunque en el salón no se había puesto la bella alfombra que han dispuesto; sin embargo los grandes espejos, magníficos candiles grandes y chicos que he visto de bello gusto, darán luz muy hermosa y bien distribuida. Con magnificencia y mucho aseo está preparada la repostería y la sala de la cena.

En todas las cabeceras de las salas se ve el retrato de la Reina Victoria, en unas sentada bajo solio, y en otras de pie, vestida de etiqueta; mas en ninguna de ellas se ve el retrato de su marido,

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>14</sup> *Idem.*





de quien hablan los ingleses sino con desprecio y como un parche mal pegado, a lo menos lo tienen como los Hacendados a los buenos manaderos destinados a empadrear.<sup>15</sup>

Bustamante no deja en el tintero que los dormitorios de los estudiantes fueron destinados para “servir de desahogo de las señoras y lo mismo los tocadores para componerse los vestidos y peinados. En todo brilla la elegancia y gusto y no menos que en las grandes mesas de mármol blanco y negro”.

Igualmente con su buena dosis de mordacidad mencionó el exceso de esas maravillosas joyas que asombraron a madama Calderón; jactancia de riqueza que provenía de turbios manejos: la sangría a la nación.

Sobresalió en adornos la mujer del agiotista Agüero, suponen que valía el cuerpo de esta mujer ciento cincuenta mil duros, y se distinguía por el cinturón ornado de sendas perlas, y un gran chapetón de brillantes; como todo es sustancia de la Nación, a quien esquilma su marido, cada uno de los mexicanos bien podría decir... ¡Ay vamos!<sup>16</sup>

También don Carlos explicitó que el presidente Bustamante en las dos horas de su permanencia en la mesa, había brindado con desatino y comido a dos carrillos como Heliogábalo.

En su “Carta XXVII” del 3 de octubre de 1840, la señora Calderón escribe refiriéndose al día 24 de septiembre, “Anoche [hubo un baile] muy agradable en casa del ministro francés, en donde los muebles, todos de París, producen un gran efecto. Muchos diamantes como de costumbre, y algunos preciosos vestidos; el mío de raso blanco y con flores”.

Y en su “Carta XXXVI” correspondiente al mes de febrero de 1841 da santo y seña de un gran baile de máscaras y de fantasía dado por la legación inglesa en el Teatro Principal, el cual con una selección maravillosa de la concurrencia, y pese a que en esos bailes demasiadas personas se quedaban en los palcos sin participar en la danza, había resultado muy lucido. Al llegar, algunos miembros de la comisión organizadora los habían recibido a ella y a su marido al pie de las escaleras y conducido al palco de la familia Escandón, “en donde encontramos como es costumbre a las señoras de la familia elegantemente vestidas; las casadas, ostentando diamantes, y las más jóvenes con telas vaporosas con oro”.<sup>17</sup>

Dando la vuelta por el salón de baile se veían personajes importantes con antifaz, algunos trajes de baile muy hermosos y no obstante que había demasiados dominós y máscaras extravagantes, se apreciaban los adelantos en el vestir; entre este baile y el de fantasía celebrado el año anterior había una gran diferencia. También destacaban los trajes salidos de los talleres de París. “Algunas jóvenes, en particular la señorita M... llevaban vestidos que no era concebible salieran de otras manos que las de una modista parisiense.”<sup>18</sup>

<sup>15</sup> *Ibid.*, carta XVIII, advertencia a las notas, p. 102.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 102-103.

<sup>17</sup> *Ibid.*, t. II, carta XXXVI, p. 370.

<sup>18</sup> *Idem.*



Y como no era fácil permanecer por mucho tiempo como mero espectador sin aburrirse, aunque los visitaron muchos concurrentes, los Calderón fueron atacados “por un sueño que nunca sentimos en las noches de luna, remontando a caballo a través de los encantadores caminos de tierra caliente” y tuvieron que hacer mutis.

Apenas pasado este baile, en marzo estaba otro en puerta. En ocasión de que el Congreso Nacional declarara por decreto “Benemérito de la Patria” al presidente de la República, general Anastasio Bustamante, la oficialidad le ofreció un baile el 25 de marzo de 1841 en el Teatro Principal. Dice la invitación publicada por *El Cosmopolita* el día 24:

En justa celebridad de que el Congreso Nacional ha declarado Benemérito de la patria al Exmo. Sr. General Presidente de la República D. Anastasio Bustamante, los generales y jefes de los cuerpos de la guarnición de esta ciudad, unidos a varios amigos de S. E. han dispuesto dedicarle un baile de obsequio, que se verificará en el Teatro principal la noche del 25 del corriente; y tienen el honor de participarlo a usted, suplicándole se sirva honrarles con su asistencia a las nueve de la expresada noche, a cuyo fin es adjunto el correspondiente boleto.  
México, Marzo 14 de 1841.

Boleto.

Gran baile de obsequio, al Exmo. Sr. Presidente de la República Benemérito de la Patria, D. Anastasio Bustamante.

El 26 de marzo el *Diario del Gobierno de la República Mejicana* hizo una pequeña crónica del baile que en obsequio al presidente Bustamante habían dispuesto algunos generales, jefes y oficiales de la guarnición y algunos amigos para solemnizar el decreto que lo declaraba “Benemérito de la Patria”.

El local escogido —se lee en el periódico— para esta reunión familiar, fue el Teatro principal, el que se adornó interior y exteriormente con todo el gusto y magnificencia posible. En el atrio exterior, hacia la mitad de la calle, se colocó el balaustrado, en cuyo centro se encontraba un jardín de naranjos hermosísimos, y otros dos jardines ocupaban los lados del vestíbulo o entrada: el patio todo estaba decorado con cortinas de color carmesí y galones de plata, tachonadas las cornisas con clavos adornados, y en el centro las armas nacionales, vistosamente elevadas. Sobre el foro se veía dividido con cortinas vistosas, la sala del ambigú, figurando una alegre campiña, y la iluminación reflectada por grandes y brillantes espejos, hacía el mejor efecto. Multitud de arañas de cristal de la hechura más elegante, y arbotantes de mucho gusto, servían para la iluminación y el adorno de la sala, cuyo pavimento, cubierto de costosísimas alfombras y de asientos de mayor lujo, presentaba una área espaciosa para el baile, sin embargo de cuya extensión, la afluencia de la numerosa concurrencia no permitía al principio el espacio necesario; pero disminuida sucesivamente ésta dio lugar a bailar hasta el amanecer. La reunión fue de las más

brillantes, y el buen gusto en los trajes y la magnificencia de los adornos, hicieron brillar más y más las gracias del bello sexo.

El 27 de marzo *El Cosmopolita*, en su sección "Comunicados", incluyó la protesta del joven poeta y dramaturgo Ignacio Rodríguez Galván, quien bajo el seudónimo de *Jeconías* denunciaba la irresponsable y ofensiva actitud del gobierno, pues ante las muchas calamidades que aquejaban al país, el único remedio que había encontrado era bailar.

Comunicados.  
¡Bailad! ¡Bailad!

MANE, THECEL, PHARES  
Daniel.

Bailad mientras que llora  
El pueblo dolorido,  
Bailad hasta la aurora  
Al compás del gemido  
Que a vuestra puerta el huérfano  
Hambriento lanzará.  
Bailad! bailad!

Desnudez, ignorancia  
A nuestra prole afrenta,  
Orgullo y arrogancia  
Con altivez ostenta,  
Y embrutece su espíritu  
Torpe inmoralidad.  
Bailad! bailad!

Las escuelas inunda  
Turba ignorante y fútil,  
Que su grandeza funda  
En vedarnos lo útil,  
Y nos conduce hipócrita  
Por la senda del mal.  
Bailad! bailad!



Soldados sin decoro  
Y sin saber nos celan,  
A donde dan más oro  
Allá rápidos vuelan:  
En la batalla tórtolas,  
Buitres en la ciudad.

Bailad! bailad!

Ya por Tejas se avanza  
El invasor astuto:  
Su grito de venganza  
Anuncia triste luto  
A la infeliz república  
Que al abismo arrastráis.

Bailad! bailad!

El bárbaro ya en masa  
Por nuestros campos entra,  
A fuego y sangre arrasa  
Cuanto a su paso encuentra,  
Deshonra nuestras vírgenes,  
Nos asesina audaz.

Bailad! bailad!

Europa se aprovecha  
De nuestra inculta vida,  
Cual tigre nos acecha  
Con la garra tendida,  
Y nuestra ruina próxima  
Ya celebrando está.

Bailad! bailad!

Bailad, oh campeones,  
Hasta la luz vecina,  
Al son de los cañones  
De Tolemaida y China,  
Y de Argel a la pérdida  
Veinte copas vaciad.

Bailad! bailad!





Vuestro cantor en tanto  
De miedo henchido el pecho  
Se envuelve en negro manto  
En lágrimas deshecho  
Y prepara de Méjico  
El himno funeral.

Bailad! bailad!

JECONÍAS

A la censura de Rodríguez Galván al baile se aúna la muy severa del periódico *El Sonorense*, según se infiere de las airadas aclaraciones del *Diario del Gobierno de la República Mejicana* del 1 de abril de 1841.

*El Sonorense* del sábado 27 del que termina, es un zurcido de imposturas groseras: este eco, digno del populacho crapuloso del Factor, creyendo sin duda temer el alto desprecio que nos ha inspirado siempre la asquerosa ordinariéz de sus raciocinios, se ha empeñado más y más en sobresalir por lo desvergonzado y procaz.

Demos una rápida ojeada al número que nos referimos: bajo el título de *Baile de compadres*, se hace una crítica mordaz del obsequio que se ofreció al Excmo. Sr. general presidente D. Anastasio Bustamante, con motivo de haberlo declarado el congreso nacional, Benemérito de la patria.

Como dijimos en nuestro editorial del 26 del que rige, esta tertulia *familiar*, por decirlo así, no tenía objeto alguno político, ningún carácter oficial, y sólo una pasión ciega, o una mala fe criminal, puede caracterizarla de otra manera, para hacer con este pretexto inculpaciones gratuitas al gobierno.

Los gastos que erogó esta diversión particular fueron costeados, como se ha repetido distintas veces, por estos amigos del Sr. Bustamante, con absoluta independencia de los cuerpos de la guarnición, cuyos sueldos pasados, presentes y futuros, no se menoscabaron en lo más mínimo.

Si la amistad quiso tributar este homenaje al mérito; si los amigos de aquel general quisieron bailar una noche ayunando un año, aunque hubiese tenido conocimiento de ello el gobierno, ni éste como tal tenía facultad de estorbarlo, ni esa fue la causa porque se dejase de dar a los cuerpos, pues muchos de los contribuyentes no perciben sueldo por el erario público.

El potro de tormentos de la envidia es la felicidad ajena, y estos viles escritores que no pueden tachar en nada al general Bustamante personalmente, en vano pretenden con ruines declaraciones ofuscar el gozo que han manifestado los mexicanos al ver laureadas por la mano de la augusta representación nacional, las eminentes virtudes de tan honrado y valiente jefe.

Insistiendo en satirizar al gobierno y bajo el rubro de *Otro contraste*, estos pobres hombres asientan que al mismo tiempo que no había dinero para la sección que marchaba a la Sierra, se bailaba; ¿ignoran los señores editores del *Sonorense* que algunos días antes de la función citada



salió de la capital el Sr. Enciso? Si se pagara porque escribieran mal y con injusticia, nadie era más acreedor que *El Sonorense* a la primacía.

Mucho se habló sobre lo indecente de la mesa, sobre la mala selección de adornos etc., etc., otra cosa fuera ciertamente: vistosos hasta el extremo y nacionales serían los trofeos que se pondrían, si accediendo el congreso a los votos de los editores del *Sonorense*, declararan a Gordiano Guzmán benemérito (según ellos, "Ilustre caudillo del pueblo"); entonces, entre tinajas y barriles, escalas y ganzúas, se ostentaría el héroe que encomian las brillantes plumas de los patriotas escritores del *Sonorense*.

En la crítica a este baile del 25 de marzo terció la señora Calderón en su "Carta XXXVIII" del 30 de marzo de 1841. Relata que en vísperas de irse a pasar unos días a San Ángel tres ayudantes del general Guadalupe Victoria habían ido a invitarla a ella y a su esposo al baile que Victoria y otros oficiales le darían en el Teatro Principal al presidente para festejar el habersele conferido el título de "Benemérito de la Patria". Por su estancia en San Ángel no pudieron asistir, pero al serle solicitada a Calderón la bandera de España para que figurara en el festejo junto con las de otros países, la envió de muy buen grado. ¿Y qué sucedió con las banderas? Una falta muy grave de protocolo, apunta la señora Calderón.

Ahora resulta que no se habla de otra cosa en México, además de los comentarios de los periódicos. Parece ser que los *drapeaux*, por accidentes o a propósito no se colocaron bien; faltas de etiqueta que aquí ocurren con frecuencia. El ministro inglés al advertir que su *drapeau* se encontraba colocado en un rango inferior, al notar que sus advertencias hechas a tiempo y aún sus representaciones, no surtían efecto, se llevó la bandera y abandonó el salón de baile seguido por todos los ingleses que allí se encontraban.<sup>19</sup>

El presidente Anastasio Bustamante no se libró de otro reproche, pues no se fijó, o se hizo el desentendido, que la Cuaresma ya había entrado, aceptó el obsequio y concurrió al baile. Y aquí, citado por Olavarría y Ferrari, aparece el catón Carlos María de Bustamante quien fustigó en su *Gabinete mexicano* al presidente.

Otro escándalo dio don Anastasio Bustamante, en que ofendió la moral religiosa, dióse este baile en uno de los días más augustos de la religión; en día de ayuno, tiempo cuadragesimal, y viernes en que se celebra la Encarnación del Divino Verbo. En el *ambigú* que se sirvió no sólo se expusieron los concurrentes a quebrantar el ayuno, sino a promiscuar carne y pescado, todo bien condimentado, y que excitaba el apetito aun al más abstinentes; por eso un poeta prorrumpió en la siguiente quintilla:

¿Y será nación cristiana  
la que Bustamante rige

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 383.



si tal tiempo así profana?  
Mira, hombre, que el crucifixe  
muy cerca está del hossana.<sup>20</sup>

El ambigü de que hemos hablado —aduce don Carlos— encolerizó a los buenos mexicanos. Por eso el poeta de la quintilla —aclara Olavarría— le amenazaba en ella con el próximo destronamiento.

En *Memorias de mis tiempos (1840-1852)* el viandante más observador del discurrir cotidiano de la ciudad de México, Guillermo Prieto, *Fidel*, quien con singular alegría y contento se adentraba lo mismo a un baile de vecindad que a uno de polendas, alude al gran baile ofrecido al general Bustamante para celebrar —rememora— el triunfo obtenido por las fuerzas del gobierno al mando del general Valencia el 15 de julio de 1840.

Prieto no da fecha ni lugar, sólo describe el salón y tiene presente a varias damas.

A la luz risueña de recuerdos agradables reproducía mi imaginación el gran baile dado al general Bustamante... Salón magnífico profusamente iluminado por candiles y candelabros con bujías de esperma, cortinajes riquísimos y ausencia de flores naturales, de ramos de heno que son tan vistosos y que tanto se usan en el día.

Mecíanse y atravesaban deslumbradoras de belleza a impulso de los compases las danzas y contradanzas, walses, galopas y paso doble, las deidades de la época, con sus trajes de seda y encaje, guante de brazo y corpiño alto a la inglesa, con descote exagerado. Entre estas beldades sobresalían Cubas y Escandonés, Echeverrías y Villanuevas, Decós, Boseros y Pepita Leño, Luz Zozaya y otras sobresalían sus cuellos de armíño y alabastro, engarzados en diamantes, perlas y rubíes; así como sus tocados de tirabuzones tembladores sobre los que oscilaban riquísimas plumas.<sup>21</sup>

Prieto añade que ante ese despliegue de lujo descarado y ofensivo del baile, el poeta Ignacio Rodríguez Galván se había inconformado con enojo en estrofas como las que se reprodujeron anteriormente; el editor de *Memorias de mis tiempos* (1906) indica que faltan en el original. Las estrofas de las cuales Prieto nos deja en ayunas corresponden al ya citado poema de Rodríguez Galván “¡Bailad! ¡Bailad!”.<sup>22</sup>

Por la alusión que hace Prieto del poema de Rodríguez inspirado en el baile del 25 de marzo de 1841, da la impresión de que su retentiva le jugó una mala pasada al recordar a

<sup>20</sup> Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, t. I, p. 352.

<sup>21</sup> Guillermo Prieto (*Fidel*), *Memorias de mis tiempos 1840 a 1853*, Librería de la Vda. de C. Bouret, México, 1906, p. 65.

<sup>22</sup> Esta protesta se recogió en *Poesías de D. Ignacio Rodríguez Galván. Tomo I. Composiciones líricas originales 1851*, pp. 158-160. Con el subtítulo con motivo del baile dado en el teatro al E. Sr. Presidente, la noche del 25 de marzo de 1841.

La poesía se publica hoy día en la edición facsimilar *Ignacio Rodríguez Galván. Obras*, t. I, UNAM, México, 1994 (Al siglo XIX. Ida y regreso).



más de 60 años sucesos como el baile y confundió las fechas, ya que es evidente que la fiesta a la cual hace referencia no es la de 1840, sino la de 1841. Sin embargo, la escenografía es la misma, pues salvo la concurrencia, tal vez distinta, bien pudiera decirse que no importa que el baile fuera el de 1840 o el de 1841.

La señora Calderón no tenía un solo momento de reposo. En su "Carta XL" del 2 de mayo de 1841 cuenta que había regresado esa mañana a la ciudad de México después de haber asistido al baile del ministro francés en celebración del santo de Luis Felipe. Lo deleitoso del baile hizo que se quedaran ella y Calderón hasta muy tarde. Y como es de rigor, describe trajes y joyas.

Entre las señoras mexicanas mejor vestidas anoche estaba la Señora L... y las Escandón, ésta de gasa blanca con diamantes, y la otra de blonda negra sobre rosa y diamantes. La señora de Adalid que fue con nosotros, se veía muy bonita con su vestido de blonda y un pequeño turbante de terciopelo negro recamado de grandes diamantes y perlas. Concurrieron al baile muchas mujeres bonitas. El *corps diplomatique* asistió de uniforme.<sup>23</sup>

El 30 de junio de 1841, *El Cosmopolita* avisaba que en la noche de ese día tendría lugar un baile en el Colegio de Minería.

El día 30 del que rige recibe el Exmo. Sr. presidente de la República, D. Anastasio Bustamante, el diploma y cruz que le ha decretado la representación nacional, e igualmente el Exmo. Sr. general D. Gabriel Valencia, la espada que supo merecer por su valor y lealtad. Y celebrando tan faustos acontecimientos, la plana mayor del ejército, los jefes, oficiales de la guarnición y varios amigos de dichos Exmos. Sres., han dispuesto un baile que comenzará a las nueve de la noche del mismo día en el colegio de Minería, para el que suplican a usted, su asistencia. México, junio 27 de 1841.

La cruz de la condecoración es magnífica: las disposiciones adoptadas para el baile auguran una función en la que competirán el buen gusto y la magnificencia.

El 1 de julio, el *Diario de Gobierno*, en las líneas de felicitación, decía que los jefes y oficiales de la plana mayor habían dado un baile en el Colegio de Minería y que el Teatro de Nuevo México dedicó su función al excelentísimo señor presidente. Anunciaba que el 2 daría algunos pormenores.

Y como lo prometiera el *Diario de Gobierno*, el día 2 proporcionó los detalles del baile ofrecido en el salón principal del Colegio de Minería por la plana mayor del ejército para solemnizar las condecoraciones, obtenidas como recompensa a los méritos de los generales Anastasio Bustamante y Gabriel Valencia.

Para esa fiesta —explicaba el *Diario*— todo el edificio se había adornado e iluminado. En la cabecera principal del gran salón había sido colocada una vistosa tienda de andrinopla

<sup>23</sup> Madame Calderón de la Barca, *op. cit.*, t. II, carta XL, p. 396.





carmesí con flecos, clavillos y adornos de oro. En los lugares más adecuados, permitidos por la arquitectura del salón y ocupando los puntos de vista más notables destacaban un grupo de banderas nacionales, de armas y adornos militares, y verdes coronas de oliva. Tres preciosas arañas de cristal con 18 luces cada una, magníficos candelabros puestos sobre las bases de los intercolumnios y arbotantes bien distribuidos iluminaban la sala:

La concurrencia fue tan numerosa como lucida y brillante; el bello sexo lujosamente adornado, ostentó todas sus gracias en vestidos del mayor gusto, y el más delicado esmero: los brindis y felicitaciones manifestaron el placer, la unión y satisfacción que reinó en toda la concurrencia sin que el más leve disgusto interrumpiese la armonía que reinó en toda la función.

Según el *Diario de Gobierno* el baile había sido un gran suceso social; sin embargo, hubo algunas personas que no lo consideraron como tal. *El Cosmopolita* publicó el sábado 10 de julio el siguiente "Comunicado".

Sres. Editores del *Cosmopolita*. Muy Sres. Míos

Como a consecuencia del baile con que se obsequió en la Minería la noche del 30 del próximo pasado, a los Exmos. Sres. generales presidente de la república y jefe de la plana mayor del ejército, hayan aparecido algunos señores jefes y oficiales de esta oficina resentidos, o irritados, por la muy poca meditada distinción que se hizo de ellos no dándoles el boleto que obtuvieron otros de la misma corporación, para concurrir a dicha diversión, siendo así que todos los que se hallan en semejante caso, con el mayor gusto contribuyeron a ella; para calmar el disgusto o que haya la aclaración correspondiente de la causa que ha dado lugar a la exclusión, o desprecio de determinados individuos, ya en lo personal ya en los empleos con que se hallan condecorados, sírvanse ustedes, estampar en las columnas de su apreciable periódico las siguientes preguntas. ¿Los boletos distribuidos serían formados con acuerdo de los señores jefes y por eso se les excluyó de la gracia? En este caso desean satisfacerles de cualesquiera mala imputación que lo haya originado.

Contéstese por las manos secundarias que obtuvieron la comisión de distribuir boletos lo que hay en el particular, pues la delicadeza de los agraviados desea satisfacer, como se ha dicho, a los señores jefes de la oficina a que pertenecen, así como exige el quedarlo ellos, de la falta de política, o educación con que se les ha inspirado. *Uno del número.*

El veleidoso, desaprensivo y desmesurado general Antonio López, quien ascendía a la Presidencia de la República, se separaba de ella, iba y venía a su antojo, en una de tantas asunciones a la primera magistratura, el 3 de junio de 1844 hizo su entrada a la capital y el 4 prestó juramento como presidente de la República. Su entrada y ese juramento motivaron banquetes, funciones teatrales en el Teatro de Santa Anna, en el Principal, corridas de toros y fiestas en la villa de Tacubaya, residencia preferida de Santa Anna.

El 13 de junio, día del onomástico del presidente, se le ofreció un soberbio baile en el teatro de su nombre, recién inaugurado el 10 de febrero de 1844.



Santa Anna hizo su entrada triunfal a los salones de baile, con él se iniciaron los ostentosos bailes que, años después, serían eclipsados por la adulación sin recato rendida a Porfirio Díaz.

El 16 de junio de 1844, en *El Siglo Diez y Nueve* el novelista y político Manuel Payno, encubierto con el seudónimo *Yo*, hizo una puntual y deliciosa crónica del agasajo. Todavía en el momento de escribir su artículo titulado “Teatro de Santa Anna. Gran baile en celebridad de los días del Exmo. Sr. Presidente de la República” —confiesa Payno— seguía en plena fascinación:

por esa especie de magia y de idealismo que se apodera de la imaginación cuando se ven realizadas escenas de grandeza y de animación que solo se conciben en sueños. La luz del sol no ha podido desvanecer nuestra ilusión, y aún vemos el magnífico pórtico del teatro, recamado de luces de colores, lleno de espejos y de adornos, y ceshalando los perfumes de mil flores naturales a cual más delicadas y exquisitas. Y este pórtico imponente y majestuoso como una basílica, brillando en las nieblas de la noche lo mismo que uno de esos palacios de magas y de encantadoras, de que nos hablan las nodrizas en los primeros días de nuestra niñez, y toda esa escena animada, llena de encanto y de poesía, los brillantes uniformes de los empleados y militares, los leves trajes de gasa y de punto con que estaban vestidas algunas señoras que se deslizaban leves y vaporosas por entre las magníficas columnas, la luz de los candelabros y quinqués que se reflejaba en los cristales de la bóveda, las armonías de una música militar... todo, todo arrebatava la imaginación y excitaba el entusiasmo y el placer. Para no divagarnos en estas descripciones generales, intentaremos coordinar nuestras ideas, consignando un ligero recuerdo del baile que varios individuos dedicaron al Exmo. Sr. presidente, y el cual, según opinión general, fue más espléndido que el que hicieron los ingleses por el casamiento de la reina Victoria.

Payno cuenta que desde las ocho de la noche se habían iluminado la fachada del teatro y las de las casas contiguas y prosigue con la descripción del adorno. El primer peristilo estaba alfombrado hasta las gradas que llegaban a la calle, a uno y otro lado había macetas de azucenas, hortensias y otras flores. En el segundo peristilo, sobre el pedestal y rodeada de una balaustrada de madera, se encontraba la estatua del presidente. De la cúpula pendía una muy hermosa lámpara y en las cornisas del corredor y en los capiteles de las columnas se hallaban distribuidas numerosas luces en vasos nácares, verdes, morados y de todos colores. Naranjos y macetas adornaban este patio también alfombrado. Estos peristilos vistos desde la calle o del salón por su conjunto tan hermoso y sorprendente traían a la memoria las orgías de los salones venecianos descritas por historiadores y poetas. El salón estaba tan ricamente adornado como la parte exterior, frente al foro se había dispuesto un tablado adornado con un rico pabellón de terciopelo carmesí y con sillones de terciopelo destinados al presidente y a los ministros.

Las gradas y palcos grillés se cubrieron, colocándose en cada intercolumnio un espejo de cuerpo entero. Los palcos primeros (con excepción de los que ocupaba la orquesta) y los segundos, se



cubrieron con lindas cortinas transparentes que representaban vistas de Italia y Suiza. En los terceros se colocaron unas lápidas blancas con letras doradas entre pabellones tricolores, con los nombres de los Departamentos de la república, y la galería y cazuela se cubrieron igualmente con un gracioso cortinaje. Todas las relucientes columnas de estuco que sostienen a los palcos, estaban adornadas con festones de flores artificiales. Además de la gran lámpara del centro, había multitud de candiles de cristal, y un candelabro con tres luces en cada palco, lo cual hacía lucir las transparentes y producir un delicioso efecto. Al derredor del salón estaban colocados sofás y dos hileras de sillas de caoba, la mayor parte finísimas.

Pasadas las nueve llegaron los ministros y algunos generales, un poco después los ministros extranjeros de riguroso uniforme con sus cruces y condecoraciones. Para las once casi no había sitio donde bailar las cuadrillas, el vals y la contradanza.

A la una se levantó el telón y se pudo apreciar la mesa en el foro para 200 personas y adornada vistosamente con flores naturales. Los invitados degustaron manjares y vinos exquisitos. Después de la cena, el baile continuó animadísimo hasta las seis de la mañana. Payno, a fuer de gentil caballero, no regatea alabanzas a las damas y se engolosina en la pintura de los trajes, las telas, los colores y las alhajas.

La concurrencia fue lucidísima. El bello sexo de México, cuya hermosura y gracias son indisputables, brilló mucho en esta función. No hubo una sola señora que se presentara mal vestida o ridícula; todas con sus pequeños pies, su cintura de abeja flexible y sus esbeltos cuerpos, pusieron en evidencia su buen gusto y gracia para adornarse. Algunas señoritas estaban llenas de perlas y diamantes, y brillaban como unos luceros; otras su sola hermosura y la estudiada sencillez de su traje las hacía aparecer llenas de atractivos. Los trajes generales fueron blancos, de seda y blonda, y los color de rosa de sutil y delicado crespón. Los caballeros por lo general se presentaron bien vestidos; el traje más común fue el frac y pantalón negro; pero había, lo mismo que en las señoritas, una gran variedad en esto, que por cierto no chocaba con la decencia y el buen tono.

En el baile —se congratula Payno— hubo mucha decencia, orden, educación y finura con las señoras, también una franca cordialidad, pues no se había observado ningún disgusto, todo lo cual honraba a la sociedad misma, ya que en toda ocasión ponía de manifiesto la dulzura y suavidad del carácter mexicano.

Según la opinión general, este baile había sido aún más espléndido que el obsequiado en 1840 por los ingleses a su reina.

¿Y el invitado de honor a qué hora hizo acto de presencia a este baile organizado con tanto frenesí y con una concurrencia tan distinguida? A ninguna hora; por la información recibida y dada a conocer por Payno, la ausencia del presidente se debió al mal tiempo, pues llovió desde el atardecer hasta el amanecer.

En *El fistol del diablo* (1845-1846), Manuel Payno nos ofrece la recreación novelesca del baile del 13 de junio de 1844; me parece pertinente consignarla enseguida de la crónica



periodística. Con esa imaginaria descripción da principio el capítulo segundo de la novela: "Gran baile en el Teatro de Vergara".<sup>24</sup>

Payno se detiene, otra vez, y con más galanura, en la decoración del teatro, en las jóvenes asistentes, en sus trajes, en sus gentiles cuerpos, en sus agraciados movimientos al bailar y destaca la importancia del baile para las emociones.

Las columnas del pórtico estaban adornadas de guirnaldas de laurel; multitud de luces, en vasos de todos los colores, serpenteaban graciosamente por las columnas, y formaban en las elegantes cornisas caprichosas figuras, que, agitadas por el viento, ya se encendían y brillaban, o ya un tanto opacas despedían su claridad de una manera indefinible y fantástica. En el patio había distribuidos naranjos, dalias, rosas, claveles, geranios y todo ese conjunto de flores de hermosas y aromáticas flores que crecen en el clima de México al aire libre y sin necesidad de invernáculos. El elegante peristilo y los amplios decorados patios estaban alfombrados; de los artísticos barandales de fierro pendían lámparas, cuya luz vivísima se reflejaba en los cristales de la cúpula del patio. La luz, el aire impregnado con el aroma de las flores y la elegancia y gusto con que se hallaba adornado el exterior del edificio, predisponían a recibir esas sensaciones desconocidas de amor y de placeres indefinibles, que sólo puede sentir el alma apasionada y ardiente de los Jóvenes.<sup>25</sup>

El diablo, disfrazado de caballero y con el nombre de Rugiero, señala a Arturo, el protagonista de la novela:

dos jóvenes hermosas, que con sus vestidos de blonda y de leve crespón celeste y sus blancas espaldas mal veladas con transparentes chales blancos se dirigían al salón asidas del brazo de un caballero. Estas jóvenes iban dejando una atmósfera impregnada con el perfume del amor y el deleite.

Otras jóvenes, tan fascinantes como las primeras, tenían:

la misma gentileza en sus cuerpos esbeltos, la misma elegancia en sus trajes de seda y terciopelo.<sup>26</sup>

Rugiero y Arturo entraron en el salón.

El foro y el patio estaban unidos y tapizados con rica alfombra; los patios medio velados con transparentes y primorosas cortinas; multitud de quinqués, lámparas y candelabros de cristal

<sup>24</sup> A la caída de Santa Anna en 1844 por unos días se le conoció como Teatro de Vergara por estar en la calle de ese nombre, hoy Bolívar.

<sup>25</sup> Manuel Payno, *El fístol del diablo. Novela de costumbres mexicanas*, texto y estudio preliminar de Antonio Castro Leal, Editorial Porrúa, México, (Colección Sepan cuántos, núm. 80), p. 8.

<sup>26</sup> *Idem*.





pendían del techo pintado curiosamente. Las columnas relucientes de estuco de los palcos, adornadas con guirnaldas de rosas, sobresalían esbeltas, y galanas, sosteniendo este gran salón. Enfrente del foro había una especie de trono con dosel de terciopelo y seis sillones de damasco de china con franjas doradas.

La orquesta preludiaba una contradanza. Una línea de jóvenes hermosas, vestidas con un arte encantador, sonreían a sus compañeros de baile, que con sus contorsiones, caravanas, movimientos y miradas, se esforzaban en competir en coquetería con sus bellísimas parejas.<sup>27</sup>

¡Atención! ¡Atención! ¡A una! —gritó un viejo elegante, que hacía oficio de bastonero.

La música comenzó, y a compás rompieron el baile todas las parejas. Era una cosa que tenía algo de mágico ver moverse en graciosos giros todas estas criaturas con sus espaldas y cuellos blancos, sus hermosas cabezas adornadas con diamantes y perlas, sus fisonomías encendidas; el respirar la atmósfera balsámica que brotaba de aquellos grupos; el percibir de vez en cuando los pies pequeños y pulidos, que ligeros apenas tocaban las flores de la alfombra; el adivinar acaso otros hechizos que apenas descubrían los trajes de seda al volar airosos como los celajes de oro y nácar que vagan en el azul de los cielos. ¡Oh! un baile es un efecto, un espectáculo que los hombres y las mujeres pierden la cabeza y a veces el corazón.<sup>28</sup>

En el capítulo IV, “Fin de un baile”, Payno se ocupa de la cena, del comportamiento tan propio de las damas, de la voracidad y audacia de algunos caballeros, que no lo eran tanto, y, asimismo, se complace en resaltar el carácter mexicano siempre atento y agradable.

Habían ya dado las doce de la noche. El telón se alzó y apareció una espaciosa mesa de más de cien cubiertos, toda llena de vasos exquisitos de cristal y de jarrones de porcelana, llenos de ramos de flores, cuyo olor se mezclaba con el de los perfumes de las damas y el de los generosos vinos.

La mesa presentaba un aspecto encantador. Escuchábase mil palabras confusas, cortadas, confundidas con el ruido de los cubiertos, con el estrépito de la hirviente champaña que de las brillantes copas de cristal pasaba a los labios de rosa de las jóvenes. Mil manos blancas y redondas aparecían en movimiento; mil rostros encendidos con el placer, se descubrían de uno y otro lado en la espaciosa línea que presentaba la mesa y que terminaba en un medio punto para volver a extenderse en una doble dirección paralela, hasta donde lo permitía el salón que estaba formado en el foro y adornado con cortinajes transparentes y vistosos [...] los mozos traían los pavos, los vinos y las gelatinas.<sup>29</sup>

[...]

La mesa concluyó pronto, pues en los grandes bailes de México se ponen más bien por lujo; y las señoras por ceremonia toman algo de los manjares y apenas acercan a sus labios las copas de

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 18.



vino. No sucede así con los hombres, pues algunos se arrojan con un furor bélico a los platos, después que se han retirado las señoras; y hay quienes tienen la sangre fría necesaria para guardarse un pavo en el faldón de su casaca y llenar su sombrero de pastillas y dulces.

Así que sólo quedaron los tristes despojos de la mesa, y así que terminó la sangrienta batalla que trabaron los concurrentes con los inocentes pavos y los durísimos jamones, la sala se volvió a animar con la concurrencia. Los músicos, con el vapor del champaña, soplaban con más vigor en los instrumentos; y algunos pisaverdes y militares de dorados uniformes, cuyo estómago se hallaba satisfecho, abandonaron su fingido aire de gravedad y tomaron el tono amable y jovial, propio del carácter mexicano; y que, en honor a la verdad, se debe confesar que por lo general, no degenera en grosería o liviandad.<sup>30</sup>

Como fin de fiesta, el novelista, valiéndose del diablo, condena a Santa Anna y a sus interesados y desleales cortesanos. El brillo del baile ocultaba un buen negocio.

¿Creéis que los que han dado este baile aman a ese gran magnate, que tiene como sujetos a ocho millones de habitantes? La adulación y el interés, son los únicos sentimientos que dominan en estos hombres, y cada uno calcula que los mil pesos que ha gastado, le producirán veinte o treinta mil.<sup>31</sup>

El 20 de junio el periódico oficial, el *Diario de Gobierno*, destilando adulación, comentó en "Gran baile" la fiesta del 13 de junio. Varios amigos del ilustre y benemérito general Santa Anna, en palabras del *Diario de Gobierno*, habían querido celebrar de manera verdaderamente excepcional su onomástico; con tal propósito organizaron un magnífico baile en el Teatro Santa Anna, baile digno de un rey, de la ilustración de la sociedad mexicana y de los altos merecimientos del general.

Jamás el teatro de Santa Anna se ha ostentado con una pompa y magnificencia dignas de cualquier monarca de Europa, como se vio en la noche del día 13 del que rige. Prescindiendo del estilo poético, que en el caso podía parecer exagerado, nos limitaremos a hacer una descripción sucinta de una función tan sorprendente, digna de la cultura y civilización del pueblo mexicano, no menos que del genio que preside los destinos de la República.

Con gran acuciosidad, el *Diario* pormenorizaba el adorno de la fachada profusamente iluminada con lámparas de cristal de diversos colores. También estaban centellantes las cinco puertas del vestíbulo cuyos arcos y medios puntos superiores se coronaron con lámparas de colores:

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 20.



Los siete balcones que se hallan situados en el interior de dicho vestíbulo estaban todos cubiertos con lienzos transparentes. En el balcón del medio se encontraba el retrato de cuerpo entero del ilustre vencedor en Tampico, y en los restantes estaban pintados varios trofeos militares.

La calle que conduce del primer intercolumnio del pórtico a la puerta del centro, se encontraba expedita y destinada para la entrada de la concurrencia; los demás intercolumnios estaban cerrados por unos graciosos enrejados de vara y media de altura. Los espacios que respectivamente quedaban a uno y otro lado de aquel tránsito se veían convertidos en una especie de jardines, en los que había más de ciento cincuenta macetas de grandes plantas de hortensia, además de otras muchas y exquisitas plantas que se llevaron de uno de los principales jardines de la capital.

Entrando al peristilo el espectador se sorprendía con la refulgente iluminación de sus tres cuerpos. Todos los medios puntos de las puertas estaban iluminados con lámparas de vasos de colores. Las columnas del patio tenían como adorno frondosos laureles enredados a las columnas y formando una graciosa espiral. Los capiteles remataban en un círculo coronado por las lámparas.

Igualmente las columnas del segundo y tercer pisos estaban adornadas con vasos de colores que las rodeaban en espiral. Dos mil lámparas de esa clase habían sido empleadas para la iluminación del edificio. En los corredores había muchos y hermosos naranjos de dos y media varas de alto. Preciosas pinturas contribuían al adorno y arreglo del teatro.

En el centro del peristilo se elevaba sobre un pedestal la estatua de yeso, pintada de color bronceado, del Exmo. Sr. presidente D. Antonio López de Santa Anna. Las dimensiones de dicha estatua, son iguales a las que tiene la que en ese día se descubrió en el mercado nuevo, formado en la antigua plaza del Volador, difiriendo aquella de ésta por tener el brazo derecho hacia abajo, cuya mano tiene un papel que representa la planta del teatro de Santa Anna, erigido por la eficaz y activa protección que S.E. le dispuso.<sup>32</sup>

<sup>32</sup> Ese día, 13 de junio de 1844, como primer y principal homenaje por parte de sus lisonjeadores se inauguró la estatua de Santa Anna en la plaza del mercado del Volador. "La estatua mostraba su brazo derecho extendido —se lee en el tomo IV *México independiente (México a través de los siglos, 1821-1855, libro segundo, capítulo X, 1844, p. 518—* en dirección del Norte, significando, dice un historiador, su resolución de recobrar Texas, y señalando, asevera don Carlos María de Bustamante, el rumbo de la Casa de Moneda".

Como atenuante a los muchos yerros de Santa Anna hay que reconocerle su decidido patrocinio a la construcción del teatro que, según las circunstancias, se llamaría Santa Anna, de Vergara, Imperial y, por último, Gran Teatro Nacional o simplemente Nacional. Obra del arquitecto Lorenzo de la Hidalga, fue la primera y más significativa del México independiente de gran magnitud, importancia y rara perfección, que resistía la comparación con la Scala de Milán y el Teatro de Burdeos. Fue inaugurado —repito— el 10 de febrero de 1844 y demolido en 1901 para prolongar la avenida Cinco de Mayo, cerrada por el teatro. Derribado como tantos notables edificios por representar una rémora al libre camino del progreso y un incentivo a la avidez económica.



Las gradas que conducían al vestíbulo, al peristilo y de éste al salón de baile se encontraban alfombradas. Los ambulatorios bien iluminados tenían a ambos lados asientos comodísimos.

El *Diario de Gobierno* insistía en que, por mucho que se dijera de la magnificencia y exquisito gusto con que se había condecorado el salón de baile, no daba una idea cabal a los que desafortunadamente no habían presenciado espectáculo tan sorprendente y, por lo tanto, haría una prolija descripción.

La galería en que se hallan los balcones estaba cubierta de hermosas lunas de dos varas, y vara y media, puestas alternadamente en cada intercolumnio. Todas las lucientes pilastras de los cinco órdenes del teatro, tenían en forma espiral enredados unos festones compuestos de hermosas flores de mano. Los palcos primeros se cubrían por unas cortinas transparentes que representaban muy bonitos pasajes. Los segundos también estaban cubiertos con cortinas transparentes que figuraban puertas venecianas. El adorno de los terceros fue original y de gusto.

En cada palco de estos se hallaban cruzados dos pabellones nacionales, ocupando el centro de ellos un óvalo en el que con letras doradas estaba inscripto el nombre de algún departamento, colocándose todos los óvalos por el orden alfabético de los departamentos.

La galería alta había sido cubierta con cortinajes encarnados haciendo juego con los demás adornos. El salón, además del gran candil del centro, contaba para su iluminación con varios quinqués y dos elegantes y vistosos candelabros de bronce y cristal de vara y media, colocados éstos en las extremidades del nuevo telón estrenado esa noche y que cubría la boca del foro.

Frente al foro y en el punto céntrico, es decir, abajo de los palcos destinados a las autoridades, sobre tres gradas se elevaba un vistoso pabellón de terciopelo carmesí, adornado de un rico galón y fleco de oro; debajo del cual se había puesto el sillón para S.E. y los asientos para los Exmos. Sres. ministros extranjeros, y Exmos. Sres. secretarios del despacho.

Todo el salón estaba cubierto de tres hileras de asientos. La primera, pegada a la pared, era de ricos sofás cubiertos de terciopelo o seda; y las otras dos, de sillas elegantes de un gusto exquisito.

El baile comenzó a las nueve y media de la noche, la concurrencia numerosa y escogida ocupó todo el teatro: peristilo, ambulatorio, el salón de baile fue insuficiente para bailar con comodidad. Las señoras se presentaron con trajes de refinado gusto y alhajas de enorme valor. Los varones de etiqueta.

Por la elegancia de sus trajes, sus finas maneras e impecable comportamiento, los asistentes bien hubieran podido lucir —aseguraba el *Diario*— en cualquier corte europea, desmintiendo el oprobioso título de “salvajes” con el cual se etiquetaba a los mexicanos.

Vehementemente deseamos en esa noche que alguno de nuestros gratuitos detractores que nos pintan como *salvajes*, hubieran presenciado un espectáculo tan delicioso, que aun en las mismas naciones cultas sería considerado como el modelo de la civilización y de la cultura.



Esta idea del baile como un elemento idóneo para adquirir cultura será varias veces repetido durante el siglo XIX.

Una comisión —proseguía el *Diario*— había desempeñado los cargos de bastoneros y otra recibió a las señoras a la entrada, obsequiándolas con un delicado ramo de mano y conduciéndolas al salón y atendiéndolas en la mesa. A la una y media se levantó el telón y apareció en el foro una muy grande y espléndida mesa figurando una herradura. En el centro de la herradura estaba colocada otra mesa de 10 o 12 varas de largo destinada al servicio de mesa y para trinchar. Los platos fueron muy variados, abundantes y delicados. Nada faltó pese a haber tenido que servir a más de mil personas. Y con exageradas lisonjas el *Diario* resumía el baile.

Bástenos decir que el espectáculo fue digno del primer magistrado a quien se dedicó, y es el ídolo de los mexicanos.

S.E. no pudo concurrir por el mal temporal, que comenzó desde las tres y media de la tarde y puede decirse que sin interrupción duró hasta las cinco y media de la mañana.

El pretexto del temporal para la inasistencia de Santa Anna a su festejo, resulta demasiado fútil, a saber por qué no se le antojó ir al baile. Es de sobra sabido que donde estaba como pez en el agua, eran las corridas de toros, las peleas de gallos y los juegos de azar.

El *Diario* dio razón de otras funciones con las cuales se celebró el cumpleaños de Santa Anna.

En esa misma noche, a pesar de la lluvia, se quemaron en la plaza de armas, unos muy bonitos fuegos artificiales, que comenzaron a las nueve y concluyeron cerca de las diez y cuarto.

Todos los edificios públicos y varios particulares, se iluminaron con la decencia con que acostumbra hacerse en los días de festividades nacionales.

En la noche siguiente se dedicó a S.E. en el Teatro Principal, un gran baile pantomímico dirigido por el Sr. Pautret.

El día 16, domingo, se le dedicó en la plaza de toros de San Pablo, una gran corrida de toros, y en la noche de hoy se da una escogida función en el gran teatro que lleva el nombre de S.E. con el mismo objeto de celebrar su cumpleaños.

El *Diario* no escatimó sus embelecos a Santa Anna y remató el “Gran baile” con estas zalemas:

Todas estas manifestaciones espontáneas de las autoridades e individuos particulares, acreditan el ascendiente poderoso, las simpatías bien merecidas que el Exmo. Sr. presidente D. Antonio López de Santa Anna ha sabido adquirir entre los mexicanos, y son las credenciales de la gratitud pública a los servicios que en todas épocas ha prestado a la patria —tan esclarecido héroe.

En *El Nuevo Mexicano* (segunda época, tomo I, 1845, p. 445), firmado por *Malaespina*, seudónimo de Guillermo Prieto, se encuentra el artículo “A la polka”, con su historia y popula-

ridad “tanto en la sabia Europa como en la de su tutoreada cándida América”. Se ilustra con la litografía de “La polka”, que era el baile de moda (ilustración 1).

El 21 de enero de 1845, el *Diario de Gobierno de la República Mejicana*, en “Parte no oficial. Interior. México”, informaba que la noche del 19 de enero el Sr. D. Salvador Bermúdez de Castro, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de España en México, había dado un gran baile para celebrar el aniversario de S. M. la reina Isabel II. En el magnífico baile había imperado el buen gusto y el orden.

La fachada del hermoso edificio de la legación, en la calle de San Francisco (Francisco I. Madero), estaba muy bien iluminada con luces de colores, en el interior había abundancia de flores naturales y todo preparado para recibir a una numerosa y escogida concurrencia: miembros del gobierno, ministros y cónsules extranjeros, generales del ejército y otras personas de la sociedad.

El presidente Santa Anna no concurrió por encontrarse enfermo. Asistieron muchas mujeres, que tanto realce daban a las reuniones por su elegancia y ornamentaban los salones de la legación, en los cuales se bailaba al compás de una famosa orquesta, colocada en una pieza intermedia.

A la una de la mañana fue servida una suculenta cena. Hubo varios cálidos brindis, entre éstos el del ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación, Manuel de la Peña y Peña, el del consejero de Gobierno, general José María Tornel, y otros; los brindis fueron contestados por el ministro Bermúdez de Castro con idéntica vehemencia.

En la diversión reinó la mayor cordialidad y la más amigable armonía, y concluyó a las cinco de la mañana, hora en que se retiró la concurrencia sumamente complacida y satisfecha del exquisito esmero y finura con el que el Excmo. Sr. Ministro de España y los demás individuos de la Legación la cumplimentaron sin desdeñar en un ápice la galantería y buenas maneras que son el distintivo del carácter español.

El 15 de diciembre de ese mismo año, *El Cosmopolita* comentaba el baile de la noche del 12 en casa del general Valencia, baile que había causado gran expectación pública. El motivo consistía en festejar el cumpleaños de su esposa.

La pintura de las paredes, los cuadros, sillas, candiles, sofás, candelabros, soperos, mesas, cortinas, alfombras, todo daba un golpe de suntuosidad que parecía uno transportado a una de las primeras casas de París. Cosa de ciento ochenta señoras asistieron y todas ricamente presentadas. Se cubrieron en varias ocasiones las mesas de los convidados y en ellas todo era excelente y espléndido.



Ilustración 1. “La polka”, *Revista Científica y Literaria de México*, 1845.

El servicio llamó la atención por lo muy bien dispuesto y por la decencia de los criados. Tres músicas concurren a esta función de la más refinada etiqueta, y que por ser nacionales y extranjeros ha sido calificada de extraordinaria y sorprendente.

El baile dio mucho que decir, seguramente porque era el general Valencia quien lo daba en días de graves acontecimientos políticos que conducirían a la revolución.

Aquel vaticinio que hiciera Ignacio Rodríguez Galván en su poesía “¡Bailad! ¡Bailad!” estaba por ser una pronta realidad en 1847. Pero la sociedad seguía al pie de la letra el imperativo del poeta: ¡bailad!, y seguía bailando.

En nuestros días Leopoldo Zamora Plowes, en su novela *La comedia mexicana. Quince uñas y Casanova aventureros* (México, 1945), sostiene que, en 1847, no obstante que México estaba en guerra con los Estados Unidos, los círculos sociales seguían ignorando la guerra, y soñaban con una monarquía importada de Europa; la aristocracia ensayaba zalemas en saraos y comidas, y, en vez de aprender el idioma con el cual interceder con el futuro amo, aprendía a bailar las danzas de moda. En favor de su aseveración, Zamora Plowes inserta en su novela este anuncio que se leía a la puerta de la casa número 12 de la calle de Zuleta (hoy primer tramo de Venustiano Carranza).

ACADEMIA DE BAILE DE FRANCISCO PAVIA. Rigodones, cuadrillas, galop, mazurca, danza escocesa, waltz de Strauss, cosaca, lanceros, boleros, fandangos, cachucha, zapateado de Cádiz, jaleo de Jerez, gavota, aragonesa, baile inglés y la última NOVEDAD RECIÉN LLEGADA EN EL PAQUETE DE EUROPA: LA POLKA.<sup>33</sup>

Zamora Plowes aclara que la polka era de origen bohemio y campesino. En 1835 había sido adoptada en Praga por la gran sociedad; en 1840 llegó a París para extenderse a Europa y América, dando nombre a numerosos objetos: leontinas, polka, corbata, polska, etcétera.<sup>34</sup> Este dato ya lo había proporcionado Guillermo Prieto.

El 17 de enero de 1847 *El Republicano* en “Apertura de la Academia de San Carlos” daba noticia de esta función que había tenido lugar la noche anterior, que concluyó con un baile y un desordenado guardarropa.

A las once de la noche se estaba tratando de sacar los sofás del salón para que hubiese baile en general. Como antes de entrar al salón se exigía a los hombres dejar en una pieza destinada al efecto sus sombreros y bastones, así lo hicieron todos, recibiendo el boleto que se acostumbra a dar en estos casos, para evitar los cambios y extravíos; mas ni en esto cumplieran bien con el público los encargados de la función, pues se dejó a todos entrar a dicha pieza a buscar lo que

<sup>33</sup> Leopoldo Zamora Plowes, *La comedia mexicana. Quince uñas y Casanova aventureros*, México, 1945, t. I, cap. III, p. 337.

<sup>34</sup> *Ibid.*, notas, cap. III, p. 352.



le pertenecía a cada uno, resultando de aquí el desorden y las pérdidas que eran de esperarse y que otra vez servirán para que no se omita una multitud de pequeñeces que conciben la diversión en la comodidad de las personas.

*El Tío Nonilla. Periódico político, enredador, chismográfico y de trueno*, el 19 de septiembre de 1849 en "Soirées de Mr. Lavasseur", hacía referencia a los bailes que ofrecía con frecuencia el ministro de Francia.

Ninguno de nuestros lectores ignora la brillantez de estos saraos mensuales en casa del señor Ministro de Francia, único Miembro del cuerpo diplomático extranjero que abre sus salones a la distinguida sociedad de México. Tan conocida es, pues, la brillantez de estas *soirées*, la suma delicadeza de Mr. y Mad. Lavasseur, que fuera molestar si nos entendiésemos cuanto es necesario para hacer el justo elogio que merecen, por lo tanto nos limitaremos a hacer solamente una leve reseña del baile que tuvo lugar el último domingo.

No fue ciertamente tan concurrido como los anteriores, a causa sin duda de haberse variado el día de costumbre por proteger los intereses del célebre Coenen,<sup>35</sup> pero no por esto estuvo menos brillante.

La concurrencia fue como siempre lo más escogido de nuestra sociedad, y aunque se notaba la ausencia de algunas bellas, lucían sus gracias y elegantes *toilettes* las señoritas Arellano, Pérez, Palacios, Barrera, Barrios, Herrera, Obregón, Lombardo y otras muchas que no recordamos.

Bailóse como siempre con el mayor orden hasta las dos de la madrugada, en que se retiraron los concurrentes satisfechos del baile y manifestando en sus rostros la satisfacción, al mismo tiempo que su enojo, porque otros que debieran hacerlo, no imitaban a Mr. Lavasseur.

*El Tío Nonilla* que no baila, que no enamora, que no hace en fin, nada de lo que suelen hacer en los bailes los enamorados, observa al descuido cuanto pasa, no porque sea curioso ¡Dios me libre de que tal se piense! Sino solamente que decir algo a sus lectores.<sup>36</sup>

*El Tío Nonilla* (Joaquín Jiménez) en seguida se dedicó a observar el comportamiento de las mujeres, de las presumidas que se jactaban de tener completo el *carnet*, de sus coqueteos.

*El Siglo Diez y Nueve*, el 24 de octubre de 1849, anunciaba: "La Camelia. Nuevo vals brillante. Compuesto en esta capital por H. Herz y dedicado a una SEÑORITA MEXICANA. Se expende en la librería del Siglo XIX. 1ª. Calle de Plateros, a 3 rs. el ejemplar".

<sup>35</sup> El violinista Franz Coenen fue presentado en México por el famoso pianista Henri Herz. Olavarría y Ferrari (tomo II, p. 542) cita la opinión de *El Siglo Diez y Nueve* sobre este comentado artista: "Coenen es una notabilidad, cuyas primeras glorias ocurrieron en México, aquí fue donde se afinó su maestría, y la fama conquistada en la República lo precedió a su regreso a Europa y en su viaje por la América meridional". Olavarría registra que Coenen estaba en México en 1854, dando conciertos.

<sup>36</sup> *El Tío Nonilla. Periódico político, enredador, chismográfico y de trueno*, México, 19 de agosto de 1849, t. I, p. 55.





El 17 de octubre de 1850, *El Tío Nonilla*, en su “Boletín. Modas”, ofrendaba a “nuestras bellas y feas lectoras, las primacías de la moda”, antecedidas de estos incisivos comentarios sobre los intereses frívolos de sus lectoras, a quienes les importaba más un vestido a la moda, que cuanto pudiera acontecerle a la patria:

Gracias a Dios, muchachas!... Ya llegó a nuestras manos el infeliz *Correo de Ultramar*, autoridad en esto de modas, la más respetable de todas, y sobre cuyo inmenso y divertido folletín nos hemos lanzado cual hienas sangrientas, para devorarlo entre nuestras manos, o lo que es lo mismo, para hacerlo tiritas con unas tijeras a fin de ponerlo hecho mil fragmentos en las entintadas manos del cajista. ¿Y por qué tanto sacrificio? diréis vosotras. Porque el *Tío Nonilla* os quiere regalar con lo más interesante de esta divertida revista, que seguramente habéis de leer con afán como si se tratara de la salvación de la patria. ¡Qué importa a vosotras el país, siempre que tengáis un modelo donde tomar las formas más elegantes de los trajes con los que os habéis engalanado para tormento de nosotros los mal aventurados que no pensamos sino en vosotras, en vuestras gracias!... ¡Cuánto no diera yo, pobre ganso, por encontrarme entre seis u ocho de vosotras, cuando recibáis el figurín que hoy os regalamos!...

¡Qué cámara de diputados, ni senadores, ni demonios, preséntome en cuadro más *alborotador* y divertido que el que ofreceréis vosotras discutiendo sobre el reconocido campo de una cuartilla de papel, cuyo mérito no es otro que el haber pasado por una prensa litográfica!

Sólo una cosa os pido ¡Acordaos todas de *El Tío Nonilla*, en medio de vuestras discusiones, y prodigándole siquiera un elogio en cambio de los muchos que a cada paso os estoy regalando yo!... En fin, haced lo que vuestra voluntad sea, pues es fuerza conformarse con lo que queráis, y entreteneros un tanto en estos artículos, que a más de los que señala el figurín, os pondrá al corriente de los más modernos caprichos de la moda. Si sois amables, si me queréis un poquito siquiera, yo os diré cuáles son los establecimientos de esta capital, donde podéis encontrar lo más nuevo y lo más elegante. Si me queréis un poquito más de un poquito, yo haré cuanto esté de mi parte para que muy en breve, recibáis iluminados los figurines.<sup>37</sup>

Como todo buen cumplidor, *El Tío Nonilla* publicó los figurines de los vestidos de baile (ilustraciones 2 y 3).

El *Calendario de Murguía* para el año de 1853 incluía el baile “La Ferrolana. Verdadero método para aprenderse, sin auxilio de maestro, por Domingo Ibarra”, quien resaltaba las ventajas:

Este baile encantador que tanto hace lucir al bello sexo sus hechiceras gracias, se ha propagado con la mayor celeridad, por su sencillez, y por la comodidad con que pueden ejecutarlo sin molestia y sin agitarse las personas, que en unión de otras ocupen el cuadro de un salón de baile.

<sup>37</sup> *Ibid.*, t. II, 17 de octubre de 1850, núm. 7.



Ilustraciones 2 y 3. *El Tío Nonilla*, *Boletín de Modas*, 17 de diciembre de 1850.

Ibarra, además del método, ponía a la disposición la música. (1)

México en 1847 —todavía duele— fue invadido, derrotado, humillado, despojado de una enorme parte de su territorio por los Estados Unidos. Santa Anna, perdida la guerra en la cual tuvo tan desastrosa intervención, partió para Cartagena, Granada.

En 1853, el “ídolo de los mexicanos” fue solicitado en su retiro de Cartagena para que regresara a México. El 3 de abril de ese año desembarcó en Veracruz, el 20 entró a la ciudad de México y recibió el poder de manos del general Manuel María Lombardini. Su Alteza Serenísima, vuelto a las andadas en su Palacio de Tacubaya, distraía su tiempo en banquetes, bailes, tertulias y en acudir a los agasajos que de continuo le brindaban sus admiradores.

El 10 de junio de 1853, *El Ómnibus* publicó este aviso:

Cumpleaños del Exmo. Sr. General Santa Anna. En el día de hoy se celebra el cumpleaños del Exmo. Sr. Presidente de la República, general benemérito de la Patria D. Antonio López de Santa Anna. Con el objeto de obsequiar a S.E., se ha dispuesto un suntuoso baile en Minería, y otras diversiones que demuestran la satisfacción pública, porque en el ilustre jefe que rige la nación mexicana, consideran toda la perfección del orden público, de las garantías individuales, del fomento y prosperidad de nuestra patria que tanto ha sufrido.

El domingo 13, el *Diario Oficial de la República Mexicana*, en “Noticias sueltas. Festividad del 13 de junio”, publicó el programa para solemnizar el cumpleaños del presidente: sere-



natas, salvas de artillería, columna de honor, paseo, música y diversiones populares en la Alameda. El comercio cerraría ese día. “En la misma tarde a las seis, concurrían al palacio los músicos y una compañía de granaderos, durante el baile se cerrarían las oficinas nacionales, excepto la comisaría.”

Estas “Noticias” las reprodujo *El Universal* el 13 de junio.

*El Ómnibus* el 15 de junio dio noticia en “Baile de Minería” del precioso adorno, de la elegante concurrencia y también del pésimo comportamiento de un invitado.

Anteanoche tuvo efecto el magnífico baile que en celebridad del cumpleaños del Exmo. Sr. general Santa Anna se había dispuesto en el suntuoso edificio de la Minería. El patio figuraba un jardín preciosamente iluminado, hallándose embalsamado el ambiente por el agradable olor que despedían las muchas flores que en jarrones se habían colocado. El salón en que lucían sus gracias nuestras bellas y elegantes, estaba resplandeciente de luces y espejos, y el pavimento tapizado con una alfombra blanca y sembrado de lentejuelas de oro y plata. A la una de la madrugada se sentó S.E. y los convidados a la mesa, colocándose el presidente entre la Sra. Bonilla y la esposa del ministro español. En la mesa abundaban toda clase de ricos manjares y exquisitos vinos. Hubo diferentes brindis; uno en que se revelaba la amistad al jefe supremo de la nación, y otros en que se manifestaban los mejores deseos en favor del país.

Reinó en el baile y en la cena el orden y la compostura que eran de esperarse de la escogida sociedad que allí se había reunido. Sólo un *caballero* de esos que no faltan en las concurrencias más selectas, tuvo la peregrina idea de insultar con un brindis impolítico, a los ciudadanos de una nación con quien estamos en relaciones; pero esta torpeza fue vista con el mayor desprecio.

El *Diario Oficial de la República Mejicana*, por su parte, el día 15, también hizo la crónica del baile. Puntualizaba que a las once de la noche se había presentado Su Alteza en los salones del Colegio Nacional de Minería en compañía de sus ministros, estado mayor y otras importantes personalidades. Había más de 200 señoras y más del doble de caballeros.

Las galas, las rutilantes joyas de las señoras hacían juego con los “esmerados bordados, los elegantes uniformes, la lucida concurrencia que llenaba aquella noche el soberbio local de Minería”.

El presidente había quedado muy complacido por las demostraciones de beneplácito que animaban a los asistentes. El *Diario* comentaba que hacía más de 30 años que no se había visto en México una reunión tan concurrida y brillante. El periódico olvidaba que 13 años antes había tenido lugar el rumbosísimo baile de los ingleses. El baile de cumpleaños de Santa Anna no alcanzó la fastuosidad del baile en honor de la reina Victoria.

Guillermo Prieto alude al tren de fiestas que eran pan cotidiano con Santa Anna, y para dar una idea de esos fabulosos bailes, copia en *Memorias de mis tiempos* (1840-1853) la pintura de uno de ellos, el que se realizó en la Lonja, según lo preveían los estatutos de aquella institución. El baile se llevó a cabo el 13 de julio de 1853.



1853

Baile a Santa Anna

Descripción del poeta español Asquerino

I

Si con la aurora brillante  
Dios hace que empiece el día  
o extrañareis que galante  
con Aurora Bustamante  
comience la historia mía.

Ostentaba esa belleza  
un traje de brocatel  
glase, color de cereza  
y un adorno en la cabeza  
de tilos, rosa y clavel.<sup>38</sup>

La poesía de Asquerino es una alabanza ininterrumpida a las muchas damas y damiselas que asistieron al baile. Es también una revista de la moda, pues se ocupa de los trajes, las telas, los colores, los adornos, los peinados y el refinado gusto de las damas. A cada una Asquerino dedica lisonjas ya por la belleza del rostro, ya por la esbeltez y armonía de sus cuerpos. Proporciona nombre y apellido.

Y era blanco su vestido  
orlado de néveas blondas  
y de flores el prendido  
del cabello confundido  
en las abundosas ondas.

Creación enamorada  
y poético diseño,  
de Fidias, Venus torneada  
como a un rosal asomada  
sonreía Pepita Leño.<sup>39</sup>

<sup>38</sup> Guillermo Prieto, *op. cit.*, pp. 412-413.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 414.



La copiosa lista de las asistentes que fueron al baile es un inventario de las damas de la sociedad de aquellos años. Al registro de Asquerino, Prieto le añadió un muy revelador “Apéndice. Notas a los versos de Asquerino, que completan los retratos y la genealogía de las damas”. Por ejemplo la nota 14.

Carmelita Goríbar era de una familia de hacendados riquísimos de tierra caliente; a esa familia perteneció D. Jesús Goríbar, casado con la bellísima e inteligente Marianita Tornel, D.J. Goríbar que acaba de morir millonario; pero la dama que más llamaba la atención de esa familia, era Ruperta Goríbar, notabilísima por su gracia y talento; yo tuve la fortuna de tratarla en la casa de mi maestro el Sr. Quintana Roo, y puedo asegurar que no eran exagerados los elogios que de esta señorita se hacían.<sup>40</sup>

Por su valor informativo recojo los versos de Asquerino y el “Apéndice” de Guillermo Prieto en el volumen documental. (2)

¿Quién era este poeta español que así ensalzaba a las bellas mexicanas? Enrique Olavarría y Ferrari, en su *Reseña histórica del teatro en México*, notifica que en junio de 1853 se habían puesto en escena algunas obras dramáticas del literato español Eduardo Asquerino que había venido a México

con el objeto de hacer los estudios y las observaciones necesarias para dotar a su patria de un poema épico sobre la conquista. El procedimiento no resultó eficaz, que no siempre querer es poder y don Eduardo no desmintió aquello de que Homero no quiere hablar la lengua castellana. Como un recuerdo de su visita, Asquerino nos dejó, en edición hecha por don Andrés Boix, sus *Ecos del Alma*, una leyenda religiosa con el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz, y una revista de un baile en la Lonja, abundante de gracia y lisonjas.<sup>41</sup>

Olavarría no anota la fecha del baile. Algunos años después, el 23 de abril de 1862, el periódico satírico *La Orquesta* le daba su repasada al poeta español: “El Sr. Asquerino que pertenece a esa escuela de eruditos a la violeta que tanto abundan, ha propuesto que se conduzcan a España los restos de Hernán Cortés que afortunadamente se han salvado de la ferocidad de los mexicanos”.

Antonio García Cubas, eminente y muy famoso ingeniero, como oficiante y cronista memorioso, en *El libro de mis recuerdos* (1904) rememora el baile en la Lonja, aunque tampoco precisa la fecha exacta. La Lonja —explica— es el lugar donde se reúnen diariamente los comerciantes para celebrar sus transacciones comerciales. En la Lonja se daban al año dos o tres bailes.

Escribe García Cubas:

<sup>40</sup> *Ibid.*, apéndice, notas a los versos de Asquerino, pp. 436-437.

<sup>41</sup> Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, t. I, p. 585.



En el momento en que nos acercamos a la primera puerta de la Lonja, se detiene ante el edificio un soberbio carruaje y de él se apean tres elegantísimas damas, pasan delante de nosotros, y arrastrados como por un imán las seguimos y penetramos en el gran salón de baile.

Instalados ya en el salón, observa querido amigo, cuán extenso y espléndido es. Hállase dividido en cinco galerías separadas por doce columnas estucadas. Hermosas arañas de bronce penden en los techos, los que reflejan sus mil luces en grandes espejos rodeados de plantas, festones y bellos ramilletes de olorosas flores.<sup>42</sup>

Éste es el escenario en el que presenta al general Santa Anna dando el brazo a la marquesa de la Rivera, esposa del ministro español, cuya elegancia aumentaba el brillo de la reunión, lo mismo que la gallardía de los oficiales del estado mayor en uniforme de gala. A García Cubas, como a Eduardo Asquerino, no le interesa detenerse en la decoración, sino ensalzar a las asistentes, y embelesado con la presencia de tantas damas que rivalizan en buen aspecto, al pormenor da cuenta de los trajes apegados a la moda, las telas, los adornos, las joyas, los peinados.

Ora de hermoso tul bordado a la duquesa o de brocatel *glasí* orlado de ricas blondas, ora de gasas Chambery, sembrados de puntillos de plata, o de *organdí* de seda, con ahuevados y ramitos de flores. Muchos de los vestidos son de tres o cuatro olanes festonados o de fleco con airosos moños de ancho listón en los hombros, y talles a la Luis XV. Las señoras lucen espléndidos brillantes que lucen más sobre las cintas de terciopelo negro interpoladas en las trenzas, recogidas graciosamente sobre la cabeza, en tanto que las jóvenes lucen en sus vestidos vaporosos, de blanco y oro o de azul y plata, flores y listones y adornan sus tocados con ramitos de violetas o plumas salpicadas de polvillos de plata, lo que contribuye a presentarlas como pintadas mariposas.<sup>43</sup>

Para García Cubas todas las damas son hermosas y merecedoras de lisonjas, y, por su elogio, las agrupará por las particularidades que las singularizan. Y en ese desfile de alabanzas dedicadas por un rendido vasallo, da a conocer a las damas de la alta sociedad, así como sus atributos. Cita a algunas de las ponderadas por Asquerino.

¿Quieres formar una hermosa constelación, tomando por tipo esencial los bellos ojos, capaces de causar envidia a las estrellas? Pues para el caso elige a Dolores Osio, Carmen Ituarte de Cumplido, las Echeverría, Teresa Garay, Carmen Cervantes, Luisa Quijano, Concha Valle y Ángela Pedemonte.

<sup>42</sup> Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual orden social*, Imprenta de Arturo García Cubas, Hermanos Sucesores, México, 1904, copyright 1986, pp. 178-179.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 179.



¿Quieres formar después preciosos nidos de palomas? Cuenta para ello con Margarita Gargollo, Pepa, María y Teresa Schneider, las Trigueros, Adelaida y María Castillo, Carmen Gorfbar, las Buchs, Ángela, Jesús y Amalia Monterde, Chole Guzmán, Lola Peña, Luz Zozaya, Joaquina Barrera y su hermana, las Belauzaranes y Ságayos.

¿Para un grupo de hermosas palmeras, por su donaire y gracia? Ahí están: Elena Basadre; Ignacia Arellano, Aurora Bustamante, Carolina Prado, Mariana Tornel, las Elguero, Dolores Elízaga, Cuevas y Moranes.

¿Deseas arreglar un ramo de rosas? Pues escoge en este jardín a las Benítez, Carmen Rubio, la Grumbach y la Ayestarán, las Gil, Ibáñez, Geaves, Hoppes, Cosío, Gómez Lamadrid, Terán, Pimenteles, Paradas, Obregones, Pepa Leño y Damiana Vega.

¿Pretendes, en fin, traer a tu imaginación las grandezas del Olimpo? Pues mira y lo conseguirás, a Catalina Barrón, Estefanía Labat, Lola y Manuela Barrio, la marquesa de Rivera, Pepa Osio, Escandón, Rubio de Cancino, María Barrio y Rosario Bosero, y otras que podíamos segregar de los otros grupos, por corresponderles de preferencia éste.<sup>44</sup>

La noche tan deliciosa en la que se habían contemplado reunidas tan hermosas damas tocaba a su fin, las dos y media de la mañana sonaban en el reloj de la catedral cuando García Cubas y la mayor parte de las familias abandonaron la Lonja.

*El Universal* notificaba el 29 de julio de 1853 que se daría un baile al excelentísimo señor Santa Anna la noche del 11 de septiembre.

El 30 de julio *El Siglo Diez y Nueve* reproducía en su "Gacetilla" lo dicho por *El Eco de España* el día anterior: "se anuncia un baile en la Lonja en honor de la señora de Santa Anna".

Y el 31 de ese mismo mes se anunciaba que habría pronto dos bailes: uno que se ofrecería a la excelentísima señora Dolores Tosta de Santa Anna con motivo de su llegada a la capital, y otro al presidente en conmemoración por las glorias adquiridas en los campos de Tampico.

El domingo 14 de agosto el *Diario Oficial de la República Mejicana* avisó en "Noticias sueltas": "Legación francesa. Anúnciase un baile que tendrá lugar en la Legación de Francia, para el cual han sido convidadas las familias más notables de la capital".

El 26 de agosto de 1853, *El Universal* anota en "Sumario" que *Le Trait d'Union* en su último número "describe el baile que tuvo lugar el sábado en la Legación Francesa, y al ocuparse de la concurrencia consagra un alto elogio a la Sra. esposa del Exmo. Sr. Presidente, anunciando como probable para el 10 de septiembre se daría otro baile igualmente espléndido en la Lonja dedicado a S.E".

El baile en la legación de Francia se celebró el 20 de agosto. El 26 de agosto el *Diario Oficial* reproducía de *Le Trait d'Union* la crónica especialmente traducida para el *Diario*:

<sup>44</sup> *Ibid.*, pp. 179-180.



El baile de la Legación Francesa ha sido espléndido y magnífico: el golpe de vista era ideal, la composición escogida, los detalles irreprochables: tal vez nos hallábamos algo oprimidos; pero es conveniente que falta algo en las tertulias de este género cuando los concurrentes no se pisan los pies.

Concurrieron el señor presidente y su señora y se retiraron a cosa de las dos de la mañana. Los salones de la legación habían sido adornados con sencillez, pero con gusto; el patio y las escaleras estaban cubiertas de tapices y espléndidamente iluminados: la fachada del hotel del Bazar brillantemente iluminada, también despedían sus brillantes destellos de luz hacia los carruajes y convidados que se apeaban en frente. El señor presidente llegó con su escolta de Granaderos de la Guardia, que se estacionaron en batalla junto al edificio y en el patio de la legación. Sus uniformes de un hermoso encarnado, producían a la claridad de las iluminaciones un efecto verdaderamente mágico. Todos los ministros, los miembros del cuerpo diplomático, habían creído de su deber el concurrir a la fiesta; los dorados de los uniformes que brillaban por todas partes y los trajes femeninos de una perfecta distinción, formaban con los uniformes oficiales un contraste que alegraba la vista y animaba la reunión.

La crónica resaltaba las opiniones contrarias de los franceses sobre el emperador Luis Napoleón:

Los súbditos franceses habían concurrido en corto número; la falta consiste, según nosotros, en el objeto mismo de la reunión. Se trataba en efecto de una especie de manifestación política, el baile era dado con motivo del santo del emperador Luis Napoleón. Por otra parte, no tenemos necesidad de señalar las diferencias de opiniones que dividen en materias políticas a los franceses residentes en Méjico. Hay pocos entre ellos que se encuentren animados de una afección bien sincera por el jefe actual de su nación; o una completa indiferencia respecto de dicha persona, y otros por fin le son viva y positivamente opuestos aquellos de nuestros compatriotas que se han notado en los salones de la legación, pertenecen sobre todo a la clase de los indiferentes.

Finaliza la crónica con su sahumero a la señora presidenta y con el anuncio de varios bailes.

La señora presidenta ha causado gran sensación en su primera aparición, se ha dicho y se dice todavía de su gracia natural y de la rara distinción de su traje. El efecto que S.E. produjo fue tan completo, que trata de dársele el 10 de septiembre, según creemos, un gran baile en la Lonja. Dícese también que un antiguo presidente interino va a abrir semanariamente sus salones a lo más escogido de la sociedad de la capital, y que la señora presidenta será el alma de esas reuniones de confianza.

*Le Trait d'Union* comentaba que a la sazón corrían por la ciudad unos “versos satíricos” sobre el baile: “¡Cuán cierto es que entre los franceses todo concluye en canciones!”.

Ignoro si estos versos, tachados de “satíricos” por el periódico francés, se publicaron o sólo se deslizaron a sovoz; en cambio sí se registra en la sección “Variedades” del *Diario Oficial de la República Mejicana* la composición “Las Tres Gracias. Revista de salón de baile en



la Legación de Francia" (29 de agosto, 1, 4 y 9 de septiembre de 1853) firmada por el poeta español Eduardo Asquerino, quien en ese mismo año de 1853 ya había manifestado en verso de frenesí adulatorio su admiración por las damas mexicanas, y en esta ocasión fue más allá de toda medida.

La composición rimada en quintillas es un hiperbólico elogio a las bellas mexicanas que figuraban en la corte de Su Alteza Serenísima. Es también la descripción moral y física de las damas, verdaderos retratos hechos a base de los tópicos de la belleza: cabellos, ojos, cuerpo gentil, sin descuidar todos los detalles de los trajes, de los adornos, en suma, de la moda.

Asquerino imagina, para rendir culto a las beldades, una apretada disputa entre las Tres Gracias: Talía, Aglae y Eufrosina, las que tienen que elegir a la más hermosa y digna de ostentar el cinturón de Venus, torneo adjudicado por los inmortales deseos de sustituir a la antigua diosa:

Los Dioses que se enojaron  
Con Su Venus amorosa,  
Del Olimpo la lanzaron  
Y tenaces se empeñaron  
En elegir otra diosa.

No hace mucho, el Tiempo dijo,  
Que quise elegiros una,  
Y un día de plazo os fijo,  
O a mi capricho la elijo,  
Que ya Venus me importuna.

¿Y dónde escoger a esa anhelada diosa? Pues en el valle mexicano:

Yo sé que hoy un baile dan  
A las mejicanas bellas,  
Y aunque allí no todas irán,  
Con harto acierto podrán  
La diosa elegir entre ellas.

Y como pueden salir  
Nuestras diligencias vanas,  
Juzgo que antes de elegir,  
La opinión se debe oír  
De las tres Gracias hermanas.

Ellas son la alegoría  
De las virtudes morales,  
Y de las mujeres gufa;  
Y presiden noche y día  
Los goces intelectuales.



De amor, concordia, amistad,  
Y gratitud fuente pura,  
Modelos de castidad,  
Adornan la fealdad,  
Y dan brillo a la hermosura.

Llamadlas, porque ellas son  
Las que a Venus adornaron  
Con el bello cinturón,  
Que fue el mágico blasón  
Que los dioses adoraron.

Las Tres Gracias juntas acudieron, “para ver sin que las vean”. Eufrosina fue rosa, Aglae rui-  
señor y Talía arrayán o mirto, árbol relacionado con la casta Artemisa, pero sobre todo con  
Afrodita. Ya en el salón:

Y en esto oyeron los sonos  
De la danza, por fortuna,  
Y vieron que a los salones  
Entraban por los balcones  
Tres destellos de la luna.

Gozosas las tres hermanas  
En ellos se trasformaron,  
Y entre mil flores galanas  
Las entreabiertas persianas  
Con sus miradas bañaron.

Y de las luces brillantes  
A los vívidos reflejos  
De las deidades amantes,  
Pudieron ver los semblantes  
Copiándose en los espejos.

Eco, tras ellas, escuchaba las alabanzas a las damas y sus nombres iba publicando. Talía resal-  
taba los méritos de una de las aspirantes al ceñidor de Venus.

¡Oh cuán hermosa! Por fin  
Ya tiene su diosa Amor.  
¿No veis aquel serafín?  
Tuyo es, sol de este jardín,  
Mi mágico ceñidor.



Talía insistía en la belleza de su elegida: su dulce mirada, su risueña boca, su tocado, el recamado traje:

Tisú de oro en su vestido  
Floreado a la jardinera,  
Con brillantes recogido  
Y de blondas guarnecido:  
¡Hay beldad más hechicera!  
Y esa pura siempreviva  
Que nunca su tallo agosta,  
Del amor imagen viva,  
Modesta, dulce, expresiva,  
Quién será?

ECO

DOLORES TOSTA.

TALÍA

Aun sin ser esa esplendente  
Hermosura, la opulenta  
Esposa de un presidente,  
En donde ella se presente  
Siempre será presidenta.

Eufrosina y Aglae reclaman a Talía su deslumbramiento. Talía responde:

Es bella como ninguna.

Las dos Gracias se inconforman:

Sólo en ella reparaste  
E injusta no examinaste  
Cual debiste, una por una.

Eufrosina descubrió a quien era su preferida, fascinada por la mirada, el fino bozo, el coral de los labios. Eco reveló el nombre: Trinidad Osio, poseedora además de tres dones: hermosura, talento y ternura. Asquerino, llevado de su desvarío por el halago, hizo, atrevido, intervenir en esta lid pagana a la divinidad cristiana:

Y esas tres dotes ansiadas  
Al principio repartidas



En tres almas coronadas,  
En una sola encerradas  
Las quiso ver Dios unidas.

Y dijo: cual lo desea,  
Al mundo un prodigio doy,  
Las tres en sola una vea  
Que trina y única sea  
Cual trino y único soy.

De blanco va: contemplad  
Esa esbeltez graciosísima:  
Más grata que tú, en verdad,  
Solo bella Trinidad  
Es la Trinidad Santísima.

Las Gracias proseguían en la búsqueda ponderando a las contendientes. Eco señaló a Lola Osio:

Mas todas enmudeced  
Y esa belleza admirad,  
La luna en sus ojos ved;  
De amantes dichas la sed  
En esos labios saciad.

¡Es Lola Osio! No más bella  
Tras de la borrasca asoma  
La pura, límpida estrella:  
Que allí entre todas descuella,  
Como una blanca paloma.

Eco daba a entender en su pasaje romántico de fúnebre melancolía, que el enamorado de Lola Osio ha muerto:

¿Qué buscas, mujer divina,  
Que así te vas inclinando?  
¡Sauce que su copa inclina  
En la fuente cristalina  
Su bella imagen buscando!  
¡O de su tierna pasión  
Enamorada ilusión  
Pretendes hallar la imagen!  
Quizá tus ojos se bajen  
En busca de un corazón.





El baile anunciado para el 11 de septiembre no se llevó a cabo, la inoportuna muerte en la mañana de ese día del ministro de Guerra, José María Tornel, dio al traste con el festejo.

El 1 de octubre el *Diario Oficial*, en “Noticias sueltas”, avisaba “que el día 15 del entrante de octubre se dará un magnífico baile dedicado al Exmo. Señor Presidente y a su distinguida esposa”.

El *Diario Oficial*, el sábado 15 de octubre, en “Noticias sueltas. Baile”, se refería al baile de la Lonja.

Días ha que se han distribuido las invitaciones para el baile que debe tener lugar en la Lonja el día 20 del corriente, dedicado al Exmo. Sr. Presidente de la República y a la Excm. Sra. Su esposa.

Mucho es lo que se dice acerca de los preparativos que en todas partes se están haciendo para aquella festividad: Así se puede asegurar que no hay modista, florista o diamantista entre los muchos que existen en la capital, que no tenga una o más prendas comprometidas para aquella fecha.

*El Siglo Diez y Nueve*, el 16 de octubre en “Noticias nacionales. Baile”, notificaba que en el mundo elegante se estaban haciendo grandes preparativos para el mayor lucimiento del baile que el día 20 habría en la Lonja y al cual concurrirían el señor presidente de la República y su esposa.

El 17 *El Omnibus* reprodujo del *Diario Oficial*, “Baile de la Lonja”. También copiaba de *El Siglo Diez y Nueve*, “Gran Baile de la Lonja”.

Sucede con los bailes de la Lonja, como con todo lo que es agradable, el último parece siempre mejor que los anteriores. Anoche, a pesar del mal tiempo, la concurrencia fue numerosísima. Asistió el Exmo. Sr. Presidente con la señora su esposa, y los señores ministros. Allí estaban los miembros del cuerpo diplomático, varios consejeros, generales, oficiales del estado mayor, etc., etc. Pero en esas reuniones se eclipsan todas las notabilidades y sólo ejerce imperio, sólo tiene prestigio la belleza. Las señoritas más notables por su gracia y hermosura, formaban la reunión, ostentando sus atractivos, y entre ellas había algunas en trajes no sólo bellos, sino ricos y magníficos.

El baile duró hasta la madrugada y reinó la mayor cordialidad. El Sr. Presidente se retiró como a las dos de la mañana. Los bailes de la Lonja son la sola tertulia en que con tanto gusto se reúne tan gran número de familias y, naturalmente, siguen atrayendo más en consecuencia.

*El Universal* transcribió esta “Crónica” el domingo 23. En su actuación, como si fuera un monarca y ejercitante del poder dictatorial, Santa Anna, por decreto del 11 de noviembre de 1853, restableció la “Nacional y distinguida Orden de Nuestra Señora de Guadalupe”.

El 19 de diciembre la restauración de la orden se solemnizó con una gran función en la Basílica de Guadalupe y conforme a un elaborado ceremonial.



Don José Justo Gómez de la Cortina, conde de la Cortina, diplomático, científico, literato, crítico literario, estudioso infatigable, miembro de sociedades científicas y literarias nacionales y extranjeras y, además, todo un gran señor, fue nombrado por Santa Anna Gran Cruz de Guadalupe.

El conde de la Cortina correspondió a esa distinción obsequiando a Su Alteza Serenísima con un baile en Palacio Nacional que, por su esplendor, hizo historia.

El jueves 22 de diciembre, *El Siglo Diez y Nueve* decía que el conde de la Cortina y de Castro iba a dar un baile en palacio para celebrar la restauración de la Orden de Guadalupe.

La noticia del baile que ofrecería el conde de la Cortina llegó hasta Veracruz, tal informaba el 23 de diciembre el *Eco del Comercio. Periódico oficial del Gobierno y comandancia general de Veracruz*.

Gran baile. Dicen los periódicos de México que se prepara un baile magnífico en obsequio de Su Alteza el Presidente de la República el cual tendrá lugar en los primeros días de Enero próximo. Aún no se sabe si se dará en el Colegio de Minería o en la Lonja, en los salones de la presidencia o en el palacio del señor conde de la Cortina en Tacubaya.

*El Universal* mencionaba el 24 de diciembre otro regalo del conde a su amigo el presidente.

El Sr. conde de la Cortina y de Castro va a obsequiar a S.A.S. el presidente de la República con el manto de gran maestro de la nacional y distinguida orden de Guadalupe, y una riquísima cruz de brillantes y asegúrase también que ha mandado acuñar una medalla de la instauración de la orden citada.

El 26 de diciembre *El Ómnibus* reproducía de *El Eco de España* lo que este periódico sabía sobre el baile.

*El Eco* aseveraba tener datos seguros del suntuoso baile que obsequiaría el conde de la Cortina al presidente y a los demás caballeros de la orden, el cual tendría lugar en los magníficos salones del palacio en el próximo mes de enero, y explicaba los motivos de la espera.

Parécenos que estas noticias son bastante minuciosas, y que con poco que agreguemos a ellas, quedará satisfecho el *mundo elegante*, como dicen los que no quieren hablar el castellano como Dios manda. Más de cuatro de nuestros elegantes, y más de cinco de nuestras bellas, desearían que esta fiesta, ya que ha de ser en Enero, se diera el día 11 a más tardar para que empezase el año con un buen jolgorio: pero he aquí que esto es imposible por las razones siguientes. Los salones de palacio se necesitan hasta el día 10 por lo menos, para las recepciones oficiales, felicitaciones, etc., etc., de aquellos días; el baile trimestral de la Lonja se daría del 15 al 20; y como no sería fácil adornar el local de palacio en el breve tiempo que media entre ambos, y como se tratará por otra parte de que no se hagan mala obra el uno al otro, resulta que el baile del Sr. Cortina no tendrá lugar sino entre el 20 y 30 de enero.



Si esta tardanza es desconsoladora para la impaciencia general, asegurarse que toda la ansiedad se echará en el olvido en la venturosa noche que se aguarda, porque debemos decir, para de los impacientes, que esta fiesta será una de las más espléndidas y suntuosas que se han visto en México; digna en una palabra, del alto personaje que recibe el obsequio, y del cumplido caballero que le hace.

En ese año de 1853 se publicó *La Camelia. Semanario de Literatura, Variedades, Teatros, Modas, etc. Dedicado a las Señoritas Mejicanas*. Imprenta de Juan R. Navarro; en la sección “Modas”, el articulista explicaba a los lectores sus apuros para escribir sobre tan importante tema y darles a conocer los últimos figurines de los trajes de baile con toda clase de minucias (ilustraciones 4, 5 y 6).

¡Modas yo, cuando no sé más que admirar vuestros lindos trajes, que tanto embellecen, aunque dicho sea de paso, no los necesitéis por ser tan encantadoras! Pero no hay remedio, la dirección de *La Camelia* me envía frecuentes recados pidiéndome el artículo de modas, el cajista me atosiga y yo obedezco porque se trata de complaceros, y por consiguiente escribiría yo sobre teología si fuera preciso. Ahí tenemos el último figurín que ha llegado de París, y por cierto que jamás han estado tan inspirados los inventores de modas como esta vez. Mirad ese traje de baile; apenas habrá cosa más graciosa y al mismo tiempo que sencilla. Se compone de un vestido de seda, blanco, por supuesto, con nueve pequeños olanes que suben hasta la mitad, lleva encima una sobre-vesta abierta a la izquierda y ligeramente recogida a la derecha, orlada por un follaje de parra, cuyas hojas están ribeteadas de oro; la sobre-vesta termina en la cintura, pues el corpiño está libre y presenta tres órdenes de olanes por cada lado, los cuales descienden de los hombros y vienen a terminar reuniéndose en la parte inferior del talle. Por el espacio comprendido entre el ángulo que forman dichos olanes y en la parte interior del pecho, hay otros seis órdenes de olanes colocados horizontalmente, y que van disminuyendo de longitud hacia abajo; estos olanes así como los de la enagua están adornados con pequeñas cuentas doradas, la manga es sencilla y corta. El peinado está formado de follaje, igual al del vestido, y cubre la parte superior de la cabeza, así como los lados. El pelo está dispuesto por delante en dos y encarrujado o crespo, en cuanto a los trajes, eso no ofrece nada en particular. Ya conoceréis que no se pueda dar un traje más sencillo y elegante; el descrito sobre todo es lo más gracioso, porque bajo sus verdes y tersas hojas, vuestros lindos rostros serán verdaderamente esos ramos en botón (La otra figura ostenta un traje de sociedad).<sup>45</sup>

Señalaba que, puesto que las lectoras ya habían visto los figurines, les indicaba dónde podrían encontrar lo necesario para que se presentaran engalanadas, embelleciendo los salones y los teatros.

<sup>45</sup> *La Camelia. Semanario de Literatura, Variedades, Teatros, Modas, etc. Dedicado a las Señoritas Mejicanas*. Imprenta de Juan R. Navarro, Méjico, calle de Chiquis núm. 6, 1853, pp. 205-206.

## MODAS.

GRANDES son mis apuros, bellísimas lectoras, el tomar la pluma para escribir el presente artículo. ¡Modas yo, cuando no sé más que admirar vuestros lindos trajes, que tanto os embellecen, aunque sea dicho de paso, no los necesitáis para ser encantadoras! Pero no hay remedio; la redacción de la *Camelia* me envía frecuentes recados pidiéndome el artículo de modas, el cajista me atosiga y yo obedezco, porque se trata de complacerlos, y por conseguirlo escribiría yo sobre teología si fuere preciso. Ahí tenéis el último figurín que ha llegado de París, y por cierto que jamás han estado tan inspirados los inventores de las modas como esta vez. Mirad ese traje de baile; apenas habrá una cosa más graciosa, al mismo tiempo que sencilla. Se compone de un vestido de seda, blanco por supuesto, con nueve pequeños olanes que cubren hasta la mitad; lleva encima una sobre-veste abierta á la izquierda y ligeramente recogida á la derecha orlada con un follaje de patra, cuyas hojas están ribeteadas de oro; la sobre-veste termina en la cintura, pues el corpiño está libre y presenta tres órdenes de olanes por cada lado, los cuales descienden de los hombros y vienen á terminar reuniéndose en la parte inferior del tallo. En el espacio comprendido entre el ángulo que forman dichos olanes y en la parte anterior del pecho, hay otros cinco ó seis órdenes de olanes colocados horizontalmente, y que van disminuyendo de longitud hácia abajo; estos olanes, así como los de la enagua, están ador-

nados con pequeñas cuentas doradas; la manga es sencilla y corta. El peinado está formado de follaje igual al del vestido, y cubre la parte superior de la cabeza, así como los lados. El pelo está dispuesto por delante en dos bandas y *encarrujado* ó *crepo*; en cuanto á las trenzas, no ofrecen nada de particular. Ya conoceréis que no se puede dar un traje de baile más sencillo y elegante; el peinado, sobre todo, es lo más gracioso, porque bajo sus verdes y terrosas hojas, vuestros lindos rostros serán verdaderamente unas rosas en botón. La otra figura representa un traje de *sociudad*. El vestido es de gros café claro, con tres olanes grandes floreados de negro, sin más adorno. La visita puede hacerse de merino ó terciopelo de color oscuro, aunque me parece que no dejaría de estar menos bella y elegante si se hiciese de color blanco ó azul nevado. Es ancha, llega hasta el cuello y tiene figuradas mangas que llegan hasta el borde inferior; pero en realidad solo hay dos aberturas por donde pasan las manos. Su adorno consiste en botoncitos de vidrio colocados á lo largo de las mangas, y en la parte delantera desde el cuello hasta abajo; estos botones pueden ser de color claro cuando la visita es oscura, y al contrario. El gorro es café oscuro y la pluma del mismo color, con un ramo de cada lado entre el ala y el rostro. En cuanto al pelo, está dispuesto como en la otra figura, y *crepo* también. De todos los figurines que nos han llegado, hemos preferido este por ser el más sencillo, pues vosotras habéis comprendido que la verdadera belleza está en la sencillez. Un traje recargado de adornos cansa la vista, mientras que un vestido como los que os presento, da á la persona que lo lleva un aire apacible y deja que la hermosura brille sola, sin que parezca que necesita flores, plumas y collares como un complemento. Ya que habéis visto los trajes, os diré dónde podéis encontrar lo necesario para que os presentéis engalanadas con ellos embelleciendo los salones y teatros. Id al cajón de la "Última moda de París," situado en la calle de Plateros núm. 1; allí os espera Mad. Juana Dastigue, pronta á servirlos con la perfección, puntualidad y esmero que siempre acostumbra y que tanto necesitáis. Ella os enseñará todos los primores que guarda en su almacén, y entre otras cosas veréis una rica

mantoleta de raso blanco, bordada de seda del mismo color y con onitas caladas; el corte de ella es gracioso y elegante; dentro de poco os la daré dibujada si no queréis tomaros la molestia de ir á verla. Vuestra inteligente modista me encarga que la ponga á vuestras órdenes y que os aseguro del esmero con que desempeñará las obras que le encarguéis; y yo os suplico, bellísimas lectoras, que miréis con indulgencia vuestra *Camelia*; ya lo veis, la pobre flor tiene pocos aromas, pero los exhala todos para vosotros. El próximo mes os daré otro figurín; y entre tanto os prometo que no descansaré para ponerlos al corriente de lo que pasa en el mundo elegante.

A...

CORAZON mio, sufre y calla,  
Sufre con valor tus penas,  
Que vienen horas serenas  
Después que el turbion estalla.

Sufre, sufre, corazón,  
No te quejes, alma mia;  
Fingo calma y alegría,  
Oculto tu cruel pasión.

Que no es dado al labio mio  
Expresar lo que en tí siento....  
¡Estréllate, pensamientos  
En tu misma fuerza y briol

Que si dejara salir  
Un atomio de tu fuego....  
Si atenta, mi amargo ruego,  
Quisieras mujer, oír,

Ilustraciones 4, 5 y 6. Figurines de los trajes de baile en *La Camelia. Semanario de Literatura, Variedades, Teatros, Modas, etc. Dedicado a las Señoritas Mejicanas, 1853.*





Id al cajón de la "Última moda de París", situado en la segunda calle de Plateros núm. 1; allí os espera Mad. Juana Dastague pronta a servirlos con la perfección, puntualidad y esmero que siempre acostumbra y que tanto merecéis... vuestra inteligente modista me encarga que la ponga a vuestras órdenes y que os asegure del esmero con que desempeña las obras que le encarguéis; y yo os suplico, bellísimas lectoras, que miréis con indulgencia vuestra Camelia, la veis la pobre flor tiene pocos aromas, pero los exhala todos para vosotras.<sup>46</sup>

En páginas más adelante (368), "Modas", *La Camelia* insiste en la importancia de las modas: "forman parte de la literatura y sin embargo, cítenme un periódico mejicano que no trate de modas, desde el título *van siempre literatura, modas, etc.*, y excluyen la literatura, la física, la geografía, la química y otras minucias".

Un amigo, en palabras de *La Camelia*, al ser requerido para describir un vestido, respondió subrayando su importancia: "como si oyera una disertación política".

El articulista de "Modas" volvía a recomendar a la modista Juana Dastague, quien las vestiría, si lo deseaban, al igual que el figurín, y para su bien, daba a sus lectoras este consejo:

Que prescindan de ciertas modas que no debían haber adoptado, como el no dedicarse a cosas útiles, es decir, que tocan el piano porque saben una polka, y un compás, y ejecutan los principios de arias y dúos de ópera que no conocen lo que son; y no hablen francés sin saberlo, ni se den por literatas cuando no saben lo que es un *verso*, ni *prosa*, ni *literatura*, ni *ciencia*, y por último, que no lean novelas trágicas ni vayan a los toros, porque es dañar el corazón, corromper el gusto y desdén de los placeres tiernos para gozar de la barbarie.<sup>47</sup>

Ante la proximidad del baile del conde de la Cortina, los cajones de modas como el de Juan Jessi ofrecían las novedades para la ocasión:

Vestidos de baile. Han llegado modas, y de un estilo enteramente nuevo, en el cajón de Juan Jessi, primera calle de Plateros [Francisco I. Madero] núm. 8 frente a la botica. La ventaja que tiene este gran surtido, es que aunque la mayor parte de los vestidos sea de una riqueza verdadera, sin embargo hay una diversidad muy grande en los precios (*El Orden*, 1 de enero de 1854).

El *Diario Oficial*, el 11 de enero de 1854 en "Grandes bailes", creía que el baile de la Lonja al parecer tendría verificativo el 23 de ese mes. "Y se dice que el día 1º de febrero será el de Palacio para lo cual se hacen ya grandes preparativos, pues hemos oído decir que es único en su clase."

El viernes 20 de enero, *El Universal*, en "Grandes Bailes", copiaba de uno de sus colegas lo siguiente:

<sup>46</sup> *Ibid.*, pp. 206-207.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 371.



Conocidas son ya de todos nuestros lectores las fechas para que se han fijado definitivamente los bailes que con anterioridad tenemos anunciados: el de la Lonja que según hemos oído decir estará muy concurrido, tendrá lugar la noche del 23 del corriente, y sabemos que se han hecho invitaciones extraordinarias para varias personas distinguidas que no pertenecen a la sociedad.

El baile de obsequio que dará el Sr. Conde de la Cortina, se anuncia en términos sumamente colosales y con preparativos extraordinarios, que no se habían visto de mucho tiempo a esta parte. Todos nuestros artesanos se encuentran atareados a más de un mes en desempeñar los pedidos de nuestra elegante juventud, sin enumerar entre ellos los que se encuentran afanados en solicitar los enseres y adornos de los suntuosos salones de la residencia de S.A.S. De pocos días a esta parte habían circulado rumores inciertos relativos a la posibilidad de que el dicho *sarao* no tuviese verificativo, con motivo del viaje del Serenísimo Sr. Presidente. Pero al presente es un asunto decidido. Asegúrase que S.A.S. ha ofrecido demorar su paseo hasta después del baile, y en consecuencia se ha fijado la función para el 2 del próximo Febrero.

Muy poco ha de vivir, pues, el que no logre alcanzar la espléndida función en que el Exmo. Sr. Conde de la Cortina y de Castro ha resuelto obsequiar al digno *maestre*, y demás miembros de la Nacional Orden de Guadalupe. Dentro de muy poco volveremos con más detalles.

El 26 de enero el *Diario Oficial de la República Mejicana*, en "Baile de la Lonja", pasó breve revista a esta reunión, a la que no asistió Santa Anna.

Antenoche [24] como siempre estuvo concurridísimo y brillante el baile de la Lonja, notándose mucho lujo y buen gusto en los trajes de las señoras. S.A.S. el presidente no pudo asistir por una ligera indisposición de salud; pero estuvo en el baile la señora su esposa. Reinó la mayor armonía, y en la madrugada todos se retiraron satisfechos.

Y por fin, el tan anunciado y anhelado baile del conde de la Cortina se hizo realidad. El periódico *El Orden* informaba el 2 de febrero de 1854.

Variadas. Baile. Esta noche tiene lugar el magnífico baile que el Sr. Conde de la Cortina y Castro obsequia a S.A.S. el presidente de la República y a los caballeros de Guadalupe. Según sabemos no se ha detenido en gastos el Sr. Cortina para que tenga todo el brillo y esplendor que se ha propuesto.

El baile del conde de la Cortina constituyó, como se preveía, el gran acontecimiento social de la última presidencia de Santa Anna.

El sábado 4 de febrero *El Orden*, en "Baile", comentaba que, como era de esperarse, la recepción había estado suntuosa y ordenada, con una concurrencia de 1 500 personas, 400 del bello sexo que "debieron dejar a Terpsícore muy satisfecha tanto por su hermosura, cuanto por el lujo y buen gusto de sus trajes".



El conde de la Cortina y el ministro de Relaciones (Manuel Diez de Bonilla), acompañando a la señora Adalid, habían ido en busca del presidente. Descorrida la cortina de la recámara por el gobernador de palacio se presentaron Sus Altezas, y se dirigieron al salón, seguidas de los ministros y el estado mayor.

Inmediatamente rompió el baile con un vals.

Los salones se hallaban adornados y profusión de luces, igualmente que el comedor y el tránsito, hasta la puerta principal. A la una empezaron los comisionados a llevar a las señoras a la mesa de la cena, que constaba de ciento veintiséis cubiertos; y en una pequeña cabecera formada aparte, tomaron asiento S.S.A.A., con la familia del Sr. conde y señoras de los ministros extranjeros. Concluida la primera mesa se levantaron los manteles volviendo a cubrirse aquella de nuevo y a ocuparse por nuevas señoras, repitiéndose esto tres veces, concluido lo cual, siguieron indistintamente los caballeros sin cesar hasta las cuatro de la mañana.

A las dos se retiró S.A. el señor Presidente, acompañado de su estado mayor que mandó retirar, y a las cinco y minutos terminó el baile con un cotillón.

No sabemos a punto fijo el número de luces que alumbraban, pero podemos asegurar que pasaban de dos mil.

*El Eco de España* publicó una extensa crónica de la fiesta. Este diario no se encuentra ni en la Hemeroteca Nacional ni en la de la Secretaría de Hacienda, pero la crónica fue reproducida el 5 de febrero por *El Universal* en "Baile de Palacio" y el 6 por el *Diario Oficial de la República Mejicana*.

El cronista de *El Eco de España* renunciaba a la tarea de hacer la descripción de tan magnífica fiesta, por falta de tiempo y espacio, por lo tanto, poco podría decir de ese baile que acaparaba todas las conversaciones.

Desde la puerta principal de palacio que era la entrada de los carruajes —apunta— empezaba el deslumbramiento de una pompa nunca vista. La guardia formaba la valla en el tramo del corredor a la escalera alfombrada. Los invitados subían en medio de una infinidad de macetas y flores y se encontraban inundados por chorros de luz, la cual se reflejaba en los muchos espejos colgados en la pared.

El corredor alto, también alfombrado, había sido convertido en una enorme galería, con espléndidos muebles, espejos y adornos, que rivalizaban con los árboles y flores que en gran cantidad de macetas esparcían aroma y frescura.

Al entrar a los salones destinados al baile, ante el lujo y la magnificencia el asombro iba en aumento. Una tela blanca cubría la alfombra y hacía resaltar la luz de las bujías de las muchísimas lámparas, luz reflejada en la gran cantidad de espejos, para transformar los salones en palacios encantados.

Poco después de las ocho de la noche, los invitados hicieron su entrada, a las once los salones estaban a reventar. Los altos funcionarios del Estado, los ministros y representantes de las naciones extranjeras, la juventud elegante, las damas de alcurnia, todo lo más granado



de la capital en talento y riqueza estaba allí reunido. Las señoras con sus lujosos trajes daban un gran esplendor al baile.

A las diez y media se presentó S.A.S. el general presidente con la señora su esposa acompañados de los señores ministros. S.S.A.A. fueron recibidos por el Sr. conde de la Cortina y su familia, y pocos momentos después empezó el baile. El primero fue un wals que bailó S.A. la señora presidenta, teniendo por compañero al Sr. Pastor, encargado de negocios del Ecuador; siguieron después unas cuadrillas, que bailó S.A. con el Sr. Doyle, ministro plenipotenciario de Inglaterra, continuaron después otros y otros, aumentándose por momentos la animación y el placer de la brillante concurrencia.

A la una se sirvió la primera mesa a las señoras conducidas por una nutrida comisión de caballeros nombrados conforme al reglamento de la función. En ese banquete se encontraba cuanto el capricho pudiera imaginar en manjares y licores. Mil quinientas personas gustaron la cena que se sirvió desde la una hasta las cuatro de la madrugada. Refrescos de todas clases en abundancia se ofrecieron a la concurrencia durante la fiesta.

El presidente se retiró a sus habitaciones a las dos y media, el baile siguió hasta las seis de la mañana cuando la luz del día arrojó de aquel encantador sitio a los que querían prolongar noche tan deliciosa.

Mucho más merece el baile con que el Sr. Conde de la Cortina ha obsequiado a S.A.S. el presidente; mucho más merecen las hermosas que fueron su mejor adorno; pero aquí lo dejamos por ahora. Sin duda dejará memoria en México, porque en verdad ha sido digno de quien hacía el obsequio, y de quien lo recibía.

*El Universal* añadía otros pormenores a la crónica de *El Eco*. Daba razón de las personas que habían ocupado las mesas en la cena, de la etiqueta estrictamente observada.

Junto a la mesa del banquete había otra más pequeña donde tomaron asiento a la una las siguientes personas:

S.A.S. el general presidente, en la cabecera, a la derecha, la serenísima señora presidenta. A su izquierda la Sra. Doña Concepción Tagle de Adalid.

En el costado derecho, la Sra. Doña Soledad G. Adalid de Cortina, hija política del conde: la Sra. Doña Merced Espada de Bonilla, esposa del Exmo. Sr. Ministro de relaciones, y la Sra. Doña Aurora Escobedo de Bustamante, esposa del secretario de la legación de España.

En el costado izquierdo la Sra. Doña Manuela Gómez de Vidal, madre política de S.A. el presidente; la Sra. García de Pastor, esposa del encargado de negocios del Ecuador, y la Srita. Doña Manuela Tosta hermana de S.A. la presidenta.

En torno de esta mesa se hallaban obsequiando a las señoras mencionadas, el Sr. Conde de la Cortina, su hijo el Sr. D. Manuel G. de la Cortina, el Sr. Adalid, el Sr. Pastor y otros caballeros.





[...] Comienza pues la Polka-mazurca; pero protestamos con toda la indignación de un callo estrujado y de nuestros faldones maltratados, contra un nuevo baile que los revolucionarios de veinte años tratan de introducir en el mundo bullicioso. ¡Figurémonos el sistema de los átomos retorcidos y los torbellinos de Descartes haciendo una irrupción sobre las alfombras de los bailes! Dos elementos danzantes afianzándose, mejor dicho enganchándose, levantando al aire los brazos izquierdos, mientras los codos derechos forman ángulos formidables: hecho esto, las parejas se disparan haciendo piruetas, zapateando a la derecha o taconeando a la izquierda, y así se establece el torbellino anguloso y amenazador. Pies hollados, tobillos magullados, adornos de vestidos destrozados, y abanicos descantillados, y ramilletes deshojados, he aquí el brillante resultado de ese wals frenético. Hecho el estrago y cuando ya nada queda por devastar, van las parejas a sentarse y se creen muy dichosas. ¡Esto es lo mismo que lanzar en bota-fuego en el baile! Nosotros vimos varias parejas de bailadores felices y tranquilos, que fueron echadas bruscamente de su órbita por ese wals-cometa, y se vieron obligadas a refugiarse en sillas lejanas y bien defendidas.

Otra plaga en el baile fue la tiranía de los novios que no permitían a nadie bailar con las señoritas comprometidas.

Hay en este dichoso país, donde brillan tantos ojos negros, donde tantos pies invisibles apenas tocan la tierra, una raza de déspotas elegantes que se arroja, no sé con qué poder aristocrático, sobre los ojos y sobre los pies de las desdichadas bellezas que escuchan sus requiebros. Estos caballeros que tienen el poder de mantener bloqueado un balcón o un dedo que se abra cuando se les antoja, ponen su veto sobre las entradas y las salidas sobre los paseos y las cuadrillas: ¡Oh Dragones de las Hespérides!

El cronista no olvida la cena preparada por el cocinero Fortuné para mil o 1 200 invitados. Y a fuer de estómago agradecido, tributa merecido elogio a los jamones, a la ensalada rusa, las galantinas, las *charlottes* rusas, los helados, el champán congelado.

La orquesta dirigida por don Miguel Delgado había dejado de tocar a las seis de la mañana y del esplendor de la fiesta —reflexionaba el cronista— daban testimonio de que todo placer es efímero “los trajes ajados, las flores deshojadas, perdidas o regaladas, los leves juramentos que el primer viento arrebató, las copas vacías y un triste silencio es todo lo que queda de esas fiestas”.

Sin embargo, por un largo tiempo se conservaría el grato recuerdo de esta fantástica *soirée* y la cual todavía después de 10 años se recordaría tanto por la galantería como por el buen gusto y la magnificencia.

Los cronistas asistentes al baile de palacio no describen el atuendo de doña Dolores Tosta de Santa Anna; me place imaginar que bien pudiera ser el hermoso traje con el cual, un año después en 1855, la pintó el excelente y afamado artista Juan Cordero; en este retrato presume un vestido que indudablemente es de baile, y de un baile con aspiraciones palatinas.



El crítico Justino Fernández asegura que el retrato de doña Dolores Tosta es por muchos motivos una obra extraordinaria (ilustración 7).

El pintor expresó un ambiente de gran lujo, de sentido imperial; el águila en la diadema indica el rango de la dama, quien luce además, un doble collar de perlas; el traje, una obra de arte en sí, de regio brocado, enmarca por así decirlo, los adornos de hojas de camelia entre los que se enlazan hilos de perlas; las manos enguarnadas en cabritilla sostienen, una el pañuelo; la otra el abanico de plumas [...] Es la obra de pintura más mexicana que produjo el siglo XIX; es deliciosa y atrevida.<sup>49</sup>

En el *Libro de mis recuerdos*, Antonio García Cubas nos hace partícipes de su impresión del “Gran baile en Palacio, en celebración del restablecimiento de la orden de Guadalupe, baile uno de los más famosos que se registran en los anales históricos de la ciudad de México”. García Cubas relata que la noche del 2 de febrero el Palacio Nacional había sido transformado en un suntuoso edificio, digno de las cortes europeas.

Los granaderos de la guardia, de polaina negra, pantalón blanco ajustado, casaca roja de paño y botón dorado y gorra alta de pelo formaban la valla en el corredor bajo desde la puerta hasta el pie de la gran escalera adornada con macetas de hermosas plantas, espejos y candelabros de bronce y profusamente iluminada. El corredor alto cubierto de un lienzo listado de azul semejava una inmensa tienda de campaña.

Tres eran los salones principales: el de Iturbide lujosamente amueblado, que tenía tal nombre por el gran cuadro que con la efigie del héroe de Iguala en su testera se hallaba; el que le seguía, que por su lujo no cedía al anterior; era conocido, por algunos, con el nombre de Napoleón por tener adornadas sus paredes con algunos cuadros que representaban las principales batallas del gran batallador; el del Consejo de Ministros que había cambiado su mueblaje del despacho por el lujoso de la tertulia. Todos estos salones fueron destruidos en la época de Maximiliano para formar uno solo, que era el extremo y desproporcionado que hace poco se hizo desaparecer con motivo de las reparaciones y embellecimiento del departamento presidencial, llevados a cabo últimamente.<sup>50</sup>



Ilustración 7. Juan Cordero, *Retrato de Dolores Tosta de Santa Anna*, 1855. Colección INBA-Munal.

<sup>49</sup> Justino Fernández, *El arte del siglo XIX en México*, Imprenta Universitaria, Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 1967, p. 69.

<sup>50</sup> Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 455.



Lo más selecto de la sociedad mexicana —reporta García Cubas— había colmado aquellos salones, en donde se veían brillar los ricos bordados de los uniformes civiles y militares, placas, veneras y cruces de los altos dignatarios y de los ministros extranjeros. Las señoras amén de sus preciosos trajes exhibían collares y diademas cuajados de brillantes.

Y como una presea más, la exquisita educación y galantería del conde de la Cortina,

hombre de mundo, de sociedad y de talento, recibía a las damas y las conducía dándoles el brazo, sin que ninguna se librase de sus galanterías, tan expresivas y llenas de gracia, como finas, convenientes y oportunas [...] Tal fue la fiesta organizada por el conde de la Cortina para celebrar la restauración de la Orden de Guadalupe.<sup>51</sup>

El baile del conde de la Cortina inspiró en 1939 al poeta e historiador Enrique Fernández Ledesma para recrear a maravilla en su *Galería de fantasmas. Años y sombras del siglo XIX*, el ambiente y los personajes de tan regia fiesta: “El Conde de la Cortina y el baile de su Alteza”.

En el sentir de Fernández Ledesma, el conde de la Cortina ofreció el baile a Santa Anna “más que por arrogancia vanidosa, por fijar un toque de buen tono en el desnivelado mundo de la Dictadura y por devolver un agasajo”.

Fernández Ledesma nos hace saber que el conde hizo trabajar bajo su dirección a un mundo de empleados y obreros para convertir el Palacio Nacional en “algo feérico: candiles espléndidos, tapices, mobiliario, sedas antiguas, cerámica oriental, flores del trópico”. El pleonasma de la suntuosidad, el deslumbramiento, el vértigo. Santa Anna, seguido de sus ministros y altos dignatarios, caminando sobre la horqueta de su pierna de palo, entró a los salones. El retrato del dictador es magistral.

A fuerza de simular grandezas aparecía imponente, con su gran manto púrpura volteado de armiño y orlado de festones con águilas de oro interrumpidos por unas coronas de laurel. La casaca nutrida de bordados, avanzaba sus cortes hacia el despunte del manto. El pantalón, de paño marfileño, sujeto al talle por la faja del generalato, asomaba su claridad como por entre un relón magnífico. La gran cadena de la Orden, de grávidos eslabones de oro, golpeaba, a cada movimiento, el erguido busto... Veneras, cruces, medallas, entorchados y cintas fulgían, como en un escaparate, en el pecho presuntuoso.<sup>52</sup>

También la imagen de Dolores Tosta es de lo más cabal.

La dogaresa de aquel zafio dux que se daba el gustazo de recibir honores de príncipe, era una dama de agradable presencia, que lucía sus gracias criollas en el compendio de dos magníficos

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 456.

<sup>52</sup> Enrique Fernández Ledesma, *Galería de fantasmas. Años y sombras del siglo XIX*, Editorial México Nuevo, México, 1939, pp. 113-114.

ojos. Iba alhajada con exceso; pero como este era el pecado de la época, tal afán no chocaba. Antes bien, suspendía la imaginación el considerar que sus *rivières*, brazaletes y pendientes, broches, gargantillas y demás gemas distribuidas en la persona y en el traje, representaban la suma redonda de trescientos mil pesos...<sup>53</sup>

El festejo —sentencia Fernández de Ledesma— digno por su magnificencia de una corte, resultaba demasiado homenaje para un Santa Anna frívolo, chabacano, de maneras ordinarias, que estaba muy lejos del conde de la Cortina, un auténtico aristócrata. Y concluye: “Del baile regio, de aquel baile que, según los cronistas de la época, fue ‘la fiesta más lujosa y brillante que México vio tal vez’, hasta aquellos días...”<sup>54</sup>

Baile que, según los decires de esos años, costó al conde de la Cortina 20 000 pesos.

El 10 de febrero *El Mundo* comunicaba que próximamente don José María Godoy daría un magnífico baile a los caballeros de la nacional y distinguida orden de Guadalupe.

El 1 de marzo de 1854 se pronunció en Ayutla, Guerrero, el coronel Florencio Villareal con el llamado “Plan de Ayutla”; los días de S.A.S. estaban contados, pero sus fieles, sordos a esas voces de guerra, le seguían ofreciendo regalos y fiestas.

*El Siglo Diez y Nueve* avisaba el 7 de junio que los secretarios de Estado, consejeros, generales del ejército, jefes de la guarnición y algunos amigos de S.A.S. celebrarían su cumpleaños el 13 de junio con un espléndido baile en la Lonja.

Otro fabuloso regalo dio el conde de la Cortina a Santa Anna —anunciado desde diciembre de 1853— que coincidía con el día de su cumpleaños el 13 de junio de 1854; *El Siglo Diez y Nueve* describía el obsequio.

El Exmo Sr. Conde de la Cortina y de Castro ha presentado hoy a S.A.S. el general Presidente, el manto de Gran Maestre de la Orden de Guadalupe, que mandó hacer en esta capital hace algún tiempo, con el objeto de obsequiar al jefe de la República el día de su cumpleaños. Es un riquísimo manto azul, primorosamente bordado de oro, obra de artesanos del país, que puede competir ventajosamente con las mejores de su clase que se ejecutan en naciones más adelantadas. En el lado izquierdo tiene bordada la placa de la Orden, en cuyo centro se ve la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, de un tamaño pequeñísimo, la cual ha sido litografiada en el establecimiento del Sr. Salazar con un primor que sólo pudiera encontrarse en las más acabadas miniaturas. Juntamente con el manto de que hablamos, el señor de la Cortina ha regalado a S.A. un precioso corte de chaleco de los que se presentaron en la exposición de Londres, y que en su clase de tejidos y bordados causaron maravilla en aquella reunión de tantos objetos artísticos.

Este regalo es una nueva manifestación del carácter magnífico y espléndido que distingue al Sr. Conde de la Cortina: es, en una palabra, digno de quien le ha hecho y del alto personaje que le ha recibido.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 115.



El 7 de septiembre de 1854 *El Omnibus*, en "Baile de la Lonja", decía que para la noche del 27 de septiembre, aniversario de la entrada del ejército trigarante a la capital, se daría un baile y que, según los preparativos, sería uno de los más brillantes que se hubieran dado en la Lonja.

La casa de modas de Eugenia Ouvrad e hijo, en Plateros número 1, participaba en el *Diario Oficial* del 27 de septiembre la llegada de la última moda de París en vestidos para baile.

El mismo día *El Omnibus* notificaba que esa noche se verificaría el espléndido baile con el cual los socios de la Lonja obsequiarían a S.A.S. y celebrarían el aniversario de la entrada triunfal del libertador Agustín de Iturbide a la capital de México.

Este baile no se verificó. La prensa lo bautizó zumbonamente como "la cuestión de la casaca".

El *Diario Oficial* del 27 de septiembre, en "Noticias sueltas. Baile de la Lonja", informaba la razón por la cual el baile se había suspendido de acuerdo con S.A.S. el general presidente.

Mucho ha llamado la atención que no se efectuase esa diversión que daban los individuos que componen la sociedad de la Lonja, para celebrar el aniversario de la entrada a esta capital del *Ejército trigarante*. El Exmo. Sr. Ministro de relaciones se propone publicar, según hemos sabido todo lo que sobre el particular ha pasado, y en el entretanto, deseando que no se tergiversen las especies, manifestaremos que sólo un principio de honor y decoro nacional, al cual no correspondió, por equivocación sin duda, el cuerpo diplomático, obligó a S.A.S. el general presidente a no concurrir a la referida diversión, y consiguientemente deberían hacer lo mismo los Excelentísimos Señores ministros y demás personas dependientes del gobierno supremo, lo cual sabido por la junta directiva de la Lonja, resolvió a última hora que no tuviese verificativo el baile. Esta medida de prudencia merece ser aplaudida, así como el modo con que por parte del gobierno se ha manejado este negocio, que cuando sea conocido del público la juzgará como merece y aprobará esa conducta digna y prudente, pues que el gobierno antes que todo quiere que México sea considerado como pueblo soberano, independiente, y en todo igual a los demás del mundo civilizado.

Toda esta palabrería del *Diario Oficial* sobre el honor y la independencia nacionales se reduce a una rabieta de Santa Anna, quien pretendía que al baile asistiera el cuerpo diplomático de uniforme; ante la negativa de los diplomáticos de ir de uniforme, dado que no era una ceremonia oficial, sino una fiesta particular hecha por los socios de la Lonja, el gobierno decidió no asistir. El presidente, por conducto del ministro de Guerra, comunicó a la comandancia general "que libre sus órdenes a las autoridades de su resorte, a fin de que ni ellos ni su familia asistan a esa diversión".

El 30 de septiembre, *El Siglo Diez y Nueve*, en "Noticias Nacionales. El baile de la Lonja" hizo referencia a la suspensión de la fiesta.

Según el *Correo de España* el baile de la Lonja se suspendió por etiquetas diplomáticas. Más sobre el baile de la Lonja. Según el *Economist*, el baile se frustró porque habiéndose negado el



cuerpo diplomático a asistir de uniforme, el gobierno resolvió no ir. El *Economist* había escrito una historia de todo el asunto; pero se la reserva en tanto que el *Diario* publica los documentos que ha ofrecido.

El *Economist* concluye con estas palabras: "Sólo diremos la que corre en público y lo que asombrará a nuestros lectores de Europa, que el origen de todo el negocio es una casaca vieja".

El 30 de septiembre *El Siglo Diez y Nueve*, en "Noticias nacionales. Tertulia", comunicaba que

los señores propietarios de la Lonja han dispuesto dar su tertulia de costumbre el martes 3 de octubre, y la comisión ha suplicado pongamos en conocimiento de las personas que fueron convidadas para el baile del 27 del actual, que deseando la Lonja obsequiarlos ha determinado que todos sean invitados a la próxima tertulia. Pero como pudiera suceder que por ignorarse el domicilio de alguna de ellas no recibieran el correspondiente convite, la comisión suplica a las que se encuentren en este caso, se sirvan ocurrir a la secretaría de la Lonja.

Como estaba anunciado, el 3 de octubre hubo baile en la Lonja. La reseña "Baile en la Lonja" apareció el día 4 en *El Siglo Diez y Nueve*. Anoche —afirmaba el periodista— había tenido el placer de asistir a esa fiesta tan deseada por la juventud elegante de la capital, la cual había dejado muy satisfechos hasta a los más exigentes.

El salón estaba adornado con gracia y sencillez, en el centro aparecía una hermosa fuente de mármol blanco coronada con las más bellas flores que produce nuestro suelo risueño y en varias otras partes en jarrones brillantes se ostentaban algunas de nuestras plantas más bellas y curiosas, entre ellas lucía sus afelpadas hojas la del terciopelo.

En la decoración aparece, por primera vez, la fuente rumorosa que sería en los años venideros uno de los recursos de adorno más favorecidos.

Y en líneas de un excesivo lenguaje, el periodista envuelve en incienso a las damas y hace hincapié en las deleitosas sensaciones incitadas por el baile:

si hubiera podido preguntar a las flores si se hallaban contentas creemos que su respuesta hubiera sido desfavorable. ¡Ay! y con razón, pues miraban con envidia tantos labios más frescos que el rocío de sus cálices, tantas mejillas más suaves y lucientes que sus corolas encendidas. Cuántos recuerdos dejan en la mente nuestras bellas compatriotas después de una noche de baile! ¿Quién es aquel que no lleva guardado como memoria dulcísima un rayo despedido de unos ojos de azabache, un suspiro nacido entre labios de rubíes, una palabra de amor o el pie ligero que se asomó un instante por entre una orla de seda de un vestido elegante? Venid, venid, los que soñáis amores, ilusiones y placeres y en una de estas noches quedaréis contentos al ver realizados vuestros más quiméricos deseos, vuestros pensamientos más ideales.

La concurrencia —señala— había sido numerosa, hallándose en ella las damas más hermosas de la sociedad. Los trajes todos llamaban la atención por su elegancia, confeccionados expresamente para la ocasión y de acuerdo con los figurines franceses de mejor gusto, y recién llegados de Europa.

La presencia de varios miembros del cuerpo diplomático era una prueba de la superación de los malos entendidos que habían impedido el baile del día 27 de septiembre.

La nota termina con estos comentarios:

Una cena abundante se sirvió a la una de la mañana, y siguieron después las cuadrillas, walses, scotish y contradanzas hasta las cuatro en que concluyó. Es digna de elogio la comisión encargada de arreglar esta tertulia, así como los señores propietarios, pues habiéndose frustrado el baile preparado para el 27, por motivos en que no tuvieron parte, con una galantería poco común emprendieron a pocos días después nuevos gastos, y prepararon una tertulia que dejará gratas memorias por su animación, esmero y elegancia.

El 10 de octubre el *Diario Oficial de la República Mejicana*, en "Baile en Palacio", mencionaba que algunos colegas hablaban de un suntuoso baile que S.A.S. pensaba dar en los salones de su residencia, el 12 de diciembre. "Efectivamente, algo habíamos oído decir sobre el particular; pero no sabemos si se habrá corroborado tan feliz idea. Mejor informados, diremos la realidad a nuestros lectores."

El 10 de enero de 1855 *El Omnibus* publicó el "Remitido. Baile dado por el Sr. coronel Pérez Gómez. Firmado por J. García de la Huerta". En este "remitido" que hacía las veces de una crónica social, su autor refería que la noche del 6 de enero el coronel Pérez había obsequiado con un baile a sus muchas amistades. El estrado había sido adornado con dalias y rosas de los más floridos jardines de la capital, presentando una vista encantadora. Al son de la música se bailaron polkas, varsovianas, cuadrillas, schottisch, contradanzas y danzas cubanas, eso sí, con el orden que era de esperarse en reunión tan escogida. A las doce se sirvió un abundante y rico *buffet*.

Entre las damas que lucieron trajes muy elegantes, García de la Huerta recordaba a las bellas señoritas Lucrecia y Constanza Andrade, Margarita Puente, Pepita Guzmán, las interesantes de Blaci y Miramones, la hermosa Estanislao Osorio y Sofía Portuondo. También tenía presente algunos de los trajes: "El de la viuda Fuentes era de seda blanca con cabos azules, el de la encantadora Guzmán de gasa blanca con encaje de blonda salpicado de color de rosa. Otro había color de perla con encajes siendo verde el prendido".

García de la Huerta pedía perdón por no haber hecho el análisis de otros vestidos de muy buen gusto, pero se había distraído en la contemplación de tantas fisonomías preciosas,

rubias unas y sonrosadas como las hijas del Anfitrión, tenían además para bello contraste, la seductora gracia del medio día; trigueñas otras, era la representación encarnada de los trópicos, y todas podemos decirlo, lucían hermosos ojos que, siendo espejos del alma expresaban que el alma es también hermosa.

La fiesta dio fin hasta la madrugada. Las familias agradecieron al invitador sus infinitas atenciones.

En 1855, Santa Anna salió sin ningún éxito a combatir a los revolucionarios; el Plan de Ayutla iba siendo aceptado por toda la nación. De regreso de la campaña de Michoacán disimuló su fracaso y, según el *Diario Oficial* del 11 de junio, se le ofrecería un gran baile.

En los salones de Palacio tendrá lugar el miércoles próximo un gran baile con que los amigos de S.A.S. el general presidente se proponen obsequiarlo en celebridad del día de su santo.

Como en razón de haber estado ausente de esta capital S.A.S. no se podía disponer del convite, hasta hoy se comenzará a hacer por diversas comisiones.

Creemos que estará muy bueno el baile, pues para conseguir tal objeto se hacen apresuradamente grandes preparativos.

El 12 de junio, *El Siglo Diez y Nueve*, en "Noticias sueltas. Gran baile", participaba:

Se nos ha suplicado y nos apresuramos a publicar hoy, que en atención al poco tiempo que las señoras tendrán para prepararse al baile, que la guarnición obsequia a S.A.S. el general presidente, accediendo a sus deseos se difiere aquél para la noche del domingo 17, lo cual servirá de aviso a todas las personas, a quienes se han dirigido convites, por no haber tiempo de imprimir y repartir nuevas esquelas.

Se suplicaba también a los otros periódicos que reprodujeran estas líneas. *El Universal* reprodujo este aviso el 13 de junio.

El 17 de junio, *El Siglo*, en "Noticias Nacionales. Bailes" notificó:

Nuestros lectores y particularmente nuestras lectoras, no habrán echado en olvido que mañana en la noche se da en Palacio el gran baile en celebridad del cumpleaños de S.A.S. Sepan que no sólo aquí habrá baile en Puebla también y con el mismo motivo dan uno en la Antigua Lonja los caballeros de la orden de Guadalupe, el Ayuntamiento, las autoridades civiles y militares, los generales, jefes y oficiales de la guarnición y los empleados de hacienda. Acaso algunos entusiastas sentirán no poder bailar en México y en Puebla.

Del baile en la guarnición a Santa Anna, la prensa no dijo ni pío.

El *Diario Oficial* reproducía el 21 de junio del periódico *Oficial* de Puebla "Baile en celebridad del cumpleaños de S.A.S".

Según hemos anunciado esta noche tendrá lugar en el salón de la antigua Lonja el baile con que se solemnizan el cumpleaños de S.A.S. el general presidente el Exmo. Sr. gobernador y los señores caballeros de la orden de Guadalupe residentes en esta ciudad, con los jefes y oficiales de la guarnición y los empleados del gobierno y de Hacienda. Por los preparativos que hemos visto





y por el entusiasmo que generalmente se advierte, creemos que el baile estará magnífico. En nuestro próximo número daremos de él noticia a nuestros lectores, como también de todas las demás demostraciones de público regocijo con que los hijos de Puebla solemnizaron el Natalicio del Supremo jefe de la nación.

El 23 de junio, el *Diario Oficial* publicó la reseña que uno de los colaboradores de *El Universal* le había enviado sobre la festividad en Puebla con motivo del cumpleaños de S.A.S.

Puebla, junio 18 de 1855. Anoche asistí al baile con que se celebraron en esta ciudad los días de S.A.S. el presidente, y puedo decir que he visto una de las reuniones más hermosas y elegantes que puede ofrecer un pueblo culto y civilizado en nuestro siglo.

También aquí se trasfirió, como allá para ayer esta diversión, que debió tener lugar el mismo día de San Antonio, con el objeto de que las poblanas tuvieran tiempo de prepararse para lucir mejor sus encantos.

El baile se había dado en la antigua Lonja, un magnífico edificio construido en otros tiempos para alhóndiga. La fachada se había iluminado con luces de colores y también el patio. En los corredores y salones adornados con gran gusto y elegancia brillaban miles de luces en lámparas de cristal.

El salón de baile estaba dividido en tres naves por medio de columnas: alrededor entre banderas cruzadas se veían los nombres de los personajes célebres que ha tenido México, en el frente principal estaba bajo un dosel el retrato del presidente, y, debajo trofeos militares. En la nave del medio había en las columnas unos cuadros que señalaban las principales campañas que ha hecho S.A.S. y las batallas que ha ganado. Las columnas estaban festonadas con verdes hojas de rosa laurel, rosas y claveles. Cubría el pavimento una alfombra verde regada de lentejuelas.

Al entrar las señoras en el salón se les daba un ramillete de flores naturales y se les ceñía un listón con este letrero: Por S.A.S. el general D. Antonio López de Santa Anna no había quien no llevara esta divisa.

Después de las dos de la mañana se sirvió la primera mesa a las señoras y, más tarde, a los caballeros. La mesa estaba dispuesta con mucho gusto, abundancia de manjares y vinos. Brindis en prosa y en verso los hubo a profusión. Eran más de las cinco de la mañana, cuando los convidados bebieron su última copa de champán. Esta diversión, por demás agradable, se había significado por el buen tono y elegancia exquisita.

Ahora he conocido cuanta razón hay para que Puebla se llame la ciudad de los Ángeles. Dicen que éstos bajaban por la noche a edificarla: Yo creo que contentos de su obra, se quedaron aquí a disfrutar de ella: las mujeres que ví anoche, debieron de ser aquellos ángeles que acá se quedaron.

Yo pobre de mí, extranjero en todas partes, y más que en todas partes en Puebla, no conocía a ninguna: pasaron delante de mí como una visión de gloria, como un sueño delicioso. Todavía si cierro los ojos, las veo cruzar por aquel salón como unas hadas... Pero ya pasaron.

¿Y S.A.S. fue al baile de la guarnición de México, al de Puebla? Por el silencio de la prensa sobre el baile de México y la ausencia de mención del colaborador de *El Universal* parece que no se apareció en ninguno. Bueno estaba S.A.S. para bailes, los insurrectos le pisaban ya los talones. Convencido de que el Plan de Ayutla triunfaría, el 9 de agosto de 1855, so pretexto de ir a restablecer el orden en Veracruz, salió de la capital, y puso pies en polvorosa.

El 15 de enero de 1856, *El Siglo Diez y Nueve* publicó este aviso:

EL FERROCARRIL  
Elegante baile de sala.

El que suscribe tiene el honor de participar al público, poniéndose a su disposición para enseñar este precioso baile, en tres o cuatro lecciones, y el precio será de cuatro pesos adelantados, y los que no supieren bailar absolutamente nada, me comprometo en quince lecciones a enseñarles todo lo que se pueda bailar en una sala de eriqueta, y el precio será una onza; la persona que me solicite podrá ocurrir a dejar un papel en el callejón de la Condesa número 4, vivienda principal. *Alejo Infante*.

Un añadido. Como lo atestiguan las reseñas divulgadas en la prensa periódica, el baile, diversión esencial en la vida de la sociedad mexicana en las primeras décadas del México independiente y en las siguientes, interesó también a los literatos, quienes en sus novelas incluyen el baile. Entre ellos se cuentan el ya citado Manuel Payno en *El pistol del diablo*, Fernando Orozco y Berra llamado el "poeta de las tertulias y los bailes", en *La guerra de treinta años* (1850) y el joven poeta, novelista y mártir Juan Díaz Covarrubias en *La clase media* (1859).

No quisiera dejar de traer a cuento un baile de casa rica, y para este fin tomo el capítulo IX "El baile" de la novela de Juan Díaz Covarrubias, *La clase media*. El baile tuvo lugar en una elegante mansión de la calle de Donceles, propiedad de un adinerado comerciante, Febronio Guzmán. El novelista precisa el capital de un hombre opulento en esos años, poseedor de un capital activo de 200 000 pesos, una hacienda en el estado de Guanajuato y algunas fincas en la capital.

El próximo casamiento de la hija de don Febronio, Eulalia de Guzmán, era el motivo del baile.

La decoración de la sala es idéntica a la de los salones de los teatros, la Lonja, el Palacio Nacional: "Las arañas de cristal puro, como si fuesen de brillantes, produciendo una luz deslumbradora, los espejos aumentando la perspectiva, y formando agradables ilusiones de óptica, la alfombra finísima de hermosos colores, el piano elegante".<sup>55</sup>

<sup>55</sup> Juan Díaz Covarrubias, *Obras completas*, estudio preliminar y notas de Clementina Díaz y de Ovando, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 1959, t. II (Nueva Biblioteca Mexicana, 1).

Como todo comentador de bailes que se respete, Díaz Covarrubias se enfrasca en la sinfonía del vestido, el tocado, las joyas de la prometida.

Estaba deslumbrante y hermosa como una reina. Vestía un traje completamente, de delicada blonda, recogido en algunas partes, para formar pliegues con broches pequeños de diamantes, escotado en el seno, que velaba un *schall* pequeño o bufanda, a su talle delgado se ceñía un cinturón detenido por otro broche grande de diamantes y oro también; una flor, una verdadera camelia de piedras preciosas recogía hacia atrás de la cabeza su pelo fino y abundante de un suave castaño, a su brazo derecho se suspendía por un anillo formado por perlas pequeñas, un *porte bouquet* de oro que contenía un hermoso ramillete de flores naturales de vivos y variados colores, que exhalaban un perfume delicioso y embriagador. Al verla con su vestido blanco y sus diamantes, se la hubiera podido tomar por una de las creaciones del pincel del sublime Grandville en las *Estrellas animadas*.<sup>\*56</sup>

En toda casa de dueño acaudalado, el piano en la sala confirmaba la categoría social. En los bailes, la hija de los anfitriones se hacía aplaudir tocando el piano, o entonando arias o las melodías más en boga. En esta ocasión Eulalia canta acompañada al piano por su novio.

Eulalia comenzó a cantar con un acento tierno, suave y vibrador como si estuviese formado por un concierto de aves, esa aria hermosa de la Casta Diva de *Norma*, que Enriqueta Sontag ha popularizado en México. La música y el pensamiento de Bellini, estaban perfectamente comprendidos por Eulalia.<sup>\*\*57</sup>

Y añade Díaz Covarrubias: "Las mexicanas tienen disposiciones notables para la música, y si en la capital se estableciere un conservatorio para este arte sublime, en muy poco tiempo se palparían ventajosos resultados".<sup>58</sup>

En cuanto a la concurrencia, ésta no se diferenciaba de la que asistía a los bailes de pos-tín; Díaz Covarrubias la bosqueja con hipérbole romántica:

La lujosa multitud que ocupaba aquel salón, rostros de diosas, ojos de mexicanas, estaturas artísticas, blondas, diamantes, oro, manos pulidamente enguantadas, senos de alabastro, brazos

\* La mujer convertida en una flor fue un reiterativo elogio romántico. Díaz Covarrubias sigue la regla, aunque cambia el nombre de la publicación francesa: *Las flores animadas* ilustrada con los dibujos de Grandville, grabados por Geoffrai.

<sup>56</sup> *Ibid.*, pp. 373-374.

<sup>\*\*</sup> La celebre y "admirable diva italiana" Enriqueta Sontag, condesa de Rossi, se presentó en México el 21 de abril de 1854 en el Gran Teatro de Santa Anna con un gran éxito. Atacada por el cólera murió en México el 17 de junio de 1854.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 374.

<sup>58</sup> *Idem.*

torneados, una multitud agitándose sin compás, entrelazando las manos con las manos, los brazos con las cinturas; rostros reclinándose casi sobre hombros desnudos, pies diminutos y hasta fabulosos primorosamente calzados de blanco, sobresaliendo del no menos blanco vestido, dulces sonrisas de amor, de placer, miradas de embriaguez y de lánguida pasión, reflejando una luz más bella que la de la luna.<sup>59</sup>

Durante muchísimos años así fueron los bailes de casas ricas.

El 20 de diciembre de 1859 *El Diario de Avisos*, en "Miscelánea. La crinolina", traducción del periódico francés, da esta noticia:

La crinolina, por invitación de S.M. la Emperatriz Eugenia quedará desterrada... Los vestidos ya no serán tan largos que arrastren, sino que permitirán ver el pie... si esto es cierto, las modas a la *dernière* que vengan a México por Febrero o Marzo desterrarán la crinolina. No sería sensato, en vista de que la moda busca siempre contrastes de que está hecha, fuéramos a caer en vestidos de *medio paso*.

En 1860 se publicó, pese a las dramáticas circunstancias que vivía el país, la *Colección de bailes de sala y métodos para aprenderlos sin auxilio de maestro, dedicada a la juventud mexicana por Domingo Ibarra*.

Esta colección, según puede apreciarse en la portada (apéndice), da las reglas generales de los bailes más gustados en Europa y en México y, para su mejor comprensión el autor los acompaña con láminas que ilustran las figuras "litografiadas". También los bailes y los figurados (las cuadrillas) llevan su música escrita para pianoforte, compuesta en exclusiva para la *Colección* por renombrados profesores.

En el prefacio, Domingo Ibarra sostenía que el baile era de todas las diversiones la preferida de la juventud, su adorno y parte principal de la educación, puesto que contribuía a conservar la salud y darle al cuerpo gracia y soltura.

Ibarra se lamentaba del olvido y, asimismo, de cómo ese arte se había viciado por la falta de un conservatorio donde los jóvenes que quisieran dedicarse a este ramo, lo pudieran poseer con perfección y llegar a ser tan buenos bailarines, como lo fueron los discípulos del maestro Pautret,<sup>60</sup> o cuando menos aprendieran a bailar con primor los bailes de sala y adquirieran las refinadas maneras para brillar en sociedad.

Demasiado sensible es ver a algunos jóvenes de los que asisten a las tertulias y concurrencias de alto tono, que careciendo de los primeros rudimentos del baile, no saben andar con soltura y elegancia, ni llevar los brazos con gracia y donaire: por esto es, que aun aquellos que han sido

<sup>59</sup> *Ibid.*, pp. 372-373.

<sup>60</sup> Andrés Pautret, bailarín, maestro de baile, director coreográfico y compositor. Allá por 1825 estableció una academia de baile. Fue muy concurrida en las décadas de los veinte y treinta del siglo XIX.





favorecidos por la naturaleza con haberles dado un cuerpo esbelto y bien formado, lo desperfectacionan y hasta el vestido que portan pierde la figura que el mejor artista se propuso delinear.

Un joven cuando asiste a un baile, se pone en el crisol de la buena educación, porque todos los concurrentes observan sus acciones y tienen derecho de aplaudirle o criticarle: por esta razón debe cuidar de no hacerse aborrecible, o ser el hazme reír de la diversión; lo primero estará evitado con llevar finamente a la señora que se digne acompañarlo a bailar, no olvidando que el hombre bien educado, en todas ocasiones teme tocar en la ropa de una mujer, y lo segundo también se evitará con abstenerse de bailar lo que no se tiene aprendido... ¡Ojalá que la juventud mexicana procure adquirir los principios o reglas que se necesitan para el baile! Principalmente los aficionados a las diversiones de esta clase, lograrán presentarse en toda concurrencia, con desembarazo y maneras elegantes.

Luego de estos consejos, Ibarra detalla todos los pasos y movimientos de los bailes de sala más generalizados, según se confirma en el "Índice de materias".

"La hoja de oro por M. Bustamante"; "La Melancolía. Contradanza por J. Rivera"; "La Paloma. Danza Habanera" por M. Eduardo Gavira; "Polka elegante para piano por Henri Cramer"; "El Arco-Iris Scottish para piano", "La Argelina Varsoviana por S. Contra"; "La paz suspirada Polka Mazurka por M. Planas"; "Las cracovianas Cuadrillas. Compuestas y dedicadas al Sr. D. Domingo Ibarra por su amigo Alejo Infante y la Guerra de Rusia. En el año de 1812". "El incendio de Moscow. Cuadrillas históricas. Compuestas para Forte Piano por E. Leduc. E. Gavira. S. Contla. México. 1860".

De cada uno de estos bailes describe su historia, lugar de invención, cómo y cuándo llegaron a México, y también da cuenta de otros bailes que surgieron en México, como *La Camelina*:

#### Origen de *La Camelina*.

Los Sres. D. Eduardo Gavira y D. Domingo Ibarra son los autores de baile de la Camelina, la cual es hija de la Dama de las Camelias<sup>61</sup> porque su música tiene parte de la ópera de *La Traviata*, y no obstante que la Camelina es nacida en México, no se parece al *Jarabe* ni al *Palomo*, ni menos a un *padedú* teatral de carácter mímico o grotesco, sino que es por el estilo de los bailes que actualmente están en uso, conforme al sistema de Mr. Labordé para las tertulias del gran tono.

En 1862 se publicó la segunda edición de la *Colección de bailes de sala y métodos para aprenderlos sin auxilio de maestro, dedicada a la juventud mexicana por Domingo Ibarra*.

<sup>61</sup> *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas, fue tan popular en México que propició, seguramente, *La Camelia. Semanario de Literatura, Variedades y Modas* (1853) ya citado.



De la edición de 1860 recojo la música de *La Camelina* por E. Gavira para piano o guitarra, *El gallo de la música* del 15 de septiembre de 1857 y *Polka Camelina* por J. Ortiz. También incluyo láminas “litografiadas con pasos y figuras” (ilustraciones 8a, b, c, d, e y f).

Regresemos al año de 1855; graves acontecimientos se suscitaron tras la fuga de Santa Anna: golpes de Estado, revoluciones, asesinatos, motines, traiciones, la guerra de Reforma (1858-1861), lucha ideológica en la cual se enfrentaron a muerte conservadores y liberales.

En esa terrible discordia civil no hubo en ninguno de los dos bandos piedad para el perdedor, la República fue anegada por la sangre, el odio, el dolor, las tribulaciones. Los tiempos no fueron propios para las diversiones.

Los triunfos del conservadurismo, más que con bailes, se celebraron con desfiles, *te deums*, repiques de campanas, banquetes opíparos, exaltados discursos y poemas.

El 1 de enero de 1861, las tropas liberales entraron victoriosas a la ciudad de México; la respuesta de los conservadores no se hizo esperar: una agresión extranjera, la Intervención francesa y su corolario: el Segundo Imperio de Maximiliano de Habsburgo (1863-1867); este agravio a México para conservadores e imperialistas fue una época, aunque efímera, de continuas fiestas y suntuosos bailes.



Ilustración 8a. Colección de bailes de sala, 1860, lámina 1a.

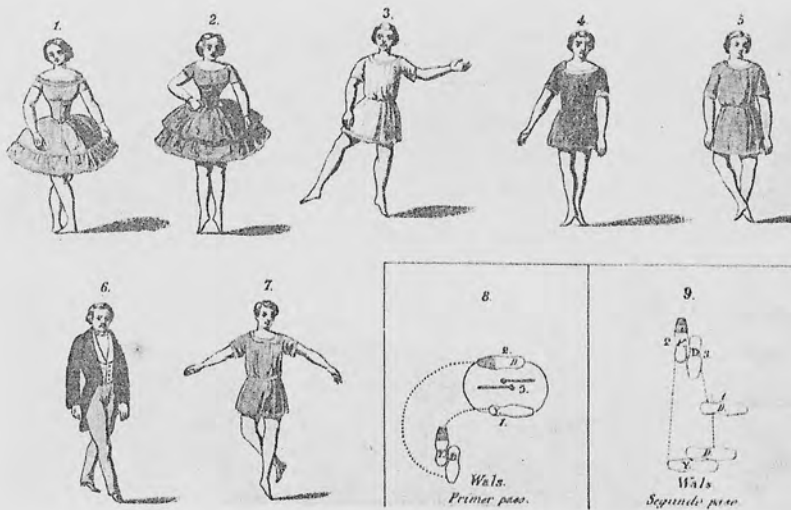


Ilustración 8b. *Colección de bailes de sala*, 1860, lámina 2a.

Ilustración 8c. *Colección de bailes de sala*, 1860, lámina 3a.

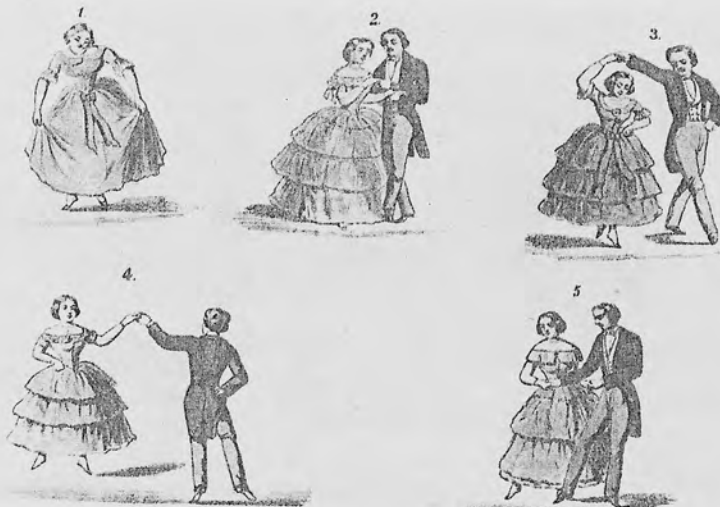


Ilustración 8d. *Colección de bailes de sala*, 1860, lámina 4a.





Ilustración 8e. *Colección de bailes de sala*, 1860, lámina 5.



Ilustración 8f. *Colección de bailes de sala*, 1860, lámina 6.



# LA SOCIEDAD

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO



**Maximiliano**  
EMPERADOR DE MEXICO

**Carlota**  
EMPERATRIZ DE MEXICO



El Supremo Poder Ejecutivo Provisional de la Nación, á los habitantes de ella, sabe:  
que la Asamblea de Notables ha tenido á bien decretar lo siguiente:

“LA ASAMBLEA DE NOTABLES, en virtud del decreto de 16 del próximo pasado para dar á conocer la forma de gobierno que mas convenga á la Nación, en uso del pleno derecho que ésta tiene para constituirse, y como órgano é intérprete de ella, declara con absoluta independencia y libertad lo siguiente:

Primero. La Nación mexicana adopta por forma de gobierno la monarquía moderada hereditaria, con un príncipe católico.

Segundo. El Soberano tomará el título de Emperador de México.

Tercero. La corona imperial de México se ofrece á S. A. I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.

Cuarto. En el caso de que por circunstancias imposibles de prever, el Archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, la Nación

mexicana se remite á la benevolencia de S. M. Napoleón III, Emperador de los franceses, para que le indique otro príncipe católico.

Dado en el Salon de sesiones de la Asamblea, á diez de Julio de mil ochocientos sesenta y tres.—TEODOSIO LABES, presidente.—ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON, secretario.—JOSE MARIA ANDRADE, secretario.”

Por tanto, manda se imprima, publíquese por bando nacional, circule y se le dé el debido cumplimiento. Dado en el Palacio del Supremo Poder Ejecutivo, en México, á once de Julio de mil ochocientos sesenta y tres.—JEAN N. ALMONTE.—JOSE MARIANO SALAS.—JEAN R. OSMARCHEA.—Al Subsecretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores.”

Y lo comunico á V. para su conocimiento y fines consiguientes.—El Subsecretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, J. MIGUEL ARROYO.

Señor Prefecto Político de México.

Ilustración 9. La Sociedad, 1863.